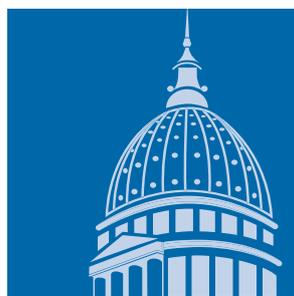


Boletín Bibliográfico Electrónico

del Programa Buenos Aires de Historia Política

ISSN 1851-7099

Año 1. Número 4, septiembre 2009



**PROGRAMA
BUENOS AIRES
DE HISTORIA POLÍTICA
DEL SIGLO XX**

Boletín Bibliográfico Electrónico

*<http://historiapolitica.com/boletin/>
boletin@historiapolitica.com*

publicación semestral del **Programa Buenos Aires**

ISSN 1851-7099

Domicilio del *Boletín*:
Facultad de Humanidades - UNMdP
Funes 3350
7600 Mar del Plata, Pcia. Buenos Aires
Argentina.

Staff

Directora

Marcela Ferrari

Secretaria

Mariana Pozzoni

Equipo Editorial

Sabrina Ajmechet
Ana Virginia Persello
Ana Leonor Romero
Nicolás Silliti
María Inés Tato.

Edición digital

Nicolás Quiroga

INDICE

Dossier

A treinta y cuatro años de *El radicalismo argentino*. Un Dossier sobre un clásico de la historia política.

Edición y presentación: María José Valdez (UBA - UNSAM). **Página 7**

El radicalismo argentino en la mirada de un historiador inglés. Entrevista a David Rock, por María José Valdez (UBA - UNSAM). **Página 9**

Claves de lectura de la experiencia radical en *El radicalismo argentino, 1890-1930*, por Ana Virginia Persello (CI-UNR, UNR). **Página 12**

El radicalismo argentino y la interrogación sobre los partidos políticos, por Gardenia Vidal (CIFYH, UNC). **Página 14**

La cuestión regional en *El radicalismo argentino* (tres décadas después), por Leandro Ary Lichtmajer (UNT). **Página 17**

Reseñas

Alonso Guillermo, *Capacidades estatales, instituciones y política social*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, por Facundo Calegari (UBA- FLACSO, C y D). **Página 20**

Arteaga, Juan José, *Breve Historia Contemporánea de Uruguay*. Montevideo, Fondo de Cultura Económica, 2008, por Silvana Harriett (UDELAR). **Página 21**

Belini, Claudio y Rougier, Marcelo, *El Estado empresario en la industria Argentina. Conformación y crisis*. Buenos Aires, Manantial, 2008, por Silvia Marchese (UNR). **Página 22**

Blanco, Jessica E., *Modernidad conservadora y cultura política: la Acción Católica Argentina (1931-1941)*. UNC, Córdoba, 2008, por Ana Clarisa Agüero (UNC). **Página 23**

Borrelli, Marcelo, *"El diario de Massera". Historia y política editorial de Convicción: la prensa del "Proceso"*. Buenos Aires, Koyatun, 2008, por Gabriela Altasis (UBA). **Página 24**

Bravo, María Celia, *Campesinos, azúcar y política: cañeros, acción corporativa y vida política en Tucumán (1895-1930)*. Prohistoria Ediciones, Rosario, 2008, por Lucía Santos Lepera (ISES, CONICET). **Página 25**

Brennan, James y Gordillo, Mónica, *Córdoba Rebelde. El cordobazo, el clasismo y la movilización social*. Buenos Aires, La Campana, 2008, por Agustín Nieto (CONICET - UNMdP). **Página 26**

Canelo, Paula, *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, por Mariano Fabris (CONICET - UNMdP). **Página 27**

Correa, Rubén E. y Pérez, Marta E., *Intelectuales, política y conflictividad social en Salta durante la década del veinte. Estudios desde la prensa escrita*. Salta, Milor, 2008, por Alicia Servetto (CEA - UNC). **Página 28**

Cheresky, Isidoro, *"Poder presidencial, opinión pública y exclusión social"*. Buenos Aires, Manantial, 2008, por Fernando Suárez (UNMdP). **Página 29**

Ghio, José María, *La iglesia católica en la política argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, por Lorena Jesús (UBA). **Página 30**

Howard, Michael, *La primera guerra mundial*. Buenos Aires, Crítica, 2008, por Juan Manuel Romero (UBA). **Página 31**

Jensen, Silvina, *La provincia flotante. El exilio en Cataluña (1976 - 2006)*. Barcelona, Casa América Catalunya, 2007, por Leticia Cerezo (UBA - FLACSO). **Página 32**

Longoni, Ana y Mestman, Mariano, *Del Di Tella al "Tucumán arde". Vanguardia artística y política en el 68 argen-*

- tino*, Buenos Aires, Eudeba, 2008, por Cecilia Belej (UBA- UNSAM). **Página 33**
- Lukacs, John, *Junio de 1941. Hitler y Stalin*. México- Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, por Damián Santos (UBA). **Página 34**
- Luna, Félix, *Conversaciones con José Luis Romero*. Buenos Aires, Debolsillo, 2008, por Sabrina Ajmechet (CONICET - UNSAM). **Página 35**
- Morgan Edmund S., *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la colonia a la independencia*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, por María Inés Tato (CONICET - Instituto Ravignani, UBA). **Página 36**
- Murillo, María Victoria, *Sindicalismo, coaliciones partidarias y reformas de mercado en América Latina*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2008, por Carla Sangrilli (UNMdP). **Página 37**
- Nora, Pierre, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo, Trilce, 2008, por Talía Pilcic (CONICET – UNMdP). **Página 38**
- Novaro, Marcos, *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación (1983-2001)*. Buenos Aires, Paidós, 2009, por Micaela Iturrealde (UNMdP). **Página 39**
- Rafart, Gabriel, *Tiempo de violencia en la Patagonia. Bandidos, policías y jueces 1890-1940*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, por Cecilia Azconegui (UN del COMAHUE). **Página 40**
- Romero, José Luis, *La ciudad occidental. Culturas urbanas en Europa y América*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, por Susana Delgado (UNMdP). **Página 41**
- Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, por Roberto Tortorella (CONICET - UNMdP). **Página 42**
- Sassoon, Donald, *Mussolini y el ascenso del fascismo*. Buenos Aires, Crítica, 2008, por Emmanuel Nicolás Kahan (CONICET – CISH, UNLP). **Página 43**
- Sánchez, Norma Isabel, *La higiene y los higienistas en la Argentina (1880-1943)*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, por Melisa Marrón Fernández (UN La Pampa – CONICET). **Página 44**
- Serrano, Sol, *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2008, por Luis Alberto Romero (UBA – CONICET - UNSAM). **Página 45**

Notas críticas

- Los aportes de la historia de las mujeres y los estudios de género a la historia política. A propósito de la publicación del libro *La Fundación Eva Perón y las mujeres: entre la provocación y la inclusión* de Barry, Carolina; Ramacciotti, Karina y Valobra, Adriana (comps.), Buenos Aires, Biblos, 2008, por Silvana Palermo (UNGS). **Página 47**
- Grimson Alejandro; Ferraudi Curto, María Cecilia y Segura, Ramiro (comps.), *La vida política de los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, por Jorge Luis Ossona (CEHP, UNSAM). **Página 53**

Estado de la cuestión

- “Cine e historia. Una relación muy productiva”, por Clara Kriger (UBA). **Página 56**

Presentaciones de libros

- María Matilde Ollier, *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, por Luis Alberto Romero (UBA – CONICET - UNSAM). **Página 60**

Entrevistas

- “Cualquier disciplina social que no logre dar cuenta de sus propias condiciones de producción pierde su condición de saber científicamente construido”. Entrevista a Alejandro Cattaruzza, por Sabrina Ajmechet (CONICET - UNSAM),

Nicolás Sillitti (UBA - UNSAM) y María José Valdez (UBA - UNSAM). **Página 64**

Tesis

Adriana Álvarez, *El desarrollo, la erradicación y la reemergencia del paludismo, y su vinculación con la consolidación de las Políticas Públicas de sanidad rural en la Argentina, entre finales del Siglo XIX y mediados del XX*. Tesis de doctorado. UNICEN- UNMdP. Tandil, 2006. Directora: Susana Belmartino. **Página 73**

Isabella Cosse, *Familia, pareja y sexualidad en Buenos Aires (1950–1975). Patronos, convenciones y modelos en una época de cambio cultural*. Tesis de doctorado. Universidad de San Andrés. Buenos Aires, 2008. Director: Eduardo J. Míguez. **Página 75**

Daniel Mazzei, *El Ejército argentino durante el predominio del arma de caballería (1962-1973)*. Tesis de Doctorado. UBA. Buenos Aires, 2008. Director: Pablo A. Pozzi. **Página 77**

Inés Rojkind. *El derecho a protestar. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos*. Tesis de Doctorado en Historia, El Colegio de México. México D. F., 2008. Directora: Clara E. Lida. **Página 80**

Acerca de la Historia Política

Historiadores ante el análisis de la política de la segunda mitad del siglo XX, por María Estela Spinelli (IEHS, UNCPBA - UNMdP). **Página 83**

NORMAS PARA EL ENVÍO DE MATERIALES

El *Boletín bibliográfico electrónico* del Programa Buenos Aires de Historia Política es una publicación de periodicidad semestral dedicada a la difusión de los avances de historia política referida –especial mas no exclusivamente- al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad.

El comité editorial espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren con él a través de contribuciones que integran distintas secciones del *Boletín*, sujetas a referato. Abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de ellas: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de hasta 700 palabras y los resúmenes de tesis, de hasta 1400.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán por correo electrónico exclusivamente, en formato RTF o “.doc” (Word), a boletin@historiapolitica.com.

Las notas sólo se incluirán en los estados de la cuestión, las entrevistas y en artículos historiográficos. No se admiten en el resto de las secciones. Serán automáticas, con cifras árabes y siempre ubicadas a pie de página. Los apellidos incluidos en las notas usarán mayúsculas sólo en la primera letra. El título de la obra se incluirá en cursiva y el pie de imprenta se organizará de la siguiente manera: editorial, fecha y lugar de edición.

Deberá mencionarse la adscripción institucional y el e-mail de los autores, a continuación del nombre.

DOSSIER

EDICIÓN Y PRESENTACIÓN:

MARÍA JOSÉ VALDEZ
(UBA - UNSAM)

Presentación

1977 fue el año en que se publicó por primera vez en español *El radicalismo argentino*, del historiador David Rock; dos años antes había aparecido en inglés editado por Cambridge University Press. Producto de una investigación desarrollada durante casi dos años en nuestro país a finales de la década de 1960 para su presentación como tesis doctoral en la Universidad de Cambridge, esta obra marcó un punto de inflexión –aunque no inmediato– en las investigaciones en nuestro país sobre los partidos políticos y, más generalmente, sobre la política argentina de las primeras décadas del siglo XX. A más de treinta años de su aparición, continúa siendo un punto de referencia obligado a la hora de pensar y debatir sobre estos aspectos de la historia argentina.

En un contexto historiográfico marcado por el interés en la historia económica y social nacional –anclado a su vez en el debate sobre la teoría de la modernización–, *El radicalismo argentino*, también en parte deudor de dicho debate, logró colocar la mirada y el interés en la historia política local y, en especial, en un actor al que hasta entonces poco lugar se le había dado en la historia argentina: los partidos políticos. Si bien es cierto que ya existían trabajos sobre el radicalismo (para el caso, basta recordar la obra de Gabriel del Mazo), en su mayoría consistían más bien en relatos autobiográficos vinculados a la militancia política de quienes los habían redactado. Así, el trabajo de Rock fue uno de los primeros que permitieron ver el “distanciamiento” entre el historiador y su objeto de investigación, al mismo tiempo que daba origen a toda una tradición de estudios centrados en el estudio de los partidos políticos. A su vez, permitió comenzar a construir una nueva mirada sobre los años 20 y los 30, décadas que en la historiografía local estaban muy marcadas por un conjunto de interpretaciones que intentaban descubrir en ellas la antesala del principal movimiento de masas argentino, el peronismo. De esta manera, *El radicalismo argentino* abrió el camino a indagaciones centradas específicamente en esos años, quitándoles el peso de aquello que –supuestamente– debía indefectiblemente encontrar en ellas.

En las décadas posteriores, este libro se convirtió en referencia obligada de los distintos programas de historia argentina contemporánea de las universidades nacionales y, en ese sentido, constituyó un jalón significativo en la formación de varias camadas de historiadores. Su lectura abrió el sendero a numerosas investigaciones locales sobre el radicalismo a nivel nacional y fundamentalmente provincial: así, las preguntas sobre los orígenes del partido, sus mecanismos de funcionamiento, la cuestión del liderazgo, el patronazgo político, los conflictos internos, etc., –que en parte ya se encontraban insinuadas en la obra de Rock– han sido el germen de un conjunto de nuevos trabajos (muchos ya concluidos y otros en curso). Varias de las hipótesis de Rock han sido puestas en discusión por estos estudios y también han permitido mostrar otras aristas, a diferencia de este trabajo centrado fuertemente en lo ocurrido en la ciudad de Buenos Aires, como se señala en su misma introducción.

El presente dossier pretende rescatar algunos de los aspectos señalados; su objetivo es valorar y discutir la vigencia de un libro que ha significado un aporte considerable para la historiografía local. Es por ello que fue necesario contar con la palabra del propio protagonista: la entrevista con David Rock permite introducirnos en su interés por la historia argentina, además de reconstruir el momento de producción de la obra.

Al mismo tiempo, la colaboración de Ana Virginia Persello presenta un análisis de las principales hipótesis del trabajo de Rock, dando cuenta –además– de las lecturas con las que dialoga el propio autor a la hora de elaborar sus preguntas de investigación. Por su parte, Gardenia Vidal repasa el impacto de *El radicalismo argentino* para pensar el problema de los orígenes del radicalismo cordobés, además de su reflexión sobre el peso de este estudio en su propia obra. Finalmente, el joven investigador Leandro Ary Lichtmajer propone reflexionar sobre las líneas que el trabajo de Rock dejó abiertas para los trabajos sobre el radicalismo en el interior del país.

David Rock

Ph. D. por la Universidad de Cambridge (1971), fue investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de dicha Universidad. En la actualidad forma parte del Departamento de Historia de la Universidad de California en Santa Bárbara, donde se desempeña como profesor de Historia de América Latina. Ha dictado numerosos cursos sobre historia latinoamericana, aunque el centro de sus trabajos continúa siendo la historia argentina, sobre la que sigue investigando en la actualidad.

Leer a David Rock

El radicalismo argentino, 1890-1930. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1977 (en inglés: *Politics in Argentina, 1890-1930: The rise and fall of Radicalism*, Cambridge University Press, 1975).

La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública. Buenos Aires, Ariel, 1993 (en inglés: *Authoritarian Argentina. The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*, University of California Press, 1993).

Argentina, 1516-1987: desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín. Buenos Aires, Alianza, 2002 (en inglés: *Argentina, 1516-1987: From Spanish Colonization to Raúl Alfonsín*, University of California Press, 1985).

La construcción del Estado y los movimientos políticos en la Argentina, 1860-1916. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.

Con otros autores

Historia de la Argentina. Buenos Aires, Crítica, 2002 (con John Lynch, Ezequiel Gallo, Roberto Cortés Cónde, Juan Carlos Torre, Liliana de Riz).
Argentina en el siglo veinte. Economía y desarrollo político desde la élite conservadora a Perón-Perón. Buenos Aires, Lenguaje Claro Editora, 2009 (en inglés: *Argentina in the Twentieth Century*, Gerald Duckworth, 1975).

EL RADICALISMO ARGENTINO EN LA MIRADA DE UN HISTORIADOR INGLÉS. ENTREVISTA A DAVID ROCK

POR MARÍA JOSÉ VALDEZ
(UBA - UNSAM)

MJV: En el desarrollo de la historia en tanto disciplina, los años 60 y 70 del siglo XX no fueron una época en la que los historiadores se volcaran mayoritariamente a los estudios políticos. En ese sentido, los interrogantes son múltiples. En primer lugar, me gustaría saber cuáles fueron los motivos que lo llevaron a inclinarse a estudiar un aspecto de la historia como los partidos. Y, ligado a ese punto, por qué en ese interés sobre la historia política se volcó hacia la Argentina.

DR: En realidad, podría dar vuelta la pregunta, comenzando por responderle sobre el camino que me llevó hacia la historia argentina, aunque debe entender que ya han pasado más de treinta años. Usted sabe que yo soy inglés y que mis trabajos comenzaron en la Universidad de Cambridge. Había realizado un curso sobre la conquista de México con un profesor muy distinguido en el mundo anglosajón. Al mismo tiempo, yo tenía un vago interés sobre América Latina, aún sin saber nada sobre el continente. Mire, lo único que sabía en aquella época sobre la Argentina eran cosas relacionadas con el fútbol. En aquel momento, ambos países habían disputado un partido durante el Mundial de Fútbol realizado en Inglaterra en el año 1966: ese partido fue muy famoso porque el equipo argentino por completo se retiró de la cancha, y ese se convirtió -hasta entonces- en el único conocimiento que yo tenía sobre su país.

Decidí entonces acercarme a un profesor de la Universidad, que ya había escrito algo sobre Argentina, el profesor John Street. Y él fue quien me dijo que la Argentina era un país de interés histórico para Inglaterra y que, entonces, era más interesante ir hacia allá que ir a México o a Brasil. En el caso de México -me dijo John Street- estaba lleno de norteamericanos, por lo que ir a la Argentina era hacer algo distinto. Y esa fue la razón, nada más, por la que opté por hacer historia argentina.

MJV: ¿Y en relación a su interés por la historia política? Como le pregunté anteriormente, no muchos historiadores se volcaban a esos estudios a finales de la década de 1960, sobre todo con el predominio de la historia económica que existía en el campo.

DR: Tulio Halperin Donghi se había ido de la Argentina luego del golpe de Estado de 1966. Al año siguiente tuve la suerte de conocerlo en Cambridge. Y fue él quien me sugirió varios asuntos y temas. Recuerdo que uno de ellos fue la cuestión de la educación argentina, así como también la inmigración. Pero cuando empecé con ellos, no pude avanzar. No sé por qué, ni cómo explicarlo. Los principales inconvenientes eran la falta de documentación y, sobre todo, de interés personal. Al mismo tiempo, yo tenía un amigo en Cambridge que había estado trabajando sobre el peronismo; en ese entonces aparecía como el tema más interesante de todos. Pero como él se encontraba estudiándolo, yo decidí elegir otro. Y recuerdo que comencé a leer un libro de José Luis Romero, que se llamaba *Las ideas políticas en la Argentina*. En aquel libro encontré un asunto que me llamó poderosamente la atención: la Semana Trágica de 1919. A partir de entonces empecé a concentrarme en ese tema y a investigar sobre el período radical. Eso fue, más o menos, en diciembre de 1967. En el año 1970, luego de haber estado en Argentina por dieciocho meses, comencé a redactar mi disertación universitaria, mi tesis, que concluí al año siguiente. Cuatro años más tarde lo publiqué en inglés. Todo este recorrido duró alrededor de siete u ocho años. En sus inicios debo reconocer que no conocía nada de la Argentina, ni de Yrigoyen ni tampoco de los radicales, pero para mi desarrollo fue esencial el viaje emprendido a su país en 1968, luego de haberme casado. Esa estadía de dieciocho meses la compartí con mi esposa, y pudimos realizarla gracias a una beca del gobierno inglés que no era muy importante, pero que sirvió para sostenernos.

MJV: Para emprender esta actividad, la de investigar sobre una realidad diferente a la suya, tuvo que superar la barrera idiomática. ¿Cómo le resultó esta tarea?

DR: Bueno, en mi colegio había cursado latín y alemán, pero no sabía nada de español, dado que no era muy común en Inglaterra. Por ende lo tuve que aprender. Recuerdo que en el verano de 1967 (nuestro verano) mi esposa y yo comenzamos a estudiarlo. Pero recién luego de varios meses de estadía en Buenos Aires pudimos comunicarnos de manera más fluida: por ejemplo, sentirnos cómodos en una comida con amigos, dado que podíamos hablar con mayor fluidez en español. Pero es cierto que nunca lo he encontrado un idioma sencillo de aprender; lo encuentro muy difícil, sobre todo porque no lo utilizo habitualmente.

MJV: Cuando un investigador desarrolla su actividad, suele discutir sus avances con sus colegas. ¿Quiénes fueron sus interlocutores, aquellos con los que discutió algunas de sus ideas sobre los problemas de la Argentina?

DR: Verdaderamente esta es una pregunta interesante, ¿no?

MJV: Sí, sobre todo pensando en que cuando usted comenzó sus investigaciones, muchos de sus colegas estaban desarrollando trabajos en otras áreas.

DR: Es verdad. Mi entrenamiento, sin embargo, no estuvo ligado al campo de la economía. Yo no sabía tanto de economía cuando era estudiante y, por razones exclusivamente personales, mis intereses siempre estuvieron volcados hacia el campo de la política. En el caso particular de la historia argentina, me llamaron la atención los personajes particulares que ustedes tienen en su país. A mí, como anglosajón, me parecen personajes fascinantes, de mucho interés como, por ejemplo, Juan Domingo Perón. También Hipólito Yrigoyen, un personaje raro en realidad. Al mismo tiempo me interesaba mucho toda la cultura latinoamericana, que es tan diferente a la nuestra: eso llamaba mi atención. Y por último, siempre admiré la cultura mediterránea y la Argentina, en parte, representa eso, pensando el peso que tuvo la inmigración mediterránea en su país: lo francés, español e italiano están lo suficientemente mezclados y presentes en Argentina. Además, Buenos Aires es una ciudad fantástica y, si bien no voy a decir nada nuevo, un tanto más europea que americana en varios aspectos.

En cuanto a los interlocutores, yo conocí a algunos historiadores argentinos muy importantes. Como dije, a Tulio Halperin Donghi, que estuvo en Cambridge, quien siempre me ayudó y alentó durante muchos años. Halperin Donghi representa un *standard*, un nivel que era casi una meta, pero que no he logrado cumplir. Otro amigo era Ezequiel Gallo. También lo era Leandro Gutiérrez, quien murió hace más de diez años. Juan Carlos Torre también fue importante y nos seguimos frecuentando. Los recuerdo como las personas principales con las que discutía; casi nadie de los Estados Unidos ni de Inglaterra. Aunque tuve un amigo norteamericano cuando estuve en Buenos Aires, Samuel Baily, quien ha escrito sobre inmigrantes italianos en la Argentina, y también ha realizado algunos trabajos sobre el peronismo. También me contacté con algunos estudiantes norteamericanos, uno de los cuales vive en la misma ciudad que yo, en Santa Bárbara, California. Entre los ingleses, sólo se encontraba Walter Little, quien hizo varios artículos sobre el peronismo; Walter y yo fuimos compañeros en la Universidad de Cambridge. Pero en realidad las influencias principales fueron argentinas, y fueron las de aquellos historiadores que mencioné anteriormente.

MJV: Han pasado ya más de treinta años de la publicación de *El radicalismo argentino*. ¿Cómo evalúa usted el impacto que tuvo su libro en la historiografía local?

DR: Es cierto, han pasado ya 34 años de su publicación. Yo nací en el año 1945, y tenía 30 años cuando se publicó *El radicalismo argentino*. Al comienzo, y por la situación política que atravesaba Argentina, el libro no tuvo mucho impacto. Pero cuando asumió Alfonsín la presidencia en 1983, en los círculos universitarios comenzó a leerse más ese libro y ahí fue cuando se transformó en una obra conocida, en la década de 1980. Sé que Leandro Gutiérrez lo había incorporado en su programa como lectura obligatoria para sus estudiantes, pero creo que no fue el único. Es por eso que comenzó a ser leído mucho más por la gente joven. Y yo me alegro muchísimo porque ésa era una de mis metas principales, uno de mis objetivos, el que se leyera el libro en Argentina. Además yo admiraba a los historiadores locales como Tulio [Halperin Donghi] o Ezequiel [Gallo] y quería hacer algo similar a su trabajo. Y siendo totalmente un *gringo*, era un gran cumplido que lo incorporaran y que tuviese tanto éxito.

MJV: En relación con el punto anterior, ¿cómo evalúa usted *El radicalismo argentino* luego de los trabajos que han aparecido en nuestro país sobre el radicalismo en las últimas décadas?

DR: Debo confesarle algo, que es que yo no he leído mucho más sobre el radicalismo. Posiblemente la razón por la que la gente siga leyéndolo es que no existen demasiados libros sobre el tema –por lo menos, que yo conozca, excepto algunos trabajos específicos-. Lo que me sucede a mí particularmente es que, luego de escribir un libro, lo dejo al costado y trato de no pensar más en él. En mi propio caso, luego de que publicaron *El radicalismo*, en su país se produjo el golpe de Estado de 1976, que me impresionó mucho en aquel entonces. Y no pude ir a Argentina fácilmente, pero tampoco quería ir, porque no aprobaba para nada dicho régimen. Pasaron varios años hasta que volví a su país. En ese tiempo, en lugar de retomar investigaciones específicas, decidí realizar un libro sintético sobre la historia de Argentina, que se publicó en la década de 1980. Sobre todo circuló mucho inicialmente por el mercado inglés y también por el norteamericano. Recién después de ese recorrido se publicó para el mercado hispano, primero en Madrid y luego en Buenos Aires.

Posteriormente me dediqué a realizar un trabajo sobre el autoritarismo, que se llama *La Argentina autoritaria*. Es un estudio sobre la mentalidad militar y la clerical, y la ideología dictatorial. Ese libro apareció en 1993, y tuvo mucho éxito. Ésa es entonces la historia de mi carrera, y la historia del radicalismo cruzada con ella.

MJV: Evidentemente, su carrera como historiador se encuentra muy vinculada a la historia argentina. En ese sentido, quería saber si se encuentra trabajando actualmente algún tema relacionado en ella.

DR: Sí. Hace más o menos tres o cuatro años, me invitó un grupo en Gran Bretaña a realizar un trabajo sobre la comunidad británica en Buenos Aires. La invitación provino de un grupo inglés que se interesa sobre el Imperio Británico. A veces se trata a la comunidad británica como a un grupo imperialista en Argentina; yo me incorporo a esa discusión en este proyecto. La intención es publicar un artículo sintético sobre este tema, aunque ya he publicado en inglés otro trabajo pequeño sobre el tema que se denomina “El imperio informal británico”, pero se trata de varias cosas

sobre la influencia de la comunidad inglesa allí. Espero terminar este trabajo en aproximadamente dos años: consistirá en un estudio sobre los ingleses desde las invasiones inglesas de 1806 hasta –si puedo- la actualidad; todavía hay una pequeña comunidad británica viviendo en Buenos Aires. Mi esposa y yo hemos pasado dos períodos de visita en los últimos años; la última vez fue en el año 2007. Espero volver el año próximo para terminar las investigaciones sobre dicho tema.

MJV: La última pregunta que le quería hacer es cómo se sintió trabajando en los archivos de Argentina, cómo vivió esa experiencia.

DR: Bueno, siempre voy a la Biblioteca Nacional. Recuerdo que antes estaba en la calle México y que Jorge Luis Borges era el director, y nos hicimos conocidos, mantuvimos un trato cercano. Pude trabajar allí en una situación privilegiada hasta cierto punto, gracias a dicho contacto. En algunas ocasiones estuve en un lugar aparte del resto de los investigadores, aunque no lo hice mucho tiempo. La gente me decía que la razón por la que aquello ocurría era que yo era extranjero, pero yo no pedí los privilegios: simplemente me los brindaron. Y recuerdo que cuando hablé con el personal de la vieja Biblioteca, descubrí que muchos de ellos eran radicales, por lo que me hicieron una gran cantidad de gentilezas al enterarse que yo estaba investigando sobre su partido. Una de ellas fue la posibilidad de visitar al ex presidente Arturo Illia. Otro de los que se encontraba en la Biblioteca era el hijo de un ex vicepresidente argentino que no había logrado asumir, porque había muerto antes de que eso ocurriera: era el hijo del vice-presidente Beiró, Marcelo Beiró.

Siempre me sentí cómodo trabajando allí, principalmente con los diarios, pero tuve acceso a otras cosas al entrar en contacto con esta gente y también porque estuve más de un año en mis comienzos. En algunas ocasiones he trabajado en el Archivo de la Nación, pero mucho menos, dado que preferentemente me centraba en la Biblioteca Nacional. Allí existe una gran cantidad de material que me parece que la gente no conoce tanto. En las últimas etapas he consultado diarios ingleses que tienen allí, como *The Standard*, que era un viejo diario de la comunidad, que dejó de publicarse hace alrededor de 50 años. Y sobre el período que yo trabajé en relación al radicalismo, pude consultar perfectamente los diarios de circulación nacional, así como los partidarios (*La Época*, *La Vanguardia*). En esos momentos, uno de los que compartía espacio de investigación conmigo en la Biblioteca era Luis Alberto Romero. En relación con Luis Alberto, si bien no fue una influencia directa –dado que ambos tenemos más o menos la misma edad y estábamos embarcados en nuestros trabajos respectivos–, recuerdo que hace muchos años almorzamos juntos en varias ocasiones, en nuestras largas y respectivas jornadas de investigación en la vieja Biblioteca Nacional. A lo largo de estos años hemos seguido, afortunadamente, en contacto.

MJV: Profesor Rock, quiero agradecerle mucho su tiempo y sobre todo su predisposición.

DR: Muchas gracias a usted, y hasta pronto.

CLAVES DE LECTURA DE LA EXPERIENCIA RADICAL EN EL RADICALISMO ARGENTINO, 1890-1930

POR ANA VIRGINIA PERSELLO (CIUNR, UNR)

Ana Virginia Persello es master por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, 1992) y Doctora en Historia (UBA, 2004). Investigadora del CIUNR, actualmente desempeña actividades docentes en la materia Historia Argentina III de la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. Asimismo, ha dictado cursos de posgrado en distintas universidades del país.

Ha publicado numerosos artículos sobre el radicalismo en distintas compilaciones y en diversas revistas especializadas, entre ellas el *Boletín de Historia Argentina y Latinoamericana Dr. Emilio Ravignani*. Es autora de *El radicalismo argentino. Gobierno y oposición, 1916-1943* (2004) y de *Historia del radicalismo* (2007).

La aparición, en 1975, de *El radicalismo argentino* marcó un punto de inflexión. La literatura sobre los años '20 y '30 estaba escasamente desarrollada y los partidos políticos no constituían un objeto central de las investigaciones sobre el período, motivos por los cuales se constituyó en un punto de referencia obligado.

El objetivo central del texto de Rock era dar cuenta de “la interrelación política entre las clases sociales de la Argentina” –la elite terrateniente y comercial pampeana, el capital extranjero (básicamente los intereses británicos) y las clases media y obrera urbanas- en el marco de la experiencia agroexportadora. La preocupación que subyace es ¿por qué fallaron en los intentos de forjar una relación institucional estable entre ellas? Y la pregunta que organiza la reconstrucción es en qué medida los rasgos de la economía agroexportadora se superponían y correlacionaban con la dinámica de la distribución del poder político, “en el nivel superestructural de la política y las instituciones”. Es esta clave de lectura la que construye una imagen del partido radical basada en “las condiciones sociales específicas” de su desarrollo y un análisis “en términos de los beneficios y ventajas que acarrió a determinadas clases y grupos regionales”. En su versión, los dirigentes de la Unión Cívica eran “políticos en disponibilidad”, por los límites de Juárez Celman para instituir “una relación estable entre los sectores politizados de la élite” que después de la caída del gobierno paulatinamente fueron incorporados, y la UCR, entonces, se constituyó con “los excluidos del plan de Pellegrini”.

Las afirmaciones fuertes que recorren el texto son que hacia 1916 el radicalismo era un movimiento de masas manejado por grupos de alta posición social -cuya estructura, jerárquica y autoritaria, era una réplica del equilibrio preexistente de poder y de las estructuras de status de la sociedad argentina-, portador de una ideología amorfa, sustanciada en un ataque ecléctico y moralista a la oligarquía hecho de *slogans* y en una concepción de la sociedad que amalgamaba ideas liberales y pluralistas con tácticas paternalistas. La caracterización del radicalismo como movimiento y el énfasis puesto en la vaguedad ideológica y la indefinición programática se constituyeron por mucho tiempo en una constante a la hora de analizar al partido radical.

Y aquí es ineludible la mención de los trabajos previos con los que el libro dialoga. En principio, la obra de Milciades Peña, a la que le atribuye una “gran correspondencia” con su propia interpretación en varias cuestiones: la asociación de la sanción de la ley Sáenz Peña con la necesidad de otorgar estabilidad a los inversionistas extranjeros y la caracterización del radicalismo como coalición de clases para defender el orden establecido, como asimismo la advertencia sobre la relevancia del papel de la política obrera radical al generar la reacción de la elite conservadora y de la Gran Depresión como elemento precipitador de la caída de Yrigoyen en 1930.

En segundo lugar, el artículo de Ezequiel Gallo y Silvia Sigal que, en los años '60 de algún modo inauguró una perspectiva de abordaje preocupada por analizar los fenómenos políticos como correlato del proceso de modernización consolidado en tiempos del roquismo. Así, el radicalismo “completa en el plano político la asimilación al modelo europeo: es moderno ahí donde la elite de 1880 es tradicional”, es decir en la apelación a

la vigencia de la constitución, en la oposición a la práctica del acuerdo, en la forma que asume su organización interna, si bien recurre a valores de tipo tradicional cuando encuentra una base de legitimación de tipo sacro para reivindicaciones seculares y cuando reacciona desde la moral frente al énfasis en el desarrollo económico del discurso hegemónico. La hipótesis central de este trabajo es que el radicalismo “canaliza las aspiraciones de participación de sectores recientemente movilizados”, producto del mismo proceso de modernización. El modo de comprobarla se centra en dos tipos de cuestiones: en primer lugar, un análisis de sociología electoral del que se desprende la correlación entre voto radical y modernización y, en segundo lugar, el rastreo de la pertenencia económica y social de los miembros de la dirigencia radical, que concluye en la afirmación de que entre ésta y los sectores conservadores no hay diferencias sustanciales en cuanto a situación económica y niveles de educación, pero sí en la antigüedad y cargos políticos de sus antepasados, lo cual pautaría un caso de *incongruencia de status* que explicaría la situación de marginación. Rock niega la utilidad del concepto de modernización, sobre todo para los casos latinoamericanos, pero recupera del texto de Gallo y Sigal la idea de que el radicalismo albergó en su seno a sectores medios y terratenientes y fue la expresión del desafío de los grupos urbanos al monopolio del control político de la elite conservadora para acceder al patronazgo oficial y a los puestos de la administración.

También reconoce coincidencias con Peter Smith, aunque rechaza la hipótesis de este último en torno a la continuidad entre la Argentina oligárquica y la radical. Los conflictos existieron, sostiene Rock, aunque reconoce que estuvieron más ligados a problemas de distribución que de estructura económica. Las discrepancias entre la clase media urbana y la terrateniente estuvieron en el diferente uso que éstas proponían hacer del Estado. Y en cuanto a las relaciones del gobierno radical con la clase obrera, el análisis de las huelgas no aporta elementos que abonen la tesis de Smith en el sentido de que actuó presionado por la Sociedad Rural. La explicación –y ésta es otra de las hipótesis fuertes de Rock- se encuentra en las consideraciones electorales.

Sus conclusiones, nuevamente, son tributarias de la clave de lectura en la que se inscribe el texto. El radicalismo no estaba comprometido con el cambio social o la reforma; sus conexiones con los terratenientes explican que no haya abogado por la reforma agraria y sus lazos con las clases medias urbanas (consumidores), que no haya favorecido la industrialización; finalmente que –fracasados sus intentos de acercamiento al movimiento obrero- haya apelado a fortalecer sus relaciones con estas últimas a través de las políticas de patronazgo y “aparato” y el problema político central haya pasado a ser la distribución del presupuesto. “Fue el reflejo de la aparición de una estructura social pluralista, pero también mostró por primera vez las dificultades de aplicar un sistema de poder compartido en una sociedad con marcada inclinación hacia el elitismo y los privilegios tradicionales”.

EL RADICALISMO ARGENTINO Y LA INTERROGACIÓN SOBRE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

POR GARDENIA VIDAL (CIFYH, UNC)

Gardenia Vidal es master en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Wisconsin-Madison (EEUU) y doctora en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Se desempeña como profesora adjunta de la cátedra de Historia Moderna de la Escuela de Historia, FF y H-UNC y es investigadora por concurso en el CIFYH y H-UNC. En la actualidad es directora del proyecto de investigación titulado “La organización del espacio público y las representaciones políticas. Córdoba, 1880-1960”.

Es autora de *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930. Grupos internos: alianza, conflictos, ideas, actores* (1995); *Por la Señal de la Cruz* (compiladora en conjunto, 2002); *La política y la gente. Estudios sobre modernidad y espacio público. Córdoba, 1880-1960* (compiladora, 2007). Ha publicado diversos trabajos en revistas especializadas sobre el radicalismo de la provincia de Córdoba, el Partido Demócrata, la Reforma Universitaria de 1918 y el asociacionismo provincial.

En aquellos años ominosos de la década del 70 y del 80, con enorme imposibilidad de acceso a investigaciones sobre las ciencias sociales y las humanidades, el libro de David Rock apareció como un bálsamo para las personas que continuábamos atraídas y preocupadas por la historia de nuestro país. Su lectura abría numerosos interrogantes precisamente sobre uno de los elementos enfermos de la política argentina, los partidos políticos. Mi interés particular por estudiar la Unión Cívica Radical desde una perspectiva provincial hacía que lo leyera y relejera buscando ideas para organizar la investigación.

¿Cuáles fueron los aportes que me brindó esta obra para el estudio del radicalismo en una provincia como Córdoba? Por entonces, los aportes fueron de diversa índole, pero siempre significativos; es probable que en la actualidad no se puedan dimensionar en su justa medida. No sólo se trataba de la enunciación y tratamiento de nuevos temas, sino de una postura distinta, “profesional” ante el objeto de estudio. En ese sentido, el lugar en el que se ubicaba el autor, alejado de la subjetividad de los argentinos respecto de la política, de los partidos políticos y sus figuras paradigmáticas, y en consecuencia de la posibilidad de enfrentarlas sin prejuicios o con menores prejuicios que los nativos, constituyó uno de los puntos más atractivos y edificantes de su lectura. Desacralizar a Yrigoyen y a las prácticas yrigoyenistas, ya fuera desde una perspectiva positiva o negativa, significaba plantarse ante un fenómeno histórico de manera diferente. Los historiadores no debíamos encarnar la figura de un juez -algo reiterado retóricamente, siguiendo importantes líneas historiográficas, pero escasamente aplicado- sino la de un analista serio y prudente para construir el nuevo texto narrativo.

Esta cuestión que en la actualidad parece irrefutable, no lo era en absoluto a fines de los ‘70 e incluso los ‘80. Para mentes rígidas poco acostumbradas a entrenarse en el ejercicio de la discusión, el intercambio de ideas, como sucedió con muchos jóvenes que fuimos universitarios en los ‘70 y luego vivimos en la dictadura, la perspectiva de Rock sobre la política partidaria adquiría una importancia vital, aunque eso no implicara que se la aprehendiera de inmediato.

Con respecto a los contenidos específicos, la atención a los mecanismos de patronazgo llevados a cabo por los organismos intermedios de la UCR (comités barriales), constituyó uno de los temas que más atrajo mi atención. A pesar de la explicación meramente electoralista, esta cuestión mostraba una faceta que nos permitía aproximarnos a la relación que los sectores populares podían establecer con los partidos desde un clivaje diferente al exclusivo enfoque clasista con el que estábamos familiarizados. Decir esto no supone desconocer la interpretación economicista que realiza el autor de la política. La seducción emanaba de ese entramado más difuso, menos definido y más “real” de los vínculos que la gente común podía desarrollar con respecto a los partidos. Las fuentes escritas y orales e incluso las mismas experiencias vividas de manera indirecta me indicaban una y otra vez que reconstruir esa red de relaciones podía constituir una contribución importante para la comprensión de la política partidaria.

Por otra parte, la mención de una serie de asuntos no demasiado desarrollados en la obra, entre los cuales se

encuentra un importante número de hipótesis, también se convirtió en estímulo para interrogarme sobre el radicalismo de Córdoba. Entre ellas cabe mencionar la consideración de la UCR como un movimiento político antes que un partido no sólo por la heterogeneidad de sus líderes, afiliados y simpatizantes, sino, esencialmente, por la concepción y los objetivos de los dirigentes, en particular de Hipólito Yrigoyen, con respecto al rol que debía cumplir la agrupación. “Su propósito [de los radicales] –dice Rock- era crear un nuevo estado unipartidario, propósito que pasó a constituirse en uno de los rasgos centrales del populismo radical” (p. 65). Este aspecto no constituye uno de los temas relevantes en el análisis del autor, sin embargo está presente como una de las tantas observaciones que resultan imprescindibles tener en cuenta al indagar la naturaleza de la UCR. La identificación del partido con la nación y, por ende, la retórica que apuntaba a la regeneración política exclusivamente a través del radicalismo, implicó la completa desestimación del sistema de partidos para el funcionamiento de la democracia liberal.

De manera algo contradictoria, esta visión movimientista estaba estrechamente unida a la defensa y puesta en práctica de una organización partidaria moderna con respecto a la mayoría de los grupos y partidos que habían existido hasta entonces. Lo llamativo de la UCR es el mantenimiento de la defensa y aplicación de ese rasgo organizativo a través del tiempo. A pesar de la intervención de Hipólito Yrigoyen y de caudillos de menor influencia en las decisiones partidarias, en especial en la designación de los candidatos para las diversas elecciones, la estructura del partido no dejaba de actuar como un ingrediente influyente en el resultado final. “La organización partidaria se había convertido en un eficaz sustituto de un inexistente programa político bien definido” (p. 67), advierte Rock con lucidez. En mi opinión, aquí se encuentra una de las explicaciones de la longevidad del Partido Radical más allá de sus indiscutibles y marcados altibajos, incluyendo por supuesto el período analizado en el libro.

En Córdoba es precisamente esa práctica organizativa, de elecciones internas, de consensos y disensos en un contexto de fuerte liderazgo carismático y alto nivel faccioso, lo que contribuye a la recuperación del partido en la década del '20. Se trataba de una organización que, lejos de traducir una práctica democrática liberal, racional e individualista, tenía la suficiente flexibilidad como para que sus líderes y simpatizantes se adhieran al proceso de participación colectiva para tomar decisiones. Esto se constituye en un rasgo identitario de la UCR y Rock lo señala con sagacidad cuando indica que “El radicalismo era visto como una innovación [en 1916] no porque pusiera en peligro el orden establecido, sino porque sus características organizativas y su estilo político estaban en agudo contraste con todo lo que se conocía hasta entonces.” (p. 80) Aunque el autor tampoco se detiene en este tema para realizar una interpretación minuciosa o al menos algunas especulaciones que contribuyan a explicar el éxito-fracaso de la agrupación.

En relación con esta cuestión pero desde otro ángulo del funcionamiento partidario, David Rock menciona otros mecanismos como la operatividad que las actitudes emocionales tenían para construir vínculos de pertenencia e identidad político-partidaria entre los cuadros y las bases. Igualmente advierte sobre el carácter autoritario de esas relaciones, dado que apuesta a que las mismas responden a un “manejo y manipulación desde arriba”, típico de “una estructura jerárquica autoritaria”. En efecto, la masividad de la UCR se logra, principalmente en la década del '20, debido a la identificación que los afiliados y simpatizantes de base alcanzan con la agrupación y sus líderes nacionales y locales, destacándose sobre todos Hipólito Yrigoyen pero sin constituir el único eslabón identitario en esta cadena de relaciones. Hay líderes locales que potencian ese vínculo afectivo. ¿Se trata de un estilo político manipulador y autoritario? Antes que contestar esta pregunta me parece más importante indicar que se trata de un estilo novedoso para la época por el interés de la agrupación en atraer a todos los sectores sociales. A su vez, los seguidores no percibían ese estilo como autoritario. Era un vínculo que permitía a los afiliados involucrarse, ser tenidos en cuenta, ser partícipes activos en el accionar de la política partidaria, mucho más allá del momento de la emisión del sufragio. Es por ello que entre las técnicas de liderazgo popular que menciona el autor se pueden incorporar diversas prácticas que apuntaban a una amplia y muy heterogénea inclusión política. Por ejemplo, Rock destaca los vínculos de Hipólito Yrigoyen con la Iglesia, que son reales, pero eso no significa que se lo pueda rotular de representante de los intereses eclesiásticos; muchos librepensadores también lo apoyaban con entusiasmo.

La inclusión en el partido se realizaba no sólo través de lazos afectivos. El autor señala con razón que la distribución de la riqueza lograda mediante cargos burocráticos contribuyó a afianzar el poder radical. El crecimiento de la burocracia en el proceso de “urbanización sin industrialización” vivido por Argentina a comienzos del siglo XX juntamente con la prosperidad económica favorecida por su papel de país exportador de materias primas se constituyó en el escenario ideal de una redistribución que facilitaba la armonía de clases defendida por la UCR. Sin embargo, no me parece del todo acertada la interpretación de Rock sobre este proceso redistribucionista al que justifica, por un lado, por una razón esencialmente electoralista y por otro, ve como destinado exclusivamente a los sectores de clase media.

La conformación del radicalismo se arraigaba cada vez más en el proyecto movimientista del yrigoyenismo, y una

entidad de ese tipo sólo se podía construir en la medida en que se pusiera en práctica cierta distribución del ingreso pero no sólo entre la clase media, que todavía estaba lejos de ser definida con exactitud en ese período. Apelar a la categoría de *sectores populares* elaborada por Luis Alberto Romero nos acerca más al espectro social de esos años. Ciertamente, Rock no utiliza un término similar y, en consecuencia, le resulta difícil resolver -a pesar de que constituye la parte sustancial de su trabajo- el respaldo que el radicalismo lograba entre los obreros de diferentes gremios; la explicación se reduce entonces, insisto, a una interpretación electoralista del fenómeno. No intenta buscar una categoría más abarcativa para referirse a las múltiples simpatías sociales que recibía la agrupación y, por ello, termina enfatizando la íntima relación entre el partido y la clase media. El factor material -la redistribución de la riqueza- estaba íntimamente ligado a factores subjetivos (como reconoce el mismo autor), es decir a la posibilidad de establecer vínculos políticos que pretendían recuperar la dignidad de las personas a través de su incorporación a la política partidaria que además se presentaba como la política de la Nación.

En síntesis: pese a los desacuerdos que, en la actualidad, se puedan tener con respecto al trabajo de David Rock, es indiscutible que tanto el análisis como la enunciación de distintas problemáticas contribuyeron de manera notable al estudio de la UCR durante las primeras décadas del siglo XX. Asimismo, es innegable que continúa siendo una guía para el conocimiento del funcionamiento de los partidos políticos en Argentina y los “vicios” de origen en el proceso de construcción de una democracia estable.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

NORMAS PARA EL ENVÍO DE MATERIALES

El *Boletín bibliográfico electrónico* del Programa Buenos Aires de Historia Política es una publicación de periodicidad semestral dedicada a la difusión de los avances de historia política referida –especial mas no exclusivamente- al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad.

El comité editorial espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren con él a través de contribuciones que integran distintas secciones del *Boletín*, sujetas a referato. Abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de ellas: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de hasta 700 palabras y los resúmenes de tesis, de hasta 1400.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán por correo electrónico exclusivamente, en formato RTF o “.doc” (Word), a boletin@historiapolitica.com.

Las notas sólo se incluirán en los estados de la cuestión, las entrevistas y en artículos historiográficos. No se admiten en el resto de las secciones. Serán automáticas, con cifras árabes y siempre ubicadas a pie de página. Los apellidos incluidos en las notas usarán mayúsculas sólo en la primera letra. El título de la obra se incluirá en cursiva y el pie de imprenta se organizará de la siguiente manera: editorial, fecha y lugar de edición.

Deberá mencionarse la adscripción institucional y el e-mail de los autores, a continuación del nombre.

LA CUESTIÓN REGIONAL EN EL RADICALISMO ARGENTINO (TRES DÉCADAS DESPUÉS)

POR LEANDRO ARY LICHTMAJER (UNT)

Leandro Ary Lichtmajer es Licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT y candidato a Doctor en Humanidades en la misma institución. Su investigación refiere a los discursos, prácticas y estrategias del radicalismo tucumano entre 1943 y 1956, analizando los procesos de cambio en los planteles dirigentes del partido durante el peronismo, las vinculaciones de la dirigencia provincial con las corrientes internas del radicalismo a nivel nacional y sus resultados electorales en el distrito tucumano.

Becario CONICET, actualmente se desempeña como docente en la Universidad de San Pablo, Tucumán. Además, integra el Centro Regional de Estudios Sociales y Políticos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT y la Red de Estudios sobre el Peronismo.

A comienzos de la década de 1970 el joven investigador de la Universidad de Cambridge David Rock defendía su tesis doctoral sobre el radicalismo y las clases trabajadoras urbanas en la Argentina, versión preliminar del libro que en 1977 apareció en español bajo el título de *El radicalismo argentino*. De ese modo Rock iniciaba un recorrido intelectual caracterizado por una reflexión constante sobre la historia contemporánea de nuestro país, que fructificó en un conjunto de aportes de amplia circulación en el ámbito académico argentino y anglosajón. Tres décadas después, el fruto de aquella primera investigación constituye una referencia obligada para el estudio del radicalismo. En estas páginas me propongo reflexionar brevemente sobre algunas de las líneas que Rock dejó planteadas para los trabajos sobre la UCR en el interior del país poniendo el acento en la provincia de Tucumán, ámbito al que se refiere la investigación que llevo a cabo sobre las prácticas, discursos y estrategias del radicalismo entre 1943 y 1956.

En *El radicalismo argentino*, Rock exploró la interrelación política de las clases sociales de la Argentina durante la madurez del modelo agroexportador y marcó el papel del Estado y del partido radical en ese contexto. Desde tal perspectiva, los actores protagónicos de su obra fueron la elite terrateniente y comercial de la región pampeana, el capital extranjero, la clase media y la clase obrera de la ciudad de Buenos Aires. Rock buscaba abordar un aspecto escasamente trabajado en las investigaciones previas sobre esos años: la relación entre los gobiernos radicales y los sectores obreros metropolitanos, con especial énfasis en la ola de huelgas que acompañaron los desequilibrios económicos derivados de la primera Guerra Mundial. Esta preocupación lo llevó a explorar otros aspectos tales como las condiciones sociales que hicieron posible el surgimiento del radicalismo, sus bases sociales, las vías utilizadas para acceder y permanecer en el poder y, finalmente, las causas del derrocamiento de Yrigoyen en 1930. De un modo similar a los trabajos formulados al otro lado del Atlántico por John J. Johnson y Peter G. Snow, y en los ámbitos académicos argentinos por Ezequiel Gallo y Silvia Sigal, Rock identificaba al surgimiento del radicalismo como fruto del proceso de modernización al que asistió la Argentina entre el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En este sentido, las preguntas sobre los intereses sociales representados por la UCR y las confrontaciones internas protagonizadas por sus distintas facciones fueron enfocadas desde perspectivas estructuralistas y funcionalistas en boga durante esos años, centradas en las variables económicas y sociales para pensar la política.

En ese contexto de preocupaciones, Rock indagó sobre un aspecto que me parece preciso resaltar en este ejercicio de reflexión retrospectivo sobre su obra. Me refiero a su exploración de la dimensión regional del conflicto político, realizada con el fin de desentrañar “los beneficios y ventajas que acarreo (el radicalismo) a determinadas clases y grupos regionales.” En su esquema, el radicalismo yrigoyenista profundizó una tendencia visible desde 1912: la centralización del poder político en la región pampeana, núcleo económico y demográfico del país, que como resultado de la Ley Sáenz Peña ganó influencia política en desmedro de regiones con menor peso electoral. Así, las concesiones del gobierno radical a las demandas de los consumidores urbanos y la elite terrateniente y comercial de la región pampeana implicaron una carga pesada para las zonas políticamente más débiles del interior, lo que generó fuertes tensiones en el seno del partido radical. El desarrollo de este tema fue retomado por Jorge Balán, cuyas reflexiones sobre la “cuestión regional” en la historia argentina remitían a temas similares. Tributario del

debate marxista sobre las diferentes “cuestiones” (agraria, urbana, nacional), Balán planteaba que la crisis del estado oligárquico tuvo como correlato la pérdida del peso específico de un conjunto de regiones que habían sido beneficiadas por ese orden político, en el que las negociaciones entre elites predominaban sobre las demandas de las clases medias y los sectores populares concentrados en las ciudades del litoral.

Uno de los distritos que, según este esquema, sufrió las consecuencias de los cambios en las bases políticas del estado nacional a partir de 1912 fue la provincia de Tucumán. Como han señalado investigaciones afines a esa línea interpretativa, esta situación resultó propicia para la consolidación del radicalismo antipersonalista provincial que, articulado en torno a un discurso regionalista de defensa de los intereses de la industria azucarera, fue hegemónico durante la década de 1920. El principal punto de disidencia frente al poder central fue la defensa del proteccionismo azucarero, vital en el desarrollo y el sostenimiento de la agroindustria mencionada, que fue desplazado en la lógica política yrigoyenista por miradas librecambistas más afines a los intereses de los consumidores urbanos de la región pampeana. De ese modo, el acento de Rock en el problema de la distribución regional del poder político durante los primeros gobiernos radicales influyó en la producción historiográfica sobre el escenario tucumano y sigue constituyendo un camino posible para la reflexión concerniente al radicalismo en el interior del país.

No obstante, la cuestión regional aplicada al estudio de ese partido debe ser retomada teniendo en cuenta las preguntas y los problemas que planteó la *vuelta a la política* protagonizada por la historiografía desde la década de 1980. Esta *nueva historia política* se diferenció de lo que Angelo Panebianco denominó, no sin cierto desdén, el “prejuicio sociológico” que había caracterizado al abordaje de los partidos como expresión de las demandas de grupos sociales determinados. Investigaciones posteriores a *El radicalismo argentino* tales como las desarrolladas por Paula Alonso, Ana Virginia Persello, César Tcach y Marcela García Sebastiani avanzaron, en mayor o menor medida, en el estudio de la relación entre las autoridades centrales del partido y sus filiales provinciales, revelando un conjunto significativo de pujas en torno a la definición de las estrategias, los principios programáticos y la recepción de las orientaciones políticas nacionales en algunos distritos. Tales perspectivas de análisis, que socavaron la imagen de un radicalismo centralizado, nos invitan a seguir reflexionando sobre el carácter homogéneo de esa y otras organizaciones políticas en la Argentina. En ese sentido, creo que permanecen abiertos algunos interrogantes referidos a las tensiones regionales, variable a tener en cuenta en un país atravesado por lógicas socio-políticas y matrices económicas diversas.

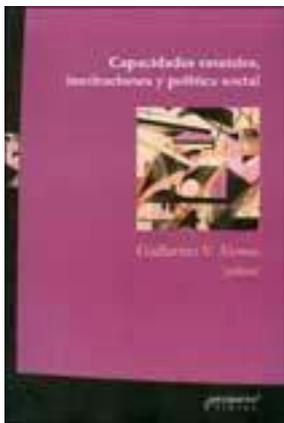
En otro orden de consideraciones, las reflexiones de Rock en torno a los comités radicales componen una faceta interesante para un investigador ubicado a tres décadas de distancia de su obra. Esa variable de análisis, inscripta en lo que se dio en llamar estudios sobre los espacios de sociabilidad, constituía una clave explicativa central para entender la penetración del radicalismo en los sectores urbanos, para quienes el patronazgo estatal y los vínculos locales establecidos con los caudillos electorales resultaban fundamentales. La exploración de la veta señalada por Rock nos remite a un campo interesante para los análisis actuales sobre el radicalismo: la vida interna en torno a los ámbitos de reunión de sus dirigentes y afiliados, la formación de clientelas y la construcción territorial del poder en los distritos donde desplegó su acción, cuestiones vinculadas a una dimensión basal de la política con derivaciones sugerentes. En ese sentido, el estudio de los comités permitiría observar al partido radical a partir de la imbricación de dos perspectivas de análisis complementarias. Por un lado, atendiendo a los denominados *incentivos selectivos* se podría avanzar en la exploración de la distribución de los recursos estatales orientados a la obtención de apoyos electorales. Este vértice de análisis posibilitaría estudiar al partido desde la dinámica intereses-beneficios. Por otro lado, la indagación de los comités puede ayudar a desentrañar el proceso de construcción de una identidad política radical y la difusión de *incentivos colectivos*, atendiendo a las instancias de vinculación entre los miembros del partido, los canales de circulación de las ideas y las dimensiones simbólicas de su actuación.

En síntesis, considero que la dimensión regional de la distribución del poder y las formas de sociabilidad partidaria constituyen perspectivas de la obra de Rock que siguen planteando interrogantes para la producción historiográfica actual sobre el radicalismo en el interior del país. Sin desconocer las transformaciones impulsadas por la renovación de la historia política, algunas de las preguntas formuladas por aquel joven investigador de la Universidad de Cambridge que daba sus primeros pasos en la exploración del derrotero argentino durante el siglo XX mantienen vigencia y relevancia. En definitiva, a tres décadas de haber sido publicado, el libro de Rock sigue siendo una referencia ineludible y una fuente de inspiración para las nuevas generaciones de historiadores interesados en el estudio radicalismo.

RESENZAS

GUILLERMO ALONSO (COMP.), *CAPACIDADES ESTATALES, INSTITUCIONES Y POLÍTICA SOCIAL*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2007, 266 PÁGINAS.

POR FACUNDO CALEGARI
(UBA-FLACSO, CYD)



El avance de las reformas políticas impulsadas por el neoliberalismo en la Argentina de los '90 significó para nuestra sociedad la alteración de las coordinaciones políticas tradicionales y su sustitución por el mercado como instancia igualatoria, autorreguladora y coordinadora en general. Ello provocó, naturalmente, una radical transformación en las esferas de intervención estatales y en las características asumidas por sus políticas principales. En este proceso, el "halo protector" del Estado del que nos habla Robert Lechner se desvanece perversamente y las formas de articulación social mutan como consecuencia directa.

Posteriormente, ya en los tiempos que corren, la contextualidad latinoamericana muestra signos de profunda complejización y las sociedades se ven obligadas a redescubrir al Estado para su coordinación; como resultado, las múltiples dimensiones de la vida social hacen que las ópticas interpretativas ensayen distintos intentos analíticos para dar cuenta de las nuevas manifestaciones y exigencias sociales. Nuevas preocupaciones, plexos conceptuales y renovados marcos interpretativos circundan los escenarios académicos especializados elaborando diagnósticos alternativos que

arrojan nuevas luces sobre las características y capacidades estatales contemporáneas. En este marco, el esfuerzo editorial realizado por Guillermo Alonso en *Capacidades estatales, instituciones y política social* nos muestra los lineamientos conceptuales fundamentales desde las ciencias sociales para el análisis de las denominadas capacidades estatales.

En sus primeras caracterizaciones -ya desde los capítulos primero y segundo, escritos por Guillermo Alonso y Fabián Repetto, respectivamente-, la obra nos introduce en un marco teórico que, con North, Evans, Hilderbrand, Grindleycompañía, inmediatamente afirma la importancia cardinal de las instituciones no sólo para el análisis de las aristas principales del accionar estatal sino también de cara al devenir sociopolítico y cultural de hombres y mujeres en comunidad. El necesario análisis de las capacidades estatales es considerado no sólo desde sus dimensiones técnicas y administrativas, sino también desde las propias dimensiones relacionales, en las cuales las dinámicas de las interacciones entre actores, coaliciones e instituciones públicas se presentan como las observaciones indispensables para cualquier análisis ulterior. En este sentido, las capacidades estatales son claramente reconocidas por los autores como recursos de capacidad extractiva y pasibles de la intervención sociopolítica: en definitiva, los autores hacen referencia a las capacidades estatales no sólo desde el liso plano burocrático sino también desde la positividad de los procesos de institucionalización social y ciudadana.

Uno de los puntos de mayor politicidad, y lo que en definitiva lleva al lector a la instancia de mayor tensión en el proceso hermenéutico, queda plasmado en el artículo escrito por Ana Laura

Rodríguez Gustá. Aquí se expone una interesante, problemática y virtuosa regularidad causal -de tipo mertoniana- entre las capacidades estatales y la densidad organizativa de las sociedades latinoamericanas: el fructífero traslado del lector hacia el debate sociológico y cultural es una consecuencia inevitable de lo expuesto. Inmediatamente, la autora es categórica a la vez que certera en su caracterización conclusiva: la posibilidad de mayores capacidades estatales está causal y directamente condicionada por la vital necesidad de una reforma política consensuada por la arena política y la ciudadanía toda. La búsqueda de mejores relaciones entre ejecutivo y legislativo, y la necesidad de partidos políticos más institucionalizados se constituyen entonces en *conditio sine qua non* de mejoras en las capacidades de las instituciones estatales.

Luego, la obra expone elocuentemente que el desarrollo de políticas sociales reformadoras y verdaderamente universales es una de las deudas vergonzantes de la política vernácula: así lo afirman, por ejemplo, el análisis de las características del seguro de salud en Argentina realizado por Alonso o la descripción de los programas materno-infantiles realizado por Alma Idiart. Allí se problematiza con fuerte preocupación y compromiso intelectual la posibilidad de achicar las brechas o déficits en las capacidades estatales.

En definitiva, por su claridad conceptual y profundidad analítica, *Capacidades estatales, instituciones y política social* se presenta como un valiosísimo aporte a la tarea de comprender y mejorar los resultados y las prácticas de nuestras instituciones locales.

JUAN JOSÉ ARTEAGA, *BREVE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE URUGUAY*. MONTEVIDEO, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 2008, 358 PÁGINAS.

POR SILVANA HARRIETT
(UDELAR)

Esta obra, editada por primera vez en 2000, y a la cual se le adicionó un capítulo relativo al tramo 2000-2005 para esta segunda edición, constituye un relato de la historia del Uruguay desde la época colonial –denominada *la etapa formativa*– hasta la actualidad, específicamente hasta la llegada del Frente Amplio al gobierno nacional por primera vez, en 2005.

El autor opta por una narración de corte cronológico, en la cual la periodización, fundamentalmente política, no difiere de las construidas en la historiografía uruguaya más aceptada. Las fuentes utilizadas son precisamente de carácter historiográfico y secundario, y se citan al final del libro, organizadas por capítulo. Sólo en el Epílogo se citan en formato de nota al pie otras fuentes de carácter primario.

El libro, estructurado en diez capítulos y un epílogo, presenta un abordaje abarcativo, que combina información en torno a aspectos políticos, económicos, sociales e intelectuales, con referencias continuas a la región y al marco internacional. Comienza con el análisis de las características de la Banda Oriental como zona de implantación colonial tardía y su devenir hasta las invasiones inglesas, para luego detenerse en el período 1810-1830, al que presenta en clave de dilema de autonomía o independencia. El recorrido continúa luego por el período 1830-1857, materia del problema historiográfico y político del surgimiento del Estado oriental y su viabilidad; al respecto Arteaga explicita su adhesión a la tesis de Edmundo Narancio, según la cual la resolución diplomática de 1828 fue la única posibilidad aceptable de un proceso natural que contó con el apoyo de los orientales.

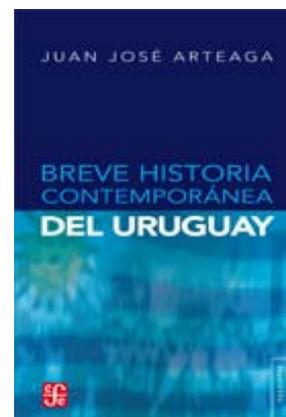
Previo análisis del proceso modernizador entre 1865 y 1903,

el autor enfoca el batllismo, al que caracteriza como un movimiento reformista y de democracia social. A propósito de la obra de José Batlle y Ordóñez, del que resalta su carácter de gran protagonista del período, también destaca la continuidad con el proceso previo, así como los aportes de los nacionalistas, socialistas y cívicos a la concreción de la modernización política y social.

La narración retrotrae luego a los impactos de la crisis del '29 en el Uruguay y a la gestión política hasta 1947, año de inicio de lo que Arteaga denomina *la restauración batllista*. Esta denominación muestra su desacuerdo –planteado explícitamente– con el uso historiográfico del concepto neobatllismo para el período de Luis Batlle Berres, pues entiende que éste impulsó el viejo modelo batllista de cuño intervencionista e industrializador. Sí considera adecuado el uso del término para la dirigencia gobernante entre 1967 y 1973, y con posterioridad a 1985, especialmente para Jorge Batlle y Julio María Sanguinetti, idea que es reafirmada en el capítulo X. Éstos, sostiene, sí generaron una renovación batllista, en tanto defendieron el retorno al presidencialismo, el desarrollo de la economía exportadora y la defensa de un Estado menos regulador.

Con relación al período 1959-1967, resalta la rotación de los partidos políticos en el poder, deteniéndose especialmente en las características de la Constitución de 1967. La descarta como factor del quiebre institucional, cuyas causas ubica en el clima político de los años previos y en la variable internacional. Sin la dicotomía ideológica generada por la Guerra Fría y los movimientos violentos de izquierda, sostiene el autor, no hubiera habido golpe de Estado en el Uruguay.

En el capítulo correspondiente a la restauración democrática,

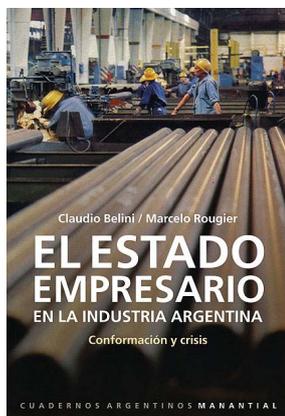


dedica una parte sustantiva a la descripción del clima espiritual, al que caracteriza como estancado en el pesimismo. Significativamente destaca como removedoras de éste a las dos giras del papa Juan Pablo II, en tanto generaron una discusión sobre los alcances y significados del laicismo.

En el epílogo, producto de una nueva coyuntura, describe la crisis de 2002 y las respuestas desde el sistema político, en un relato que resalta la madurez democrática del Uruguay y su posición en el contexto regional. En este marco de solidez institucional inscribe la llegada al poder de la izquierda, resultado –en su opinión– de la convocatoria de un programa históricamente conservador, anclado en el imaginario batllista, que lleva al gobierno un proyecto de corte similar, en su opinión, al de la socialdemocracia europea.

CLAUDIO BELINI Y MARCELO ROUGIER, *EL ESTADO EMPRESARIO EN LA INDUSTRIA ARGENTINA. CONFORMACIÓN Y CRISIS*. BUENOS AIRES, MANANTIAL, 2008, 338 PÁGINAS.

POR SILVIA MARCHESE
(UNR)



Claudio Belini y Marcelo Rougier presentan este libro como un estudio de la creación, organización y evolución de algunas empresas públicas industriales y de la intervención del Estado en la gestión de empresas privadas.

Plantean que el desarrollo del Estado empresario argentino, si bien acompañó tendencias internacionales, tuvo una especificidad que sólo puede rastarse a través del estudio de cuestiones vacantes en la historiografía (diversidad de formatos legales, estrategias y desempeños, injerencia en empresas de capital privado) y atendiendo a la gran diversidad de factores político-ideológicos, históricos, coyunturales, socioeconómicos, que incidieron en su desarrollo.

En la introducción presentan una perspectiva histórica del tema. Señalan el inicio de la expansión del Estado empresario en la segunda posguerra indicando que los cuestionamientos posteriores a 1955 no impidieron nuevos avances en la década de 1960, hasta su desmantelamiento desde 1976.

En este marco, los autores desarrollan seis estudios sostenidos en una exhaustiva investigación que les permite dar cuenta de los factores que, en cada caso, resultaron determinantes.

Los primeros tres capítulos fueron

escritos por Claudio Belini. El capítulo I, dedicado a la Dirección General de Fabricaciones Militares, resalta la decisiva incidencia que tuvieron en su inicio las propuestas industrialistas del ejército y el accionar del General Savio. Investiga la organización de las primeras fábricas, la competencia con actividades privadas y los cambios producidos en el período desarrollista. El estudio puntual de algunas empresas mixtas evidencia la dificultad de plasmar la asociación de capital estatal y privado proyectada por Savio y Perón.

En la gestación de la Dirección Nacional de Industrias del Estado (capítulo 2) resultó determinante la “oportunidad” aportada por la guerra. El capítulo presenta un estudio minucioso de las empresas del grupo, sus objetivos, las tensiones generadas con el empresariado y su imposibilidad de convertirse en “partera de industrias”. Al analizar el proceso de liquidación el autor destaca cómo, en el marco de la estrategia desarrollista, resultó determinante la necesidad de integración a organismos económicos internacionales.

El capítulo 3 se detiene en el proceso que llevó a la expropiación de las empresas del grupo Bemberg, que presenta como una respuesta simbólica a la política de la década del '30, en el que la dimensión política adquirió una importancia ausente en los casos anteriores. Estudia el traspaso a una cooperativa sindical y, analizando los factores que dificultaron su viabilidad, resalta las presiones sectoriales y los límites del estado para aportar los recursos gerenciales y técnicos adecuados.

La segunda parte del libro fue escrita por Marcelo Rougier. El cuarto capítulo se ocupa de la participación del Estado en el capital de empresas privadas entre 1950 y 1976. Analiza los intentos del peronismo por regular el mercado y encauzar el ahorro, y cómo después de 1955 y con nuevos

objetivos (capitalizar las empresas; evitar conflictos sociales) aumentó la tenencia de acciones del Estado, indicando los cambios producidos en el ejercicio de su capacidad de intervención en la gestión de esas empresas.

El capítulo 5 explica el avance del Estado como respuesta a la crisis iniciada en 1962, analiza sus efectos y el debate desarrollado hasta la sanción del plan de rehabilitación de 1967, que puso en evidencia el peso que tenían las presiones de grupos empresarios y la amenaza de conflicto social en la formulación de políticas del período.

El último capítulo se ocupa del desmantelamiento del Estado empresario iniciado en 1976, cuando se efectivizaron propuestas presentes desde 1955, y que formó parte de una amplia reestructuración del sector industrial. Preguntándose si el traspaso significó una racionalización del sector público o una simple liquidación y enajenación de los activos por parte del Estado, el autor estudia el programa y sus resultados, siguiendo en detalle las negociaciones referidas a determinadas empresas.

En las reflexiones presentadas en el epílogo, los autores destacan la falta de coherencia que, no obstante su regularidad, acompañó la presencia en la industria de un Estado que, entre otras falencias, no construyó una burocracia capaz de sostener su política. La relación con los empresarios se vio tensionada por la competencia de algunas empresas y la falta de una política de concertación en los gobiernos peronistas; tampoco se resolvió en los gobiernos posteriores, cuyas debilidades reforzarían la capacidad política de los grupos empresarios. Estos elementos ayudan a explicar la imposibilidad de convertirse en un Estado que sostenga en el largo plazo al sector privado y se capaz de desarrollar capacidades empresariales.

JESSICA E. BLANCO, *MODERNIDAD CONSERVADORA Y CULTURA POLÍTICA: LA ACCIÓN CATÓLICA ARGENTINA (1931-1941)*. CÓRDOBA, UNC, 2008, 322 PÁGINAS.

POR ANA CLARISA AGÜERO
(UNC)



reposa sobre un supuesto no carente de complejidades: la idea de que Córdoba, signada estructuralmente por el conflicto tradición-modernidad y tendencialmente inclinada a la primera, sería, en esa medida, un laboratorio privilegiado para observar el nacimiento y la expansión de la Acción Católica.

Aquella hipótesis general y ese supuesto particular delimitan los universos respecto de los cuales se reconstruyen los contextos religioso e institucional y se especifican las modalidades organizativas, las lides ideológico-institucionales y los virajes adaptativos de la Acción Católica. El plano nacional, evocado a través de series documentales, es así considerado en paralelo a la fracción políticamente cordobesa del territorio eclesiástico cordobés (incluyendo, por ende, la diócesis de Córdoba y el obispado de Río Cuarto, y excluyendo el obispado riojano).

A lo largo de cinco capítulos, el libro considera los contextos católico y eclesiástico de reformulación del rol del laicado y emergencia de la Acción Católica en Córdoba y el país, contextos en parte dados por la ofensiva de la Iglesia en la sociedad, la consolidación de variantes integristas del catolicismo y la articulación de éste a la cuestión nacional y/o social (capítulo 1); las características que hacen de la Acción Católica una pieza del espacio público y de la lucha por su hegemonía, los rasgos fundamentales de su organización vertical y horizontal (que involucran la relación entre clérigos y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos), y su relación con organizaciones concurrentes o conexas (capítulo 2); el proceso de captación y formación del laico como “soldado de Dios” y las actividades mediante las cuales esa pertenencia se consolida y participa de un proceso más vasto de penetración de la sociedad (capítulo 3); la creciente orientación

político-social de la Acción Católica, puesta de manifiesto en la creación del Secretariado Económico Social (1933), y su relación con las encíclicas fundantes del catolicismo social (capítulo 4); finalmente, la centralidad del “apostolado por ambiente” que ese Secretariado promovía como respuesta adaptativa de la Iglesia a una sociedad diversificada; respuesta expresiva del ascenso de un catolicismo populista, preparada a escala mundial por la Juventud Obrera Católica, y clave para su surgimiento en el país (1939-40), como subproducto de la Acción Católica (capítulo 5).

Señalado el gran aporte de este libro a la comprensión de la naturaleza y vicisitudes de la Acción Católica en Córdoba y el país, puede apuntarse uno de sus aspectos más discutibles, condensado en el supuesto apuntado inicialmente -por lo demás, ampliamente compartido por la mejor historiografía cordobesa-. Porque, en rigor, aquello que se postula como dado (la marca, aunque beligerante, conservadora de Córdoba) sigue siendo parte de lo que la historiografía debe iluminar (entre otras vías, comparativamente) y, en consecuencia, admitirlo como supuesto inclina a encontrar lo que se esperaba: una Acción Católica nacida allí más naturalmente que en otros sitios (que no busca “re Cristianizar” sino sólo innovar), más eficaz, más integrista y menos populista que su par nacional. Aunque es la aparente claridad del cuadro la que abona su eficacia, parece preciso suspenderlo (o complejizarlo) no sólo para hacer justicia a un mapa nacional más vasto y heterónimo sino, especialmente, para leer todo lo que *Modernidad conservadora y cultura política* tiene para decir.

Modernidad conservadora y cultura política analiza los años fundacionales de la Acción Católica Argentina (1931-1941), exponiendo de manera amplia y detallada la fisonomía y el desenvolvimiento de esta asociación en el orden nacional y, especialmente, en la provincia de Córdoba. Puesto que sus propósitos son relativos a ambas escalas, la voluntad general de considerar el rol del laicado militante dentro de la iglesia y el papel del catolicismo luego de golpe de estado de 1930 convive con el interés particular de ponderar su incidencia en la cultura política cordobesa. Si, en términos generales, el libro defiende que la marca integrista y antiliberal de la Acción Católica no estuvo reñida entonces con la adopción de una política decididamente volcada al espacio público, sensible a sus mutaciones y realizada con armas modernas (duplicidad a la que alude el concepto de *modernidad conservadora*), en términos particulares el mismo

MARCELO BORRELLI, "EL DIARIO DE MASSERA". HISTORIA Y POLÍTICA EDITORIAL DE CONVICCIÓN: LA PRENSA DEL "PROCESO". BUENOS AIRES, KOYATUN, 2008, 203 PÁGINAS.

POR GABRIELA ALTASIS
(UBA)

Entre los estudios que analizan la última dictadura militar en la Argentina se encuentra el presente trabajo, fruto de la investigación realizada por Marcelo Borrelli para su tesina de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social. El objeto de esta investigación, desde una perspectiva que se inscribe en la tradición del análisis del discurso, es analizar las posiciones editoriales del diario *Convicción* en relación a ciertos momentos clave del "Proceso", observando así las continuidades y cambios en dichas posiciones. Los acontecimientos elegidos con el fin de auscultar las posturas ideológicas del diario son, por ejemplo, los recambios institucionales realizados a lo largo de la dictadura, la llegada de la CIDH de la OEA al país, la entrega del Premio Nobel de la Paz a Adolfo Pérez Esquivel, la guerra de Malvinas y las instancias cúlmines de *Convicción* y del régimen.

La línea central de la obra consiste en el examen del entrecruzamiento de la historia política con la historia de las ideas políticas, a partir del análisis de las opiniones de la sección editorial. Por lo tanto, este trabajo se focaliza en el estudio de las relaciones entre el proceso de producción discursiva de *Convicción* y el contexto político, económico y social en el que se produjo.

El periódico nació en agosto de 1978 y su emergencia estuvo ligada a los intereses políticos de la Marina y del ex almirante Emilio Massera. Por estas razones puede catalogarse al diario como "la prensa del Proceso". Sin embargo, Borrelli señala que, más allá de los fines políticos con los que fue creado, *Convicción* construyó un perfil propio caracterizado por su nivel periodístico y excelencia profesional. También destaca que si bien el diario apoyó al gobierno militar en la "guerra antisubversiva", y consideró al golpe de Estado

necesario para salvaguardar la nación, logró asimismo, por estar vinculado a una fracción militar, esbozar una crítica desde adentro hacia otros sectores de las Fuerzas Armadas y a la política económica implementada por Martínez de Hoz. Según el autor, el proyecto editorial sirvió para "sermonear" a las Fuerzas Armadas y a las clases dirigentes sobre el rumbo que debía tomar la "refundación" nacional impulsada por la dictadura.

Por otra parte, el libro examina también el conflicto entre Massera y *Convicción*, a causa de las críticas realizadas por el ex almirante en contra del régimen y el consecuente resquebrajamiento de su relación con la Armada. En sus comienzos el diario mantuvo una doble vinculación con sus mentores, consolidando una posición de equilibrio. Pero desde 1980-1981 el matutino no aceptó alinearse con la decisión de Massera de apartarse del gobierno. La sucesiva pérdida de vigencia de los proyectos del ex almirante, a causa de sus propias debilidades, no sólo influyó en el distanciamiento decisivo de *Convicción* de su viejo mentor sino también en la disposición de entablar una relación más estrecha con la Marina. Así, Borrelli sostiene que el factor determinante de este acercamiento fue la necesidad del diario de permanecer ligado a la Armada, debido a su dependencia económica, con el fin de asegurar su continuidad como medio de prensa.

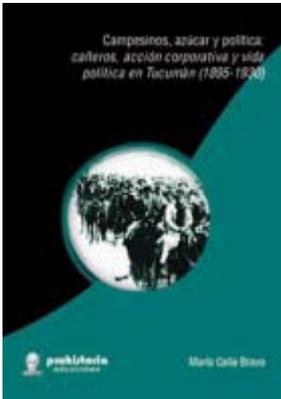
El libro ésta compuesto por una introducción, cuatro capítulos y una conclusión. El primer capítulo describe el contexto histórico y político en el que se presentó la dictadura, las medidas puestas en práctica por el régimen y los conflictos internos con los que tuvo que lidiar. En el segundo se establecen las consideraciones teóricas y metodológicas de la investigación. El tercer capítulo se centra en el análisis del diario, para

lo cuál se delinear sus características principales. El cuarto capítulo desarrolla el análisis de los editoriales durante los momentos relevantes del "Proceso", haciendo referencia a la coyuntura histórica en la que se presenta dicho análisis. El trabajo finaliza con unas conclusiones que subrayan los aspectos más importantes del análisis y las razones por las que el desenlace negativo de *Convicción*, hacia finales de 1983, se encuentra íntimamente vinculado con el derrumbe del gobierno militar. Por último, es preciso mencionar el gran esfuerzo que realiza esta obra por abandonar las ideas preconcebidas y por no caer en perspectivas simplistas de análisis.



MARÍA CELIA BRAVO, *CAMPESINOS, AZÚCAR Y POLÍTICA: CAÑEROS, ACCIÓN CORPORATIVA Y VIDA POLÍTICA EN TUCUMÁN (1895-1930)*. ROSARIO, PROHISTORIA EDICIONES, 2008, 334 PÁGINAS.

POR LUCÍA SANTOS LEPERA
(ISES- CONICET)



El libro de María Celia Bravo pone en manos del lector una historia signada por la supervivencia de un actor social y político indisoluble del complejo azucarero de la provincia de Tucumán: los *productores cañeros*, es decir, los cultivadores de caña de azúcar, propietarios de un fundo de extensión variable que producen materia prima para los ingenios y comercializan individualmente su cosecha. Su conformación como un sector inserto en el sistema productivo constituyó un rasgo distintivo de la agroindustria tucumana. A diferencia de otros espacios articulados alrededor de la producción azucarera -como las provincias de Salta y Jujuy, que carecieron de este tipo de expresiones-, los cañeros tucumanos lograron consolidarse como un actor independiente que participó en las distintas instancias de la industria en su fase moderna.

Deformar rigurosamente y con minuciosidad, María Celia Bravo describe y analiza el papel desempeñado por los cañeros en la sociedad, en la economía y en la política provincial entre 1895 y 1930. Durante este período se erigieron en un actor central, con identidad y

discurso propios, que proyectaron su influencia en la dinámica política y social, delineando una impronta singular en la historia provincial. A lo largo de sus nueve capítulos, el libro presenta un relato articulado sobre problemas tales como los orígenes y la composición interna de este sector; sus reivindicaciones y sus estrategias de resistencia frente a los intereses de los industriales y a las oscilaciones adversas del mercado; la relación mantenida con otros actores sociales; la forma en que fueron percibidos en distintos momentos y las representaciones que construyeron de sí mismos. En efecto, distintos niveles de análisis se entrecruzan en el relato, revelando la imbricación entre las dimensiones económica, social y política.

La reflexión sobre la dimensión política representa un eje central del libro. En este sentido, la mirada de la política que presenta Bravo se encuentra estrechamente vinculada a la defensa de los intereses del sector y a su proyección en ese campo. De ese modo, se subraya la importancia del *proteccionismo azucarero* como una condición esencial para la existencia de la actividad agroindustrial. Esto lleva a la autora a analizar el parlamento nacional, ámbito privilegiado de defensa de los intereses del sector, donde industriales y cañeros articularon un *bloque regional* con el objeto de mantener los aranceles que aseguraban el abastecimiento del mercado interno del azúcar por el producido en la región.

En la primera parte del libro se analiza el funcionamiento de este *bloque regional* durante el orden conservador, donde el consenso entre los sectores de la agroindustria se articuló alrededor del imperativo proteccionista. Tal situación no supuso, sin embargo, la carencia de conflictos en el interior del mismo. La pugna de intereses estuvo cimentada en las disputas en torno al precio de la

materia prima y a la inestabilidad del mercado, que marcaron el pulso de la conflictiva relación entre industriales y cañeros. En este contexto, la presencia temprana de un Estado provincial activo que buscó armonizar los distintos intereses sectoriales constituyó un elemento clave en el itinerario de la agroindustria local.

Sin embargo, como se analiza en la segunda parte del libro, la sanción de la Ley Saénz Peña y el consecuente triunfo electoral del radicalismo significaron un punto de inflexión, al introducir una nueva lógica política. La nueva dinámica partidaria y el desequilibrio regional a favor de las áreas más populosas -cuyo peso electoral resultaba decisivo- subvirtieron el sistema de alianzas gestadas por la elite en el período anterior. En el marco de una situación cada vez más desfavorable, los productores cañeros asumieron una actitud corporativa definida y articularon un discurso propio alrededor de consignas agraristas identificadas con la defensa de la pequeña propiedad y la democracia social. El Estado, los partidos políticos y los sectores urbanos de la Capital se mostraron permeables al discurso y a los reclamos cañeros, lo que permitió a los plantadores asumir una posición ofensiva y disputar a los grandes industriales la definición de la agenda política en relación al funcionamiento de la agroindustria. Como corolario de este proceso, Bravo analiza la huelga de cañeros de 1927, el Laudo Alvear y la conformación de un partido político que respondía específicamente a los intereses del medio cañero.

De este modo, a partir de una *perspectiva regional*, el estudio de María Celia Bravo no sólo nos permite conocer en profundidad la conformación y el accionar de un sector que no había sido abordado, sino que abre numerosos interrogantes para investigaciones futuras.

JAMES BRENNAN Y MÓNICA GORDILLO, *CÓRDOBA REBELDE. EL CORDOBAZO, EL CLASISMO Y LA MOVILIZACIÓN SOCIAL*. BUENOS AIRES, LA CAMPANA, 2008, 286 PÁGINAS.

POR AGUSTÍN NIETO
(CONICET – UNMDP)

Desnaturalizando una narrativa historiográfica centrada en la capital de nuestro país, *Córdoba Rebelde* se presenta como un relato alternativo e historizado de la Argentina de la doble década de los 60-70, implicando de esta forma un análisis tanto de la “resistencia peronista” como de los gobiernos peronistas de 1973-1976, de los golpes militares como de los contragolpes obreros. Enmarcadas en el complejo conjunto social de aquellos años, las principales preocupaciones del libro son la dinámica interna de los sindicatos combativos, las relaciones de estos últimos con otros grupos sociales (estudiantes, curas tercermundistas, organizaciones políticas y armadas de izquierda) y la política obrera en los lugares de trabajo, así como la compleja relación entre una base obrera ampliamente identificada con el peronismo y una dirección gremial de izquierda no peronista. La conjetura de los autores sobre los porqués de la radicalización de la clase obrera cordobesa sostiene que aquella se debió, por un lado, a los cambios en la cultura política argentina y, por otro, a la particular configuración de la base fabril automotriz y de la cultura del lugar de trabajo de una Córdoba industrial.

Sin embargo, a la vez que situada en las coordenadas sociales de una Córdoba movilizadora por los “azos” e “ismos”, aquella experiencia histórica es proyectada al resto del país y nacionalizada en tanto coagulación de lo más representativo del momento histórico. Pero sus anhelos no terminan ahí, ya que consideran que este libro no sólo puede ser útil para entender la historia de la Argentina en aquellos años sino también para comprender la política del movimiento obrero organizado en Latinoamérica y las bases de las políticas obreras en general.

Si bien -según palabras de los autores- este trabajo no revela nuevos datos empíricos sino que se presenta como una versión sintética, revisada y conjunta de sus obras precedentes,

el libro tiene también otros alcances. Por un lado, Gordillo y Brennan se concentran esta vez en el rescate integral de la experiencia de radicalización militante vivida en la ciudad. En este sentido, se preocupan por reconstruir el proceso histórico provincial previo al '69, indagando en los nuevos actores sociales y especificando las particulares condiciones cordobesas, sin dejar de cotejar los procesos estructurales generales. Así los autores van delineando una explicación “verdaderamente histórica” de la experiencia obrera y de lo acontecido en la provincia. Entre el azar y la necesidad, o sea, en lo contingente del proceso histórico, ambos descubren las claves de un tipo particular y nuevo de sindicalismo conviviente pero en oposición con las versiones peronistas más tradicionales, cuyo paradigma fue el vanderismo. En el equilibrio inestable de la confluencia que se produjo entre procesos históricos singulares, como la tardía y acelerada industrialización automotriz, el surgimiento de un nuevo tipo de obrero industrial, la dinámica relación entre fábrica y sociedad, la radicalización ideológica de la sociedad, y de experiencias particulares, como la de Luz y Fuerza de Agustín Tosco, la del peronismo combativo de Atilio López en la UTA, la del SITRAC-SITRAM de los clasistas y la del SMATA de René Salamanca, emergió una experiencia sindical más independiente del Estado, más militante, más democrática, más radicalizada ideológicamente, más combativa. Aquella experiencia cristalizó en un modelo sindical alternativo que se transformó en una referencia obligada para todos los movimientos obreros del interior y de la misma Buenos Aires que se rebelaban y resistían a la regimentación centralizadora de los “burócratas” de la Capital y que se vio eclipsada por el golpe de 1976 con desapariciones, asesinatos, intervenciones y militarización fabril.

Por otro lado, con el objeto de comprender cabalmente lo sucedido, los autores innovaron en sus perspectivas teóricas incorporando en su análisis algunos elementos de las teorías de la



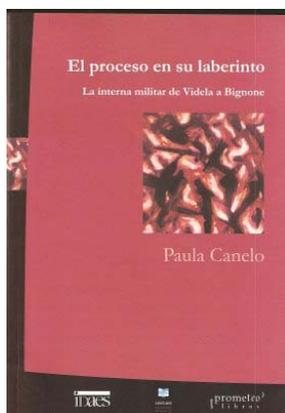
acción colectiva contenciosa (Tarrow), como explicativos de la alta movilización, y de procesos de “encuadre” cultural (Gamson), como rasgos condicionantes de la acción colectiva. Así, conceptos como marcos culturales, estructuras de movilización, redes sociales, estructura de oportunidades políticas, identidades, aliados influyentes y ciclos de protesta, entre otros, circulan por el entramado narrativo construido por Brennan y Gordillo, dotando de sentido a los acontecimientos en los cuales el lector se está sumergiendo.

Asimismo, la construcción narrativa de la obra se encuentra enmarcada por un aparato heurístico que, a la par de las más tradicionales publicaciones periódicas como diarios, semanarios y boletines, se nutre de una amplia gama de fuentes archivísticas que van desde una abultada cantidad de documentos empresariales y gremiales inéditos hasta más de una centena de entrevistas y grabaciones, pasando por publicaciones oficiales extranjeras, como por ejemplo informes del ministerio de la industria de Francia e informes de inteligencia militar de los EE.UU.

La lectura de este relevante libro, que podría hacerse en paralelo a los libros de James, *Resistencia e integración*, y de Schneider, *Los compañeros*, nos lleva imaginariamente a un mundo obrero que si bien fue desgarrado materialmente, pervive simbólicamente en la memoria de muchos trabajadores y trabajadoras de la Argentina actual que lo siguen sosteniendo como horizonte de deseo.

PAULA CANELO, *EL PROCESO EN SU LABERINTO. LA INTERNA MILITAR DE VIDELA A BIGNONE*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 245 PÁGINAS.

POR MARIANO FABRIS
(CONICET-UNMDP)



El colapso del gobierno militar luego de Malvinas abrió el debate sobre las causas de la debilidad de la democracia, orientando las investigaciones históricas hacia el período de inestabilidad iniciado en los años '30 y los estudios sobre la transición hacia la reflexión sobre los caminos que asegurarían su consolidación. Con estas preocupaciones, el análisis de la última dictadura militar quedó relativamente marginado y sólo comenzó a ser afrontado más recientemente, en parte gracias a la labor de un grupo de investigadores –entre los que se destacan Hugo Quiroga, Alfredo Pucciarelli, Marcos Novaro y Vicente Palermo– que priorizó una mirada política de la dictadura y se alejó de las interpretaciones que dieron forma a la transición democrática, mostrando una imagen más compleja del gobierno militar. El trabajo de Paula Canelo se inscribe en la misma línea. A lo largo de tres capítulos analiza los comportamientos políticos e institucionales del actor militar. Su hipótesis principal es que las Fuerzas Armadas estuvieron cruzadas por

intensos conflictos derivados de los posicionamientos frente a la salida política y las orientaciones económicas y que, en ese contexto, la “lucha anti-subversiva” actuó como el principal recurso de cohesión institucional y de legitimación social.

El primer capítulo recorre el período 1976-1978; allí la autora muestra las características de la alianza cívico-militar que promovió el golpe, integrada por los militares, grupos de la derecha liberal tradicional y una nueva corriente del liberalismo, a la que identifica como la “derecha liberal tecnocrática”. A pesar de sus diferencias, estos grupos coincidieron en la necesidad de transformar de raíz la sociedad argentina desarticulando el rol de los actores forjados en el modelo “populista”. Si bien la construcción de la amenaza subversiva fue, según demuestra Canelo, un recurso que aportó apoyo social y cierta unidad interna, frente a la gestión de Martínez de Hoz la unanimidad dejó paso a profundas disidencias dentro del equipo económico y entre los militares –muchos de los cuales no compartían la filosofía liberal y rechazaban las consecuencias sociales del modelo o los planes de racionalización estatal que amenazaban sus posiciones. Algo similar ocurrió cuando los uniformados comenzaron a elaborar el modelo institucional heredero del “Proceso”: aquí las disidencias bloquearon las definiciones concretas.

La segunda presidencia de Videla, abordada en el capítulo siguiente, fue el momento de profundización de la apertura económica. Fue también el momento en el que entró en discusión la cuestión de la “lucha anti-subversiva” entre la corriente “clausurista”, encabezada por Videla, que pretendía cerrar el tema elaborando algún tipo de explicación centrada en la idea de la

“guerra sucia” y los “excesos”, y los “señores de la guerra”, que alentaron una revitalización del “consenso anti-subversivo”.

En 1981, momento del cambio de gobierno que abre el último tramo del libro, Canelo identifica a tres grupos dentro de las Fuerzas Armadas: los duros, que priorizaban la “lucha anti-subversiva” y rechazaban cualquier acercamiento a la dirigencia civil; los “politicistas”, que aceptaban sacrificar algunos objetivos y admitían a los políticos tradicionales como interlocutores; y los “moderados”, que actuaban como árbitros entre las otras fracciones, apuntaban a la “convergencia cívico – militar” a largo plazo y propiciaban el surgimiento de una nueva élite política consustanciada con los “ideales” del *Proceso*. El análisis del período 1981-1983 permite a la autora mostrar el cúmulo de contradicciones existentes en el interior de las FFAA y la incapacidad de las diferentes facciones para reconstruir la legitimidad del gobierno. En ese contexto se puso de manifiesto la particularidad del recurso a la “lucha anti-subversiva”, que constituyó uno de los pocos elementos de unidad en el interior de las FFAA y su principal motivo de deslegitimación social.

El libro de Canelo resulta un valioso aporte para la comprensión de la última dictadura y de las diferencias existentes en la alianza golpista que la condujo. La visión de un actor militar homogéneo, propia de las interpretaciones surgidas en la transición democrática, pierde peso en su detallado análisis de las facciones que luchaban por imponer sus proyectos. Al mismo tiempo, su insistencia en la necesidad de la legitimación social coloca en el centro de la discusión la cuestión de las responsabilidades colectivas frente al golpe de estado y a la ejecución de la “masacre represiva”.

RUBÉN EMILIO CORREA Y MARTA ELIZABETH PÉREZ,
*INTELECTUALES, POLÍTICA Y CONFLICTIVIDAD SOCIAL EN SALTA
 DURANTE LA DÉCADA DEL VEINTE. ESTUDIOS DESDE LA PRENSA
 ESCRITA, SALTA, MILOR, 2008, 190 PÁGINAS.*

POR ALICIA SERVETTO
 (CEA - UNC)

Si algún rasgo distintivo posee la obra compilada por Correa y Pérez, es que se trata del resultado de un trabajo colectivo que mantiene como hilo conductor la historia política de Salta.

En el marco de las historias provinciales, los artículos allí reunidos problematizan, desde múltiples perspectivas teórico-analíticas, los procesos políticos locales para integrarlos con los regionales y los nacionales, sorteando con rigor académico la tentación de tratar los problemas como meros epifenómenos o, en su defecto, solamente como reflejos de los sucesos nacionales.

Desde esta perspectiva, a través de la lectura del libro, es posible identificar dos claves analíticas que recorren los diferentes capítulos.

La primera de ellas está vinculada al tratamiento de la prensa escrita como fuente de información y como objeto de estudio. La prensa tiene un enorme poder para persuadir o dirigir la atención de su público hacia ciertos acontecimientos o figuras. Además de brindar una imagen ordenada y con sentido del mundo que lo rodea, instala ciertos debates, legitima ciertos temas, esclarece algunos aspectos y también oculta otros. ¿Cuál era el orden social y político de la década del '20 que se desprende de la prensa salteña? ¿Quiénes eran los emisores y a qué intereses respondían? ¿Qué noticias importaban y se instalaban? ¿A quiénes se les daba voz? Estas y otras preguntas son trabajadas por los autores del libro, cuyas respuestas dan cuenta de que el orden social y político dominante resultaba del conflicto entre las diferentes fuerzas políticas por la producción del sentido y la construcción de un determinado orden político y social.

El segundo eje analítico que recorre el libro es el marco temporal en el cual se anclan las preguntas de la política salteña. En el contexto de la primera posguerra ya habían madurado cambios profundos de la sociedad argentina. Uno de ellos fue la expansión de la cultura letrada que formaba parte del

proceso de movilidad social. En las primeras páginas del libro de Correa y Pérez se puede leer que en Salta, hacia 1921 se editaban seis diarios, un periódico semanal y una revista, esto es, circulaban en la provincia de 4 a 5 mil ejemplares, para una población de 150.000 habitantes. Es decir, un periódico por cada 25 habitantes. Estos datos revelan la ampliación de los espacios de difusión de la prensa escrita, la apertura a nuevas formas textuales y nuevos procesos de enunciación que profesionalizaban el campo del periodismo.

Esta expansión cultural que permeaba, vertical y horizontalmente, la sociedad argentina, tuvo que ver, entre otros factores, con la ampliación de la participación política a partir de la reforma electoral de 1912. La apertura política había iniciado el proceso de transición hacia un orden liberal democrático que se interrumpió en 1930 con el golpe de estado. Las tensiones entre cambio y continuidad, las debilidades de las instituciones democráticas, las prácticas clientelares subsistentes son analizadas por los autores del libro en un juego en el que articulan tres líneas de conflicto:

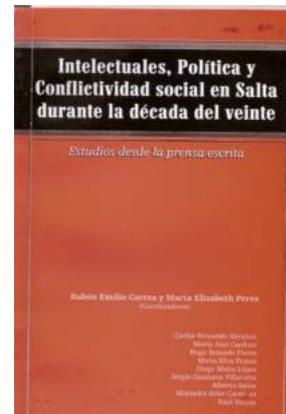
a) los conflictos hacia el interior de los grupos dominantes, producto de los intereses económicos y políticos contrapuestos cuya conflictividad, antes que tratada por la prensa, era dirimida a través de ella. Por eso es importante desandar la relación entre política y prensa en tanto factor fundamental en la relación entre Estado y sociedad y en la construcción/deconstrucción de un orden político liberal democrático.

b) las tensiones de las ideologías dominantes. La idea de progreso en el plano económico y de evolución en el campo natural se imponía entre los científicos, intelectuales y políticos de principios de siglo, de acuerdo con el razonamiento de que la misma naturaleza humana estaba ineludiblemente sujeta a leyes generales de cambio que la conducirían

a la armonía final. La creencia en el progreso de la humanidad explicaba la fervorosa adhesión a esta suerte de religión secular que se difundía desde la cima hasta la base del edificio social. Se trataba de una ideología del orden social que descansaba en premisas en las cuales el conflicto social era analizado en términos de disfunciones sociales.

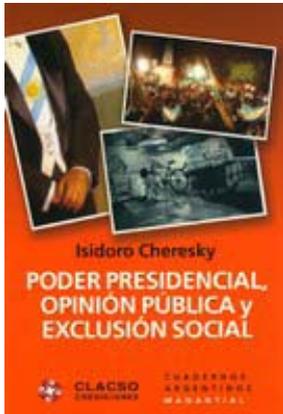
c) Por último, este discurso hegemónico del orden social, del progresismo biologista y evolucionista, contrastaba con las tensiones sociales que emergían en el país en la década del '20 y que los autores del libro trabajan y analizan en la provincia de Salta. Por cierto, el universo racional y armónico no se condecía con aquella sociedad que reclamaba mejores condiciones de trabajo y de vida. En muchos casos, ya comenzaban a resonar voces reformistas que proponían la intervención del Estado para resolver la cuestión social.

En síntesis, los actores, sus prácticas y los discursos que sostenían, definían y redefinían posiciones políticas e ideológicas al calor de los nuevos principios filosóficos y científicos que explicaban, justificaban o cuestionaban el orden social. La prensa fue un actor más de este debate y jugó paralelamente varios papeles: expresión y mediación, construcción de sentido, fuente de legitimidad, explicación y reducción de la realidad. Recorrer el discurso de la prensa es, en definitiva, recorrer las discusiones subyacentes que expresan valores, intereses, preocupaciones, significados y sentidos de toda una época. Este libro es un muy buen ejemplo de ello.



ISIDORO CHERESKY, *PODER PRESIDENCIAL, OPINIÓN PÚBLICA Y EXCLUSIÓN SOCIAL*. BUENOS AIRES, MANANTIAL, 2008, 256 PÁGINAS.

POR FERNANDO SUÁREZ
(UNMDP)



Isidoro Cheresky continúa con su prolífica producción dedicada al abordaje de los problemas políticos de la historia argentina reciente. En *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social* desarrolla un retrato de la Argentina posterior a la crisis de 2001, revisando las nuevas estrategias y emergentes políticos del período. Su análisis es complementado con un anexo de entrevistas a personajes clave, que refuerza sus argumentos y opiniones. El libro está ordenado en tres ejes temáticos, que ya figuran en su título, y cada uno cuenta con su respectivo apéndice de entrevistas.

Cheresky dedica el primer apartado a la emergencia de lo que llama los liderazgos de popularidad, resultado de las tendencias

personalistas, voluntaristas y decisionistas de la política argentina y de la incapacidad de los partidos políticos tradicionales de asimilar los cambios. Presta particular atención al rol preponderante de la figura presidencial y su capacidad de decisión, y a la importancia de los medios de comunicación y la opinión pública. Su análisis parte de la paradoja que supone estar en vías de consolidación de la institucionalidad democrática pero en el marco de una crisis de representación política, de desinstitucionalización y de difuso celo republicano. Los casos elegidos por el autor para ejemplificar, a partir de las entrevistas, son tres y muy distintos entre sí, tanto por sus trayectorias y sus perfiles como por sus presentes: Néstor Kirchner (ex-gobernador de Santa Cruz y ex-presidente de la Argentina), Domingo Cavallo (ex-ministro de economía) y Martín Sabatella (Intendente de Morón).

En segundo término es abordada la cuestión de la opinión pública, ya esbozada en la primera parte. Desde una visión que pondera el papel de la sociedad civil, observa este aspecto directamente relacionado con las dificultades de los partidos políticos. Analiza el papel jugado por las organizaciones civiles desde tiempos de la dictadura como formas válidas para canalizar las inquietudes sociales. Observa, como en el primer apartado, la centralidad que adquieren los medios en los procesos políticos, en un electorado cada vez más inestable. La crisis de 2001, finalmente, abriría una etapa de *democracia inmediata* signada por el descontento de una muy activa y autónoma sociedad civil. A partir de allí se potencian las manifestaciones públicas como formas de expresión ciudadanas, al mismo tiempo que sigue creciendo la importancia de los sondeos de opinión como plebiscito

permanente y forma de reforzar o minar la legitimidad de los políticos y dirigentes. Los entrevistados son Estela de Carlotto (Abuelas de Plaza de Mayo), Diana Malamud (Memoria Activa) y Juan Carlos Blumberg, quienes representan distintos momentos, inquietudes y estrategias de articulación de ciertas demandas civiles.

En tercer lugar, el autor aborda el doble fenómeno de la exclusión social y su contraparte de la protesta callejera, inaugurados a mediados de los '90 y multiplicados en el nuevo siglo. El análisis se centra en ver cómo se articulan políticamente la situación de marginalidad y la protesta, estando las agrupaciones de desocupados o piqueteros entre la asistencia social, el clientelismo y tendencias más radicalizadas ideológicamente. Pone en cuestión la capacidad organizativa de estos grupos, cuya condición de emergencia es la propia exclusión. Entrevista a dirigentes de la CCC (Corriente Clasista y Combativa), del PO (Polo Obrero) y de la FTV (Federación por Tierra y Vivienda), además de algunos funcionarios afectados a la solución de los problemas de la inclusión social.

Cheresky propone por último una conclusión abierta, poniendo en juego los elementos analizados en su libro. Indaga posibles escenarios donde se articulen el poder presidencial, la opinión pública y la protesta callejera, en un marco todavía de exclusión social, y las posibilidades que existen para que se consoliden formas políticas democráticas más estables y representativas. Evidentemente, se trata de un proceso que no está en absoluto resuelto, es decir que si algo se inició en 2001, distinto a lo preexistente, todavía no ha dado un resultado acabado de las formas que adquirirá la práctica política en la Argentina.

JOSÉ MARÍA GHIO, *LA IGLESIA CATÓLICA EN LA POLÍTICA ARGENTINA*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2008, 300 PÁGINAS.

POR LORENA JESÚS
(UBA)

José María Ghio se aboca en este libro al estudio de la relación entre la Iglesia Católica y la política en la Argentina, desde 1880 hasta la transición democrática a principios de la década de 1980. Su análisis se ve guiado por una premisa: la necesidad de rescatar la dimensión institucional de la Iglesia, así como las formas de acción tradicionales y conservadoras de ésta, luego de que, a partir del Concilio Vaticano II la mayor parte de la historiografía pusiera el acento en las experiencias progresistas, como entre otras las comunidades eclesíásticas de base o la teología de la liberación. El autor cumple con el objetivo que se plantea al comienzo, es decir, se centra en el rol jugado por la Iglesia en la vida política argentina –a lo largo de un siglo– haciendo foco en las autoridades eclesíásticas y en los sectores más conservadores de la institución y el laicado.

La iglesia católica en la política argentina se encuentra dividido en un capítulo introductorio y tres partes, integradas a su vez por capítulos. El primer capítulo da cuenta brevemente, desde una perspectiva comparada, del desafío que representó para la Iglesia el surgimiento de regímenes autoritarios en las décadas de 1960 y 1970 en Latinoamérica.

La primera parte se ocupa del período que va desde la organización del Estado moderno hasta el surgimiento del peronismo. Muestra la relación entre un Estado liberal y secularizador y una institución que opuso como forma de resistencia un catolicismo crecientemente militante que, siguiendo las líneas trazadas desde Roma, se consagró a la recristianización de la sociedad, así como la relación –hacia las últimas décadas del período– entre la jerarquía eclesíástica y los grupos nacionalistas. El corolario del

proceso de ascenso de la Iglesia en esos años está dado por la creación de la revista *Criterio*, órgano ideológico a cuyo análisis el autor dedica particular atención, por la fundación de la versión local de Acción Católica a instancias de monseñor Santiago Copello, así como por la realización en Buenos Aires del Congreso Eucarístico de 1934. Ghio también da cuenta aquí de la crisis que significó para la Acción Católica Argentina la apropiación que realizó el naciente peronismo de sus cuadros y contenidos ideológicos.

La segunda parte abarca el lapso que va desde el advenimiento del peronismo hasta el golpe de Estado en 1976. El autor se ocupa en este punto del vínculo surgido entre Iglesia y peronismo –en cuya construcción el nacionalismo católico jugó un papel significativo–, que finalizaría posteriormente en medio de un violento conflicto. Analiza luego las crisis que atravesó el catolicismo argentino tras la caída de Perón y el Concilio Vaticano II –cuyas consecuencias, según Ghio, produjeron una profunda división en el seno de la Iglesia local– y el surgimiento de nuevos actores –los movimientos católicos tercermundistas–, para concluir señalando una serie de cambios operados en la relación entre Iglesia y política a partir del golpe de Estado en 1976.

En la tercera y última parte, el autor aborda el vínculo entre la Iglesia y el gobierno del Proceso, así como la función que desempeñó la institución durante la transición democrática, tomando como eje de análisis la relación entre Iglesia y sindicalismo peronista, por un lado, y el horizonte que se desplegó para la Iglesia a partir del advenimiento de la democracia, por el otro. Teniendo en cuenta la relativa inmediatez entre el momento de producción

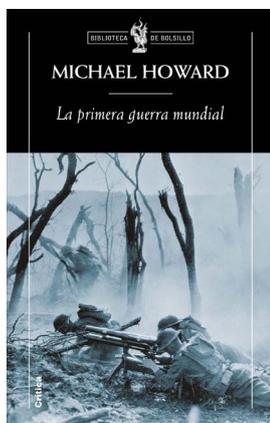


del trabajo de Ghio (1988/1990) y los acontecimientos que se propone analizar, esta operación supone un corrimiento del trabajo propiamente historiográfico hacia el análisis político de hechos recientes con las ventajas y desventajas que esto conlleva.

Por último, en relación a la cuestión del momento de producción, es de lamentar el hecho de que entre la realización de esta investigación –en el marco de una tesis doctoral– y su publicación como libro, a finales de 2007, transcurrieran casi 20 años. Justamente los últimos veinte años de producción historiográfica en el campo han apuntado a cubrir ese espacio, el de la *Iglesia conservadora*, que señala y se dedica a explorar el autor.

MICHAEL HOWARD, *LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL*. BUENOS AIRES, CRÍTICA, 2008, 207 PÁGINAS.

POR JUAN MANUEL ROMERO
(UBA)



ella. Gran parte de esta producción, sin embargo, no ha sido traducida al español y permanece aún fuera del alcance del público local.

La editorial española Crítica ha elegido para su *Biblioteca de Bolsillo* el trabajo de Sir Michael Elliot Howard, publicado originalmente en inglés en el año 2002. Se trata de una obra de divulgación, dedicada, según se afirma en su Prefacio, a quienes saben poco o nada del tema del que se ocupa. Las polémicas y debates historiográficos en los que el autor se apoya para la construcción del relato no aparecen desarrollados en el texto, que se encuentra despojado de todo aparato erudito. En ese sentido, el libro se mantiene fiel a las convenciones de su género.

Howard (1922 -), *Regius Professor* de la Universidad de Oxford (en donde sucedió en su cargo al fallecido Hugh Trevor Roper), es un prestigioso especialista en historia militar. Los muchos comentaristas de su obra han destacado que la perspectiva social que exploró para el abordaje de los conflictos bélicos (por ejemplo, en *War in European History*, de 1976) tuvo una preponderante importancia para dotar de seriedad y densidad a los estudios de historia militar, que se encontraban todavía a la zaga de los cambios en la disciplina, y para devolverles prestigio entre los historiadores. Se trata, por su influencia, de un referente ineludible entre quienes renovaron ese campo a partir de la segunda posguerra.

Sin embargo, *La primera guerra mundial* se presenta al lector como una breve obra de divulgación concentrada casi exclusivamente en el relato de los acontecimientos militares más trascendentes. Lejos de la novedad de los enfoques culturales, el relato de Howard se ciñe al seguimiento de los planes diseñados o ejecutados por los altos mandos de los ejércitos, los

contactos diplomáticos entre las potencias y una austera descripción de las batallas y sus consecuencias. Pero el historiador británico, que no hace esfuerzos por disimular el marcado carácter insular de su perspectiva, da también muestras de su pericia y erudición en estos terrenos, de modo que su narración no carece de atractivos.

El libro está estructurado en nueve capítulos breves, organizados cronológicamente. En los dos primeros el autor se ocupa de la situación política de las potencias europeas hacia 1914 y de la crisis que las condujo a la guerra. En el tercero, cuarto y quinto capítulos, desarrolla ordenadamente el ingreso de los distintos países al conflicto y los momentos clave de la acción bélica en los frentes occidental y oriental, otorgando singular atención a la actuación de algunas figuras protagónicas, como el mariscal Joseph Joffre, héroe francés del Marne, y el general prusiano Erich Ludendorff. Por su parte, el capítulo seis está dedicado a la decisiva intervención norteamericana en el conflicto, en el año 1917, consecuencia de la guerra submarina y las presiones de la opinión pública en ese país. Ese año crítico es también el objeto del capítulo siguiente, en el que apenas unas páginas se ocupan de la revolución en Rusia y la paz unilateral. En el séptimo capítulo el autor describe los últimos movimientos bélicos de la agónica contienda: la ofensiva de Ludendorff de marzo de 1918 y el contraataque aliado final en julio del mismo año. La obra concluye con un último capítulo dedicado a la participación de los distintos países en los acuerdos de paz. Dispone, además, de un breve apéndice documental con los “catorce puntos del presidente Wilson”, las cifras de las bajas durante la guerra y una sección de Mapas.

En las últimas décadas, la historiografía europea ha encontrado en la Primera Guerra Mundial un campo de estudios dinámico y fértil. Se han comenzado a explorar allí distintos y nuevos aspectos de lo que en la memoria del continente continuó conociéndose como “la Gran Guerra”, acontecimiento de hondas consecuencias sociales, políticas y culturales, renovando de ese modo las perspectivas más tradicionales que se ocupaban de

SILVINA JENSEN, *LA PROVINCIA FLOTANTE. EL EXILIO EN CATALUÑA (1976 - 2006)*, BARCELONA, CASA AMÉRICA CATALUNYA, COLECCIÓN KM 13.774, 2007, 335 PÁGINAS.

POR LETICIA CEREZO
(UBA-FLACSO)

En este libro Silvana Inés Jensen analiza, a partir de diversas fuentes, la experiencia del exilio argentino en Cataluña provocado por la última dictadura militar, observándolo a lo largo del período comprendido entre 1976 y 2006. El abordaje que realiza la autora implica dos miradas: una que trabaja el exilio a nivel global, es decir como un fenómeno social y colectivo; y otra que observa las particularidades del destierro de argentinos en Cataluña y de la comunidad exílica que allí se instala. Ambas estrategias se despliegan y entrecruzan a lo largo de la publicación.

La historia del exilio es polifónica, afirma la autora. Y a partir de esta caracterización, Jensen se plantea reconstruirla y, simultáneamente, repensarla, exponer su dimensión política y reinstalarla en la memoria colectiva.

Ya inmersa en esta tarea, en los dos primeros capítulos Jensen presenta al exilio como un fenómeno plural. Así, más allá de compartir un origen y un enemigo en común, esta emigración adoptó modalidades particulares según cuáles fueron sus formas de concreción, sus motivaciones, sus historias y experiencias previas, las modalidades represivas que lo originaron y la composición social y política de los desterrados.

En el tercer y cuarto capítulo, Jensen aborda las especificidades del encuentro que se produjo entre los exiliados argentinos y los nativos de Cataluña. Entre ellas, expone los mecanismos de inclusión y adaptación, la construcción de identidades diferenciadas y diversas, las primeras organizaciones del destierro y los encuentros de los desterrados con la sociedad civil (sindicatos, partidos y ONGs) así como también con el Estado español.

La tarea política central del exilio ha

sido la denuncia antidictatorial. En el Capítulo 5 se exploran las formas que esta labor adquirió hasta 1983. Para ello, la autora analiza las tareas emprendidas por los desterrados en correlato con las acciones iniciadas por el poder militar. Algunas de las actividades que aborda son la organización del Mundial de Fútbol de 1978, la reacción frente la visita de la CIDH y la declaración de la Guerra de Malvinas.

El Capítulo 6 introduce aportes de diversos actores en torno a los principales debates políticos que surgieron con el restablecimiento de la democracia. Así analiza las discusiones suscitadas en Cataluña en torno a la derrota popular, la acción represiva del Estado, el peronismo, la violencia y los derechos humanos. Al mismo tiempo, aborda las contribuciones que desde el exilio se generaron para resignificar lo político y para la construcción de un consenso democrático.

Desde una perspectiva que toma en cuenta las especificidades que adquiere el análisis del destierro en un contexto de debate de las políticas de verdad, justicia y reparación, la autora reintroduce en el séptimo capítulo el concepto de pluralidad al referirse al retorno de los desterrados y lo observa en relación a los significados del retorno, las razones que lo motivaron y la coyuntura en la que los exiliados se plantean regresar. También aborda el retorno desde las políticas desarrolladas por actores del gobierno democrático (poderes de Estado, partidos políticos y prensa) y por organizaciones de derechos humanos con el fin de propiciar el regreso al país y la reinserción de los expatriados.

En el último capítulo, Jensen analiza el destierro desde el presente. Con esa perspectiva estudia las asociaciones de argentinos en Cataluña y las modificaciones que

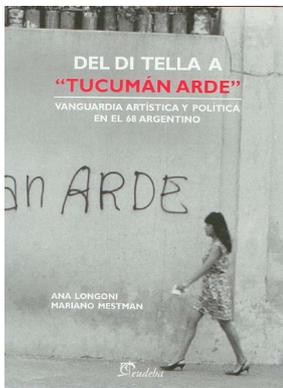
presentan. También expone las maneras en que desde España los ex-desterrados pensaron las leyes de Impunidad y encararon la lucha por la verdad, la justicia y la memoria.

Además de todo lo señalado, otro de los aportes de este trabajo se refiere a las diversas modalidades en las que se pensó el exilio. Definiciones como desterrados, expatriados, turistas, “antiargentinos”, fuga de cerebros, “cosa de artistas”, así como también los silencios enunciativos, dan cuenta de la resignificación del problema a lo largo del tiempo. Para concluir, una idea fuerte de Jensen es que la crisis del 2001 y la nueva diáspora que originó han contribuido a una acepción del exilio como fenómeno colectivo. Y que esto puede tener nuevos efectos para la memoria y la definición política de la expatriación dictatorial al privilegiar la condición de los afectados como expulsados y víctimas de una (cuando no más) práctica represiva.



ANA LONGONI Y MARIANO MESTMAN, *DEL DI TELLA A "TUCUMÁN ARDE"*. VANGUARDIA ARTÍSTICA Y POLÍTICA EN EL 68 ARGENTINO. BUENOS AIRES, EUDEBA, 2008, 485 PÁGINAS.

POR CECILIA BELEJ
(UBA-UNSAM)



motivó la clausura de la obra. Como respuesta, los artistas destruyeron todas las obras que formaban parte de la exhibición en medio de la calle Florida. Este acontecimiento es un hito en el proceso de radicalización política de un grupo de artistas que aspiraron a una práctica en la que se entrelazara arte y política.

Del Di Tella a "Tucumán Arde"... reconstruye el campo de la vanguardia artística de ese año. Este libro presenta la manera en la que los artistas intentaron traspasar los límites entre arte y política cuestionando el rol de las instituciones artísticas, marcando un tránsito desde el Di Tella hasta "Tucumán Arde", muestra colectiva que constituyó el mayor emprendimiento de los plásticos de vanguardia de los 60. A cuarenta años de este suceso, se reedita esta obra, cuya primera edición es de 2000.

El libro está organizado en cuatro partes. En la primera –“La trama”–, Longoni y Mestman describen el contexto político y cultural de los años 60. Se analiza el proceso de militarización, la vanguardia porteña, la rosarina y los antecedentes de 1968, así como las acciones colectivas que se realizaban entre los militantes de izquierda y los artistas. También se estudian los distintos ámbitos de la vanguardia: el Instituto Torcuato Di Tella, el premio Ver y Estimar, realizado en el Museo Nacional de Bellas Artes, el Museo de Arte Moderno, etc.

En la segunda parte, sin duda la troncal del libro, “El itinerario del 68”, los autores se introducen de lleno en el análisis de las obras, de las acciones de los artistas que confrontaron las instituciones y del rol que éstos entendían para sí mismos, a partir de la posibilidad de crear un arte revolucionario, concibiendo el arte y la política como una continuidad indisoluble.

El arte de aquellos años está plagado de experiencias, como obras efímeras o *happenings* que el libro se esfuerza en reconstruir y describir en detalle. Las entrevistas realizadas por Ana Longoni y Mariano Mestman, el material de hemeroteca y fotos de archivo de los artistas o de personas allegadas nos devuelve una mirada de aquel año clave en la historia argentina y de Occidente.

En la tercera parte, “Un arte para la revolución”, donde se exponen las conclusiones de la obra, se discute el surgimiento de una nueva estética, que toma el uso de la violencia política como material. También se reflexiona acerca de la significación de las experiencias más radicalizadas de la vanguardia artística y de la ruptura con las instituciones.

Finalmente, en la cuarta parte se reproducen las entrevistas realizadas por los autores a artistas, intelectuales y sindicalistas, como León Ferrari, Beatriz Balvé y María Teresa Gramuglio, entre otros.

Una característica destacable del libro de Longoni y Mestman es el modo en que los autores exhiben las fuentes que utilizan. En el diseño del libro, las fuentes están integradas al relato, ya que se alternan transcripciones completas con el cuerpo del texto. Delimitados entre claras marcas de edición, se reproducen materiales escritos: cartas, panfletos, discursos, artículos periodísticos, comunicados de prensa, entre otros, en muchos casos respetando la tipografía original. Esta modalidad le permite al lector una doble entrada, por un lado, al material procesado e interpretado y, por el otro, al material en bruto, a la riqueza de la fuente primaria.

Del Di Tella a "Tucumán Arde"... recupera la experiencia radical del vertiginoso año 1968. Se trata pues de una obra clave para comprender la compleja imbricación entre arte y política a fines de los 60.

En mayo de 1968 la policía irrumpió en la exhibición *Experiencias 1968* organizada por el Instituto Torcuato Di Tella y clausuró la obra *Baño* de Roberto Plate. Ésta se trataba de dos puertas que simulaban ser entradas a baños públicos. Cada una con su correspondiente símbolo, señalizando damas y caballeros. En su interior, el espectador accedía a un cuarto pequeño pintado de blanco, aunque sin sanitarios. El público asistente a la exhibición, de forma espontánea, escribió en las paredes y en las puertas de estos cubículos, mensajes contra el régimen de Onganía. Una denuncia

JOHN LUKACS, *JUNIO DE 1941. HITLER Y STALIN*. MÉXICO - BUENOS AIRES, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 2008, 168 PÁGINAS.

POR DAMIÁN SANTOS
(UBA)

“En 1941, y el 22 de junio de 1941 para ser exactos, todo estuvo en manos de dos hombres, Hitler y Stalin, lo cual refuta a su vez la teoría sociocientífica prevaleciente en la actualidad y según la cual la historia está regida por vastas fuerzas económicas y materiales y no por seres individuales.” Desde el prólogo, el historiador norteamericano John Lukacs advierte sobre el lugar donde coloca su atención para estudiar la decisión de la invasión alemana a la Unión Soviética. A pesar de su desprecio por los estudios estructurales de los acontecimientos históricos, “*Junio de 1941. Hitler y Stalin*” no es un libro en el que se construyan perfiles psicológicos individuales como marco explicativo de los sucesos históricos. La atención puesta en los dos líderes es utilizada como referencia organizativa del relato para recorrer toda una serie de factores de corto plazo con influencia en una de las decisiones militares más importantes de la Segunda Guerra Mundial.

Editado originalmente en inglés en 2006, este trabajo muestra una estructuración basada en asuntos de geoestrategia como así también un delimitado espacio temporal: el relato comienza con los motivos que llevaron a la firma del pacto de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética en agosto de 1939.

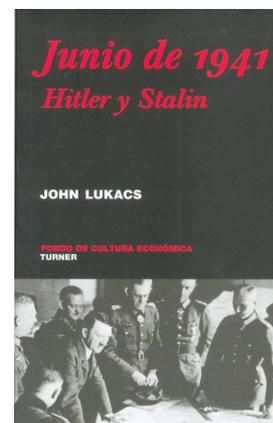
El libro se compone de tres partes. En la primera de ellas se encuentra el núcleo argumental. Dividido en dos capítulos, el autor se ocupa respectivamente de ambos líderes. En el primero, dedicado a Hitler, el punto más relevante es la propuesta novedosa del autor acerca de las profundas motivaciones que lo llevaron a tomar la decisión de abrir un nuevo frente de batalla. Lukacz toma distancia respecto de la mirada ampliamente aceptada sobre un profundo sentimiento anticomunista de Hitler como

elemento determinante en la decisión de aquella trascendente decisión militar. Las páginas transcurren entre la defensa de su hipótesis y el intento de debilitamiento de aquella propuesta explicativa basada en un visceral rechazo a la Unión Soviética.

El segundo capítulo, dedicado a la figura de Stalin, se basa en una recopilación de las informaciones recibidas por Moscú en las semanas previas al 22 de Junio sobre una inminente expansión alemana hacia el Este y la empecinada posición del líder en desestimar todas y cada una de ellas. Acusadas de ser parte de una operación ideada desde Londres para enemistar a la Unión Soviética y Alemania, o fruto de la ineptitud de los propios funcionarios, el rechazo de todas las advertencias por parte de Stalin se mantuvo hasta horas después de la invasión nazi a tierras ucranianas.

La segunda parte se conforma de cuatro crónicas sobre la recepción de la noticia de la invasión en ciudades afectadas por el nuevo rumbo de la guerra. Luego de la descripción del particular recibimiento de la noticia entre la población berlinesa y moscovita, el tercer segmento se ocupa de la cerrada confianza de Churchill en establecer una alianza estratégica con la Unión Soviética a pesar de su profundo desprecio por el comunismo. Del otro lado del océano, Washington entendió del mismo modo que Londres el nuevo rumbo del conflicto sin caer en explícitas declaraciones al respecto, a pesar de los minoritarios sectores internos que se oponían a esta postura. Aislacionistas, católicos a favor de la caída del régimen moscovita, y anticomunistas en general, no coincidían con Roosevelt en visualizar a Hitler como la principal amenaza a derrotar.

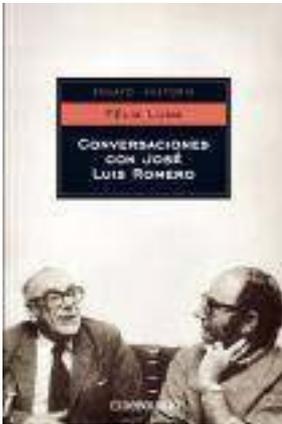
La última parte se ocupa de dos situaciones posibles pero no concretadas: mientras un capítulo



se encarga de un supuesto intento soviético por conseguir una tregua asumiendo la pérdida de los países bálticos y Ucrania, en la segunda se ocupa de la posible invasión japonesa al este de la Unión Soviética cuando el ejército alemán avanzaba desde el oeste. Es posible comprender esta sección como una genuina muestra de una constante a lo largo del libro: Lukacs no estudia el pasado, se ubica en él, y desde allí analiza los caminos posibles, tanto aquellos efectivamente recorridos como los no transitados, con una rigurosidad documental que lo aleja de la historia contrafáctica.

FÉLIX LUNA, *CONVERSACIONES CON JOSÉ LUIS ROMERO*. BUENOS AIRES, DEBOLSILLO, 2008, 187 PÁGINAS.

POR SABRINA AJMECHET
(CONICET-UNSAM)



Un diálogo entre dos escritores con mentes prolíferas tiene la seducción de las ideas inacabadas que sólo permite la retroalimentación propia de los devenires de una conversación, a diferencia de una obra madurada en soledad y sólo exhibida cuando se la considera cerrada. Félix Luna se sitúa las más de las veces en la posición de entrevistador, logrando acercarle a los lectores un recorrido por la obra y el mundo de ideas de uno de los historiadores más importantes de la Argentina: José Luis Romero. Conversaciones de dos hombres dichosamente inactuales, preocupados por el conocimiento, la academia, la política, la sociedad y la cultura, el formato del libro ordena a través de cinco encuentros la posibilidad de acercarle a todo el público la comprensión de tópicos muy diversos.

Tenemos frente a nosotros una

reedición del texto publicado en 1976, y que ya ha logrado convertirse en un clásico en el campo de las reflexiones historiográficas. Las cinco conversaciones, precedidas por un prólogo y coronadas por un epílogo, no siguen más que un orden aleatorio, siempre entrecruzando experiencias personales con diagnósticos sobre la humanidad.

En el primer diálogo, Luna juega a plantear preguntas cuyas respuestas ya conoce, para permitirles descubrir a los lectores cuáles fueron las más tempranas influencias de Romero, las primeras que guiaron sus intereses hacia la historia. Esta disciplina, esta ciencia como él mismo la define, integra necesariamente dos elementos: oficio y pasión, dos formas de vida que logra transmitir ejemplarmente en este capítulo inicial. Sobresalen necesariamente el valor de la autonomía del pensamiento, el valor del relato y de las palabras y la falta de cultura general dentro de las nuevas generaciones, fatalidad adjudicada por ambos al proceso de profesionalización del historiador.

En la segunda conversación la atención está centrada en los aportes del libro *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, excusa perfecta para que Romero logre sintéticamente precisar su propuesta de historia social y cultural. La búsqueda de coincidencias entre los dos intelectuales, sin rehusarle en ninguna instancia a la presencia del desacuerdo, les permite encarar antiguas discusiones irresueltas, tales como la manera de construir una nación o de generar lazos de socialización allí donde no existen.

Será el siguiente encuentro el momento en el que la faceta medievalista de Romero encamine la conversación, trazando paralelismos entre la Europa de los siglos XIV y XV y la América del XIX, dando a entender, simultáneamente,

los valores de un estudioso del Medioevo que pone el énfasis en el mundo burgués para comprender la actualidad. Es para destacar en este diálogo, la formulación de una teoría de la historia propia del entrevistado, enriquecida con aportes de Vico, Hegel y Marx y definida por él mismo como “un juego entre la realidad y las ideas, múltiple y diversas, que son interpenetraciones de la realidad y al mismo tiempo proyectos –utópicos o practicables- para cambiarla”.

El cuarto diálogo indaga sobre el enrevesado vínculo del pasado con el presente y el futuro, la relación del historiador profesional con la divulgación, y el amor por la humanidad que debe profesar todo aquel que se relacione con la historia.

El último encuentro nos acerca las nociones de vida histórica y de conciencia histórica aportadas por Romero, esbozos iniciales que en aquel momento formaban parte de sus principales preocupaciones. Recorriendo luego dos momentos icónicos de la carrera de Romero, como su función en el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires y la dirección de la revista cultural *Imago Mundi*, el lúcido diálogo entre los dos colegas concluye con un diagnóstico sobre la realidad argentina de aquel momento de crisis social, moral y política, sin perder en ningún momento un elemento que evalúan crucial para quien se dedica a la disciplina: el optimismo futuro.

Romero tomó la palabra guiado por las propuestas de Luna y sus agudas respuestas invitan a la reflexión del lector, generando una necesaria vuelta a sus obras, consagrándose al diálogo con uno de los historiadores fundamentales de la Argentina, una figura a la que siempre hay que estar dispuesto a visitar para generar discusiones que enriquecerán a los lectores.

EDMUND S. MORGAN, *ESCLAVITUD Y LIBERTAD EN LOS ESTADOS UNIDOS. DE LA COLONIA A LA INDEPENDENCIA*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2009, 499 PÁGINAS.

POR MARÍA INÉS TATO
(CONICET-INSTITUTO RAVIGNANI, UBA)

Los estadistas de Virginia desempeñaron un papel central en el forjamiento de la democracia norteamericana. En efecto, los principales “Padres Fundadores” de los Estados Unidos de América procedieron de ese estado sureño. Tal fue el caso de los líderes de la lucha independentista, encolumnados tras la bandera de la libertad, desde George Washington a Thomas Jefferson; de los autores de la Declaración de Independencia, de la Constitución y de la Declaración de Derechos, que sirvieron de modelo a otras experiencias emancipadoras; y de los primeros presidentes de la república norteamericana. Sin embargo, a pesar de su innegable compromiso con el ideal de la libertad, en su conjunto fueron propietarios de importantes contingentes de esclavos. Virginia revistió así el ambiguo carácter de cuna de la Revolución Norteamericana y de principal estado esclavista de la nueva nación.

La constatación de esta doble condición constituye el punto de partida de la preocupación del historiador norteamericano Edmund S. Morgan en *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la colonia a la independencia*. A fin de dilucidar la paradoja del equívoco “matrimonio entre la esclavitud y la libertad”, se remonta a los orígenes mismos de la colonización británica en la región, explorando la cuestión a lo largo de dieciocho capítulos, distribuidos en las cuatro partes que conforman la obra (“La tierra prometida”, “Un nuevo acuerdo”, “La sociedad volátil” y “Esclavitud y libertad”).

El autor pasa revista exhaustiva a las expectativas depositadas inicialmente en la colonia, vista como tierra de promisión y de redención para los ingleses pobres.

Su examen pone en evidencia la distancia que sistemáticamente alejó a ese proyecto colonizador de las mismas expectativas que había generado, derivando en los hechos en la conformación de una sociedad polarizada entre una minoría de grandes propietarios de tierras, que controlaba todos los resortes del gobierno local, y una mayoría constituida por los inmigrantes británicos, sometidos a una explotación laboral próxima a la servidumbre. El descontento social fue en consecuencia un rasgo congénito de Virginia, que en varias ocasiones estalló en rebeliones abiertas. La situación de los trabajadores de origen inglés de la colonia fue objeto de atención preferente de la Corona británica, interesada en preservar su base tributaria y, en consecuencia, enzarzada en disputas permanentes con las asambleas representativas virginianas en torno del control sobre la sociedad, conflictos diestramente reconstruidos por el autor a través de una gran variedad de fuentes oficiales y privadas.

Asimismo, Morgan rastrea los indicios tempranos de las actitudes racistas que se hallarán en su plenitud en la base del sistema esclavista. Entre ellos, subraya especialmente el agresivo tratamiento dispensado por los colonos a las comunidades indígenas, que posteriormente se aplicaría de manera similar a la población negra de las plantaciones.

La introducción de la esclavitud en la colonia constituye para Morgan un hito clave en la transformación de Virginia, no sólo desde la perspectiva del incremento de la productividad de la economía, sino también desde el punto de vista social y político. La suplantación de los trabajadores blancos pobres por los esclavos negros funcionó como un factor de distensión de



la conflictividad social a partir del desarrollo —oficialmente alentado— de prejuicios raciales. Éstos diluyeron —al menos en el plano de las representaciones ideológicas— las diferencias de clase existentes entre la población blanca y evitaron eventuales alianzas con los esclavos (nada infrecuentes hasta entonces). La revalorización de los sectores populares blancos tuvo asimismo proyecciones políticas, dando paso a un extendido populismo, en una inquietante expresión de la funcionalidad política del racismo. Por otra parte, el recurso a la esclavitud ejerció a juicio de Morgan una influencia paradójica sobre la adhesión al ideal de la libertad por parte de los líderes republicanos y de la sociedad virginiana en su conjunto, al enfrentarlos en la persona de los esclavos a las consecuencias palpables de su carencia.

En suma, *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos* proporciona mucho más que un concienzudo examen de Virginia en los tiempos de la colonia. Ofrece además una reflexión penetrante y polémica acerca de los tortuosos caminos seguidos por la libertad en suelo americano.

MARÍA VICTORIA MURILLO, *SINDICALISMO, COALICIONES PARTIDARIAS Y REFORMAS DE MERCADO EN AMÉRICA LATINA*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2008, 318 PÁGINAS.

POR CARLA SANGRILLI
(UNMDP)



El libro *Sindicalismo, coaliciones partidarias...* forma parte de la colección “Nueva Ciencia Política de América Latina”, que se propone publicar trabajos que reflejen la importante renovación operada en los estudios de ciencia política durante los últimos veinte años. Desde esta perspectiva, constituye un interesante y novedoso aporte a las investigaciones sobre el impacto de las reformas de mercado llevadas adelante desde fines de la década de 1980.

A través de un análisis comparativo entre tres países -Argentina, México y Venezuela-, durante los gobiernos de Carlos Menem (Partido Justicialista, 1989-1995), de Carlos Salinas (Partido Revolucionario Institucional, 1988-1994) y de Carlos Andrés Pérez (Acción Democrática, 1989-1993) respectivamente, la autora examina las diferentes reacciones del sindicalismo frente a las reformas de mercado implementadas por

partidos populistas de base laboral -sus antiguos aliados- que en décadas anteriores habían promovido el proteccionismo y la intervención estatal. Las distintas interacciones entre sindicatos y gobiernos en un contexto de transición de economías cerradas a economías abiertas, los lazos políticos con los partidos de gobierno -lealtad partidaria-, la competencia intersindical por los afiliados y las pugnas internas por el liderazgo de las organizaciones obreras son las claves para explicar la militancia laboral y la capacidad sindical de obtener concesiones organizacionales, subrayando, además, la importancia de la dinámica política en el interior de las organizaciones sindicales. Las reacciones y sus efectos son analizadas a partir de cuatro categorías: oposición, resistencia, cooperación y subordinación.

La autora, cuya tesis de doctorado en Ciencia Política de la Universidad de Harvard es la base de este libro, se formula dos preguntas centrales que guían el trabajo: ¿qué circunstancias explican la lealtad o la ruptura de los trabajadores con los partidos con los que tradicionalmente estaban aliados? y ¿por qué en algunos casos los funcionarios del gobierno hicieron concesiones al sindicalismo y en otros no?

Luego de referirse a un contexto histórico general acerca de los gobiernos populistas (sic) de mediados de siglo XX y de las particularidades que adoptaron de las reformas de los '90 en América Latina, Murillo postula en el capítulo II su teoría de las “interacciones entre sindicatos y gobiernos”, que se concentra en el efecto que producen las lealtades partidarias, la competencia por el liderazgo y la competencia entre sindicatos en las relaciones establecidas entre los gobiernos, los dirigentes sindicales y los afiliados. En los siguientes

capítulos analiza la aplicación de ese esquema en los tres países, a partir de las centrales sindicales y cinco sindicatos nacionales de sectores económicos diferentes (automotriz, eléctrico, educativo, petrolero y de telecomunicaciones). Por último, realiza una comparación entre sectores y entre países de todos los estudios de caso observados.

Es oportuno destacar el notable uso de fuentes primarias y secundarias que realiza la autora, lo cual realza el valor de esta obra como referencia obligada de los investigadores de la temática. Cada uno de los casos analizados está respaldado por un sólido corpus documental integrado por entrevistas personales a dirigentes sindicales, funcionarios gubernamentales y directivos de empresas; fuentes periodísticas, convenios colectivos de trabajo, documentos y memorias sindicales, propuestas de reformas del gobierno, leyes y decretos de la época, entre otros.

El trabajo de Murillo ofrece un nuevo marco conceptual para entender las interacciones que se establecen entre los sindicatos y los partidos políticos de base laboral -aliados de larga data- que llevaron a cabo reformas de mercado basándose en el efecto de la competencia sindical y las alianzas partidarias. En ese sentido es una contribución importante, ya que la autora propone un esquema teórico y se aboca a aplicarlo de manera clara, basándose en una exhaustiva investigación. Finalmente, el libro permite observar desde una perspectiva innovadora el importante papel que jugaron las organizaciones sindicales en el éxito y el fracaso de las alianzas políticas que sustentaron el proceso de reformas de mercado, aunque si la periodización se extendiera probablemente se matizaría en las ideas de éxito que en el tiempo han tenido estas reformas.

PIERRE NORA, *PIERRE NORA EN LES LIEUX DE MÉMOIRE*.
MONTEVIDEO, TRILCE, 2008, 199 PÁGINAS.

POR TALÍA PILCIC
(CONICET-UNMDP)

Pierre Nora en *Les Lieux de mémoire* es una selección de textos del historiador francés que fueron publicados originariamente en la obra colectiva homónima que dirigiera (*Les lieux de mémoire*. Gallimard, Paris, 1984, 1986, 1992). A más de veinte años de la publicación nos encontramos ante la primera versión en castellano, con la traducción del francés de Laura Masello.

Estaselección, así como la sugerencia de realizar la obra, fue propuesta por el historiador uruguayo José Rilla, quien asimismo prologa el libro, rescatando la trayectoria académica de Pierre Nora y su figura, no sólo como uno de los historiadores franceses más trascendentes sino también por sus contribuciones a la práctica del oficio del historiador y a la reconsideración científica de la disciplina en la que impactaron las ciencias sociales.

“Entre memoria e historia. La problemática de los lugares”, “De la república a la nación”, “La Nación”, “Las memorias de Estado. De Comynnes a De Gaulle”, “La nación-memoria”, “¿Cómo escribir la historia de Francia?”, “Gaullistas y comunistas” y “La era de la conmemoración” son los textos de Pierre Nora que integran este libro. En ellos va transitando por los conceptos de memoria, historia y conmemoración, la nación, lo patrimonial, el Estado y sus memorias.

Uno de sus principales aportes conceptuales es el contraste que plantea entre dos nociones cercanas y con frecuencia contradictorias -memoria e historia-, consiguiendo establecer una línea demarcatoria entre ellas. Si bien ambas trabajan sobre la misma materia, el pasado y el presente, lo hacen desde reglas específicas que las enfrentan. La memoria es el recuerdo de un pasado vivido o imaginado. Por esa razón, la memoria siempre es

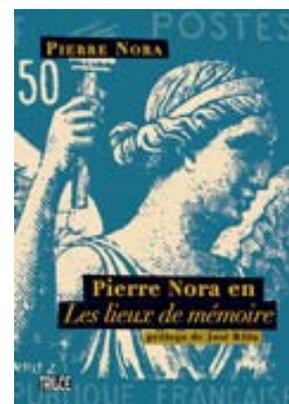
portada por grupos de seres vivos que experimentaron los hechos o creen haberlo hecho, y en ese sentido está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia. La memoria por naturaleza es afectiva, emotiva, abierta a todas las transformaciones, inconsciente de sus sucesivas transformaciones, vulnerable a toda manipulación, susceptible de permanecer latente durante largos períodos y de bruscos despertares. Es siempre un fenómeno colectivo, aunque sea psicológicamente vivida como individual. Por el contrario, la historia es una construcción siempre problemática e incompleta de aquello que ha dejado de existir pero que dejó rastros. A partir de esos rastros, controlados, entrecruzados, comparados, el historiador trata de reconstituir lo que pudo pasar y, sobre todo, integrar esos hechos en un conjunto explicativo. La memoria depende en gran parte de lo mágico y sólo se ajusta a detalles que la reafirman. La historia, por el contrario, es una operación puramente intelectual, laica, que exige un análisis y un discurso crítico. De este modo, la historia es planteada como destructora del pasado tal cual es vivido y recordado, de la memoria espontánea.

La conciencia del desarraigo entre ambos planos del pasado va a llegar, según Pierre Nora, a partir del despertar en Francia de una conciencia historiográfica, signo quizás del inicio de una historia de la historia. En el siglo XX, sobre todo a partir de la crisis de la década del 30, la historia convertida en ciencia social dejaría de estar vinculada a la construcción nacional, a la reconstitución de un pasado sin lagunas y fallas, y quedaría al servicio de la sociedad. El par Estado-nación fue reemplazado progresivamente por el par Estado-sociedad.

Al mismo tiempo, la historia, que se había convertido en tradición de memoria, se tornó en forma

espectacular en Francia en saber de la sociedad sobre sí misma. En particular en el último cuarto de siglo, a partir del inicio de una “era de conmemoración” expresada en fiesta patrimonial, vinculado a las celebraciones del Bicentenario de la Revolución Francesa. A través del patrimonio, concebido ahora como deber de memoria de las sociedades, el estallido conmemorativo modificó el régimen de relación con el pasado y con la idea de nación.

La memoria ingresa al repertorio de los deberes de la sociedad y lo hace a través de los lugares de la memoria, otro significativo aporte conceptual de Pierre Nora. Partiendo de la idea de que no hay memoria espontánea, se hace necesario crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, levantar actas. Esas operaciones no son naturales; por lo tanto, se requiere un mantenimiento y cuidado constante de la memoria. Esta vigilancia conmemorativa se realiza con la ayuda de los lugares de la memoria. En una sociedad dada pueden identificarse lugares de memoria que condensan y simbolizan acontecimientos o experiencias que son parte de la identidad colectiva; los mismos pueden ser tanto topográficos como simbólicos, monumentales y funcionales. Para Pierre Nora, el otorgamiento o transformación de sentido no es automático ni producto del azar, sino que depende de la voluntad humana.



MARCOS NOVARO, *ARGENTINA EN EL FIN DE SIGLO. DEMOCRACIA, MERCADO Y NACIÓN (1983-2001)*. BUENOS AIRES, PAIDÓS, 2009, 664 PÁGINAS.



Argentina en el fin de siglo. *Democracia, mercado y nación (1983-2001)* de Marcos Novaro, es el último tomo de los diez que conforman la colección Historia Argentina de editorial Paidós, dirigida por Tulio Halperin Donghi y cuyos primeros volúmenes datan del año 1972.

Sobre la base de una exhaustiva y rigurosa confrontación de fuentes, entre las que destacan las pertenecientes al Archivo Oral del Programa de Historia Política dirigido por el autor, y de un minucioso y lúcido abordaje de los problemas claves del período, el libro se convierte en un inestimable aporte para el campo de la historia reciente. La pregunta acerca del porqué de la inestabilidad política crónica, las caídas gubernamentales, los mandatos no culminados y las crisis de representación atraviesa los ocho capítulos en los que se divide el libro y encuentra sus principales intentos de respuesta o hipótesis, en la cada vez mayor incidencia de las vicisitudes económicas en el proceso político, en particular las crisis financieras internacionales (1994, 1997/8, 1999), así como en el legado que los actores democráticos recibieron del poder autoritario.

Desde esta perspectiva, Novaro caracteriza al consenso democrático alfonsinista como amplio pero a su vez superficial, demostrando cómo la política oficial de derechos humanos, las presiones castrenses, la reforma laboral, la modernización de los sindicatos, y sobre todo, la hiperinflación y el déficit público, terminaron por corroer el masivo apoyo que las urnas le habían dado al gobierno de transición. El autor analiza de qué manera los planes de

ajuste implementados desde el Ministerio de Economía encuentran una profunda oposición en la opinión pública, cada vez más disconforme por las pérdidas que la inflación imprime en sus salarios y por el aumento del desempleo y la pobreza.

Las elecciones parlamentarias de 1987 y el vertiginoso ascenso de una alternativa política personificada en el candidato vencedor en la interna del Partido Justicialista, Carlos Saúl Menem, van a ser los máximos exponentes de la ruptura del consenso alfonsinista y la pérdida de la hegemonía gubernamental. De ese momento, Novaro examina las transformaciones operadas en el interior del peronismo desde la derrota de 1983 hasta la llegada de Menem, las disputas entre renovadores y ortodoxos y de qué manera la casi certidumbre del regreso del peronismo al poder, a partir de 1987, operó en la gobernabilidad de los últimos dos años de administración radical.

En "1989-1991: De las hiperinflaciones a la convertibilidad", el autor ofrece una explicación del éxito de la gestión menemista, afirmando que el ex gobernador de La Rioja logró dar respuesta al gran dilema populista al conseguir la institucionalización del peronismo como un partido de gobierno a nivel nacional, con capacidad para canalizar los intereses de los sectores populares y los sindicatos así como los del gran empresariado nacional y multinacional y los organismos financieros. Al igual que durante los primeros años del gobierno de Alfonsín, durante el inicio de la gestión menemista opera un consenso, que en este caso Novaro denomina reformista, que abarca no sólo a los niveles de la administración sino también a la opinión pública y en el que priman las interpretaciones neoconservadoras de la política y neoliberales de la economía, que forman asimismo parte de una tendencia mundial.

Como explica el autor, Menem entendió que su viabilidad electoral dependía de poder encolumnar tras de sí a todo el peronismo, así como de mantener el aval de la opinión pública mediante una política de control de la inflación, consumo en alza, disponibilidad de crédito y modernización de los bienes

y servicios. Si con los resultados favorables de las elecciones de diputados y gobernadores de 1991 se lograría lo primero, con la ley de Convertibilidad, uno de los principales hitos de la década menemista, se conseguiría lo segundo.

El éxito inicial en materia económica, una fructífera estrategia para agrupar al peronismo bajo las jefaturas menemistas, la negociación con el sindicalismo y los pactos y acuerdos con algunas fuerzas políticas, junto con un discurso y un modo de hacer política con elementos novedosos y otros típicos del populismo, serán las bases que permitirán al gobierno la reforma de la Constitución primero y la reelección de Menem después. Esos van a ser los "años dorados" del menemismo, en los cuales Menem aparecía frente a buena parte de la sociedad como el garante del orden en lo político, y principalmente en lo económico.

Pero en la segunda mitad de 1994 y sobre todo a partir de 1995, no tardarían en revelarse algunos problemas intrínsecos de la economía local, entre los cuales destacan la recesión, el desempleo, el aumento de la pobreza y el déficit en las cuentas públicas junto con la incapacidad para hacer frente a los compromisos financieros contraídos con los organismos internacionales de crédito. Según Novaro, estas dificultades que el gobierno empieza a encontrar en el campo de la economía, ofrecen a las fuerzas de la oposición oportunidades políticas que no habían conocido en el quinquenio anterior, y en este contexto se explica el surgimiento de la Alianza entre la UCR y el Frepaso y su conversión en alternativa política al oficialismo.

En el último capítulo, "La alianza y el derrumbe", el autor examina los rasgos característicos de la nueva coalición opositora que conquista el poder en las elecciones de 1999. Novaro afirma que si bien existía una complementariedad entre la UCR y el Frepaso que permitió la conformación y el triunfo de la Alianza, ya desde la asunción de De la Rúa se empezaron a notar los desacuerdos entre ambas fuerzas, que culminaron con la incapacidad por parte de la gestión de dar solución a los principales problemas heredados de la década menemista.

GABRIEL RAFART, *TIEMPO DE VIOLENCIA EN LA PATAGONIA. BANDIDOS, POLICÍAS Y JUECES 1890-1940*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2008, 234 PÁGINAS.

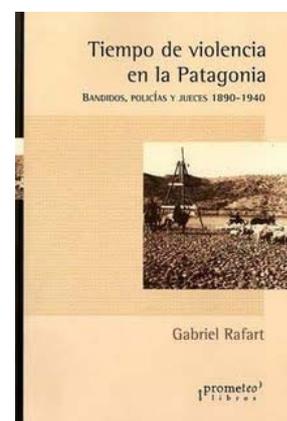
POR CECILIA AZCONEGUI
(COMAHUE)

El estudio del mundo del crimen permite conocer un aspecto más de la dinámica que asume la vida social y política en un tiempo y espacio determinados. Este es el punto de partida del historiador Gabriel Rafart quien, en este libro inscripto en los renovados estudios de la historia social de la política y, en especial, del delito y la justicia, se concentra en el análisis del bandidismo, los bandoleros y los encargados de su destrucción, para reconstruir aspectos que hicieron posible una determinada lógica del poder político, de la sociabilidad, de la violencia y del mundo criminal.

El autor plantea que el bandolerismo practicado en la Patagonia está lejos de ser catalogado como bandolerismo social, tal como ha sido definido por Eric Hobsbawm. No obstante, los bandidos patagónicos no son sólo criminales. Sus acciones revelan la disconformidad en una sociedad rural en la que el conflicto social estaba motivado por la desigual apropiación y distribución de distintos recursos. Una sociedad que, aún viviendo un tiempo de violencia “inorgánica”, resistida y combatida, se resistía a la injerencia del Estado nacional ejerciendo sus derechos civiles y conservando en sus manos los instrumentos de coerción.

El trabajo consta de una introducción, cinco capítulos y las conclusiones. En el primero se describe al bandidismo como parte del paisaje social patagónico no sólo por la existencia de hechos reales asociados a este tipo de crimen sino también por la presencia de construcciones discursivas que recurrieron al término bandido como un modo de calificar al diferente, a aquel que se resistía a aceptar la instauración del orden de

acuerdo al canon liberal-conservador. Se destaca que, a pesar del discurso del “bandido patagónico” como un criminal nato, sus acciones revelan el malestar de una sociedad rural que no lograba ocultar el conflicto social motivado por la desigual apropiación y distribución de distintos recursos. El capítulo 2, luego de describir y analizar las acciones de Juan Balderrama y sus hombres como la ausencia de un tipo de sociabilidad deseada, se centra en la interpretación del bandidismo, esgrimida por los sectores dirigentes locales, como un producto del medio rural y hostil, propio de los extranjeros, categoría que incluye tanto a chilenos como a indígenas. Mientras que el capítulo 3 conjuga el análisis de las formas de organización y actuación de los bandoleros con las estrategias de persecución y muerte ejecutadas por los efectivos policiales, los capítulos 4 y 5 se abocan al estudio de los mundos judicial y policial, considerados instrumentos de la arena política. La dificultad para imponer la ley en los territorios patagónicos, tema central de estos capítulos, queda de manifiesto en la frase “hacer lo que se pueda”, rescatada por Rafart del escrito de un juez letrado. El autor resalta la escasez y precariedad de los recursos materiales y humanos, las dificultades de orden geográfico, las demoras en los procesos, las cuestiones jurisdiccionales y la falta de autonomía de algunos funcionarios. Completan la lista la configuración específica de estos territorios, en donde la Policía y la Justicia de Paz tenían que subordinarse a dos instancias de poder, el Gobierno territorial y la Justicia Letrada, y la ausencia de una cultura de la ley no sólo entre los habitantes de los territorios, que siguieron recurriendo a la



defensa propia, sino también en los agentes estatales. Finalmente, en las conclusiones Rafart destaca que aun cuando la imposición de la ley fue un proyecto deseable tanto para las autoridades nacionales como para las sociedades patagónicas, su puesta en práctica no estuvo exenta de dificultades. Señala, específicamente, la disputa entre dos maneras de vivir y pensar las relaciones sociales, visualizada en la resistencia que las comunidades ejercieron ante la inexorable injerencia de la ley, manteniendo en sus manos los instrumentos de coerción.

El libro, basado en documentos de instituciones estatales, principalmente causas judiciales, y en diarios de la época, logra reconstruir en términos generales la complejidad de las relaciones sociales en la porción norte de la Patagonia, fundamentalmente en los Territorios Nacionales de Río Negro y Neuquén, espacios alejados y con dinámicas propias que paulatinamente se fueron sometiendo a las modalidades e instituciones de un Estado nacional cada vez más presente.

JOSÉ LUIS ROMERO, *LA CIUDAD OCCIDENTAL. CULTURAS URBANAS EN EUROPA Y AMÉRICA*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2009, 334 PÁGINAS.



la sociología y la historia, pero fundamentalmente la literatura en todas sus manifestaciones.

Conocí a José Luis Romero hacia mediados de los 70, cuando impartió una serie de conferencias en el Fogón de los Arrieros de Resistencia. Era para todos nosotros, los principiantes de Humanidades de la UNNE, un maestro al que teníamos la posibilidad de descubrir en toda su humanidad, más allá de las letras de molde, y que nos convocaba como co-protagonistas de esa deslumbrante aventura, que constituía para él, el mundo occidental. Lo reencuentro como entonces en este libro que, obra póstuma al fin, refleja los tópicos más persistentes de toda su producción. Tanto en los primeros libros –por ejemplo, *La Revolución Burguesa en el Mundo Feudal* o *La Mentalidad Burguesa* y *La Cultura occidental*, que leímos en aquella época en las ediciones de Eudeba– como en los sucesivos y aún en éste, el “novísimo”, se desarrolla un tema original: el de la cultura y la ciudad occidentales. Claramente, la segunda producto de la primera.

La obra *La ciudad Occidental* de José Luis Romero es en realidad una compilación de textos escritos y clases dictadas entre 1965-1973, que fueron revisados, corregidos y transcritos por su nieta mayor, Laura Muriel Horlent Romero, y su hijo, Luis Alberto Romero. Este último escribe la advertencia, mientras que Adrián Gorelik se ocupa del prólogo, donde analiza las líneas teóricas que constituyen una constante en la obra de Romero: esa particular visión descentrada que propone de la ciudad, donde se interconectan la antropología,

El texto que nos convoca está dividido en cuatro partes con 18 capítulos: el Mundo Urbano, De la ciudad Gótica a la ciudad barroca, Las Ciudades, y Las Ciudades Latinoamericanas, donde Buenos Aires constituye el título del capítulo final. El interrogante inicial es “¿Cómo se constituyó la sociedad que tuvo tantos avatares en ese mundo occidental?” A partir de él, la ciudad, como objeto de estudio, absorbe una manifiesta complejidad. No es sólo la ciudad física, sino que es además fruto del colectivo social, no únicamente de los vivos, sino también de los muertos, eslabonados ininterrumpidamente. La ciudad es para el autor “*Una creación en la que se reproducían, acumulaban, sumaban, insinuaban y*

POR SUSANA DELGADO
(UNMDP)

luego plasmaban todas las tendencias peculiares de la sociedad occidental.”

Para el maestro, todos los problemas del mundo contemporáneo son urbanos, desde los sociales de los inmensos conglomerados, hasta las enfermedades nerviosas que padecen sus actores. Su mirada es la de un viajero, pero también la de un cronista, de un *voyeur*, que descubre el placer de una invención, que avanza incontenible a partir de la revolución industrial en Brujas, Barcelona, Praga, Londres, Nueva York. En definitiva, la vida urbana es una vida racionalizada y consciente donde las formas de sociabilidad, los estilos de vida, la literatura, las mentalidades, se despliegan con plena conciencia de sí. De allí que exprese: “*Todo lo que existe como memoria también existe como esfuerzo material, como voluntad social pero sobre todo como capacidad creadora.*”

Por último, la preocupación por aprehender Buenos Aires lo lleva a descubrirla: indiana, jacobina, patricia, burguesa y de masas. El mapa urbano que nos propone incluye sus espacios públicos, plazas, edificios, barrios, transporte, avenidas y primordialmente su gente o, mejor aún, sus gentes. Diversificadas en dos polos, en los que cada uno desenvuelve una cultura singular, que se mantiene enfrentada irreductiblemente con la otra. Hacia 1930, sin embargo, considera que sutiles hilos las entrecruzan cada vez más. Afirma que esta conexión se interrumpió bruscamente en la década siguiente y las diferencias comenzaron a asemejarse a una mancha de aceite que crecería persistentemente. La metáfora busca expresar una dicotomía aún latente. Los grandes puentes que cruzan la ciudad material muestran una infraestructura definida, mientras que la estructura social no encuentra aún el carril de mano única.

OSCAR TERÁN, *HISTORIA DE LAS IDEAS EN LA ARGENTINA. DIEZ LECCIONES INICIALES, 1810-1980*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2008, 318 PÁGINAS.

En este ejercicio póstumo, cuyo original fue concluido pocos meses antes del fallecimiento de su autor en marzo de 2008, Oscar Terán invita a una *tournee* por la experiencia de la cultura letrada argentina entre la Ilustración y el retorno a la democracia en 1983, con la intención de llegar en tal periplo a un público no sólo académico. En tal sentido, el carácter de “lecciones” con que revistan los capítulos responde a su sustancia estructural, en tanto el propósito explícito de la obra consistía en dejar constancia de varias décadas de docencia universitaria. La naturaleza coloquial del texto, sumada a los *excursus* de esclarecimiento teórico o conceptual, dotan al trabajo de una transparencia expositiva renuente, empero, a prescindir de rigor técnico. No obstante, esa solvencia didáctica es también producto de otras razones: primero, de una trayectoria como historiador que tiene numerosos puntos de intersección con la tarea emprendida en *Historia de las ideas en Argentina*, habiendo recorrido desde la obra alberdiana hasta los procesos culturales de los años ‘60 y ‘70; segundo, y como ha destacado oportunamente Beatriz Sarlo, es el precipitado de un esfuerzo de síntesis operado en Terán en los últimos años, manifiesto especialmente en *Ideas en el siglo* (2004). Aunque el texto se eslabona a partir de la selección de intervenciones intelectuales “altamente representativas” que remiten a elaboraciones sobre la nación y la sociedad argentinas, el relato para el período previo a 1880 se modula en torno a algunas figuras dominantes, adoptando un contrastante “tono coral” de allí en adelante, fruto tanto de la ausencia de voces excluyentes como de la progresiva constitución de un campo intelectual.

Luego de la presentación del influjo de la ilustración en el espacio hispanoamericano como un

proyecto de modernización cultural limitado que impide considerarlo como el sustrato ideológico de las revoluciones de independencia, Terán se aboca en el segundo capítulo a recorrer el tránsito del pensamiento de Mariano Moreno desde su posición de súbdito crítico de la corona hasta la radicalización de su moral republicana luego de mayo de 1810, exhibiendo sus vacilaciones y ambigüedades en la recepción plena del ideario moderno. En la lección siguiente se tematiza la Generación del ‘37, cuyo programa liberal se acopla con una ideología romántica vigente hasta alrededor de 1880. Aquí se ponen en diálogo las perspectivas de Sarmiento y Alberdi, quienes coincidiendo en su nacionalismo constitucionalista difieren, sin embargo, en aspectos decisivos: el incómodo maridaje entre romanticismo e Ilustración del sanjuanino colisiona con el progresismo autoritario del autor de las *Bases*.

Las cuatro secciones que siguen enfrentan el período 1880-1930, nodal en Terán para la lectura del ingreso del país en la modernidad. Los nuevos problemas son interpretados desde un escenario cultural variopinto, cuyas matrices fundamentales serán dominantes en distintos aspectos de la vida social. Así, la Generación del ‘80, que encuentra en el escritor *gentleman* su tipo intelectual, manifiesta el lamento tradicionalista de una elite que observa la amenaza de un orden jerárquico perdido ante los efectos no deseados del proceso modernizador. El movimiento positivista, hegemónico en el ámbito filosófico hasta el Centenario, sustentará su análisis del fenómeno multitudinario en la cientificidad del discurso sociológico. El modernismo cultural, central en el terreno estético-literario entre 1890 y 1910, propone la verdad de la belleza y la huida como alternativa, sin privarse de participar en la querrela por la

POR ROBERTO TORTORELLA
(CONICET-UNMDP)

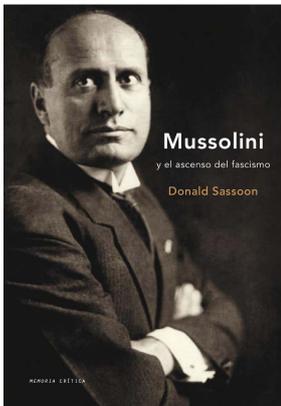


nacionalidad a partir de un escorzo culturalista. Por último, la guerra del ‘14, la revolución del ‘17 y la crisis del consenso liberal, dan el contexto para una “nueva sensibilidad” que extiende la reacción modernista antipositivista y que vitupera el parlamentarismo en busca una nueva jefatura intelectual y moral.

Los tres últimos capítulos atraviesan la cultura intelectual desde 1930, año en el que una crisis poliédrica comienza a dislocar representaciones largamente construidas en relación a la excepcionalidad del país y su destino de grandeza. En la década del ‘30 esa circunstancia crítica inspira las reflexiones del revisionismo nacionalista y católico, del liberalismo aristocrático y espiritualista del grupo *Sur* y de un comunismo aun abierto al desarrollo de la tradición liberal. La presencia abrumadora de la política y la centralidad de la cuestión peronista dominan en los decenios posteriores, y si desde los ‘50 el triángulo modernización, tradicionalismo y radicalización define las opciones decisivas en las arenas intelectual y política, las experiencias autoritarias de 1966 y 1976 proceden a perfeccionar el bloqueo y el disciplinamiento de la escena pública sin lograr extinguir del todo la producción cultural.

DONALD SASSOON, *MUSSOLINI Y EL ASCENSO DEL FASCISMO*.
BUENOS AIRES, CRÍTICA, 2008, 210 PÁGINAS.

POR EMMANUEL NICOLÁS KAHAN
(CONICET-CISH, UNLP)



propio Mussolini. El *Duce*, nos muestra Sasson, llega a Roma el 30 de octubre de 1922 viajando en un cochecama procedente de Milán y no a lomo de un caballo, como se ajustaría a la narrativa fascista.

Si bien el discurso fascista celebraba el alzamiento y festejaba la violencia revolucionaria, el autor considera que Mussolini, aunque prefirió hacer creer que había tomado el poder por la fuerza y que le correspondía porque se lo había ganado en el campo de batalla, obtuvo su victoria de manera reglamentaria. Citando al anterior Primer Ministro italiano, Giovanni Giolitti, Sasson muestra que Mussolini había sido designado legalmente, había jurado fidelidad al Rey y a la Constitución y había presentado su programa ante el Parlamento, al cual había solicitado y del cual había obtenido los plenos poderes.

Asimismo, los documentos militares analizados por el autor indican que la Marcha sobre Roma era “controlable” y “fácilmente reprimible”. De esta forma, siguiendo el tono desmitificador de Sasson, la investigación interpela al lector en torno de por qué el líder de un partido político impopular llegó a desempeñar el cargo de Primer Ministro. El intento de responder este interrogante evidenciará las virtudes del trabajo del historiador que, recurriendo a diversas fuentes documentales y problematizando el devenir de la historia política italiana desde fines del siglo XIX, reconstruirá de manera fehaciente el derrotero que conduce a Mussolini al poder.

Se pueden localizar, a grandes rasgos, dos hipótesis que sostendrán la investigación de Sasson acerca de cómo y por qué fue posible el ascenso del fascismo al poder. En primer lugar, y de manera destacada, los cambios suscitados en la sociedad italiana y la

desestabilización parlamentaria que se produjeron como consecuencia de la Gran Guerra. En segundo término, y como corolario del tópico anterior, la conflictividad política precipitada tras la finalización de la contienda bélica pone en escena a una multiplicidad de actores sin reglas fijas. Sasson nos revela que, a diferencia de las organizaciones de izquierda, los fascistas liderados por Mussolini estaban legitimados por las autoridades y por las viejas elites que, pese a despreciar su carácter plebeyo, los consideraban útiles para hacer el “trabajo sucio”: poner freno a la amenaza comunista y ordenar la conflictiva sociedad italiana.

En este sentido, la investigación de Sasson sobre cómo fue posible el ascenso del fascismo hunde sus interpelaciones en el pasado inmediatamente anterior a la llegada de Mussolini al poder: desde finales del siglo XIX pasando por la Gran Guerra, hasta el conflictivo devenir político de Italia en la posguerra. El trabajo metódico del historiador confronta con la idea de un fascismo mistificado que rechaza los caminos consagrados e institucionalizados del poder y las formas de su conquista. El nombramiento de Benito Mussolini fue producto de una “salida negociada” en la que el fascismo, a diferencia de la izquierda, tendió puentes hacia diferentes fuerzas políticas y sociales: la monarquía, la Iglesia y los sectores industriales.

Será desde esta perspectiva que, para volver a la imagen consagrada de la toma del poder por parte de los fascistas, Sasson podrá sostener que la acción desplegada entre el 28 y el 30 de octubre de 1922 fue una movilización coordinada para presionar a políticos romanos. Una puesta en escena, la coreografía necesaria para glorificar, a posteriori, la *Marcha su Roma*.

El texto de Donald Sasson indaga en la sociogénesis del movimiento fascista en Italia y en la construcción del liderazgo en torno de la figura de Benito Mussolini. Pero, como hiciera Kershaw con la figura de Adolf Hitler, Sasson inicia su trabajo desmitificando las narrativas fascistas sobre una de sus intervenciones fundacionales: la Marcha sobre Roma. La imagen del *coup d'état*, de la toma del poder a través de la vía revolucionaria, es puesta en suspenso a través del uso de documentos periodísticos y las publicaciones de los discursos del

POR MELISA MARRÓN FERNÁNDEZ
(UN LA PAMPA-CONICET)

Como el amor, la soledad, el dolor y la muerte, la enfermedad ha sido uno más de los temas que preocuparon al hombre desde tiempos lejanos, elaborando todo tipo de respuestas y explicaciones sobre su significado, valor y sentido. En esta ocasión, el largo y minucioso libro de Norma Sánchez se acerca a través de un registro histórico al papel desempeñado por el higienismo y sus actores en la Argentina de fines del ochocientos hasta mediados de los años 40 del siglo siguiente, que vieron florecer el sanitarismo junto con los cambios políticos.

Hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX, Argentina experimentó un rápido proceso de crecimiento económico, transformaciones políticas y cambios sociales que modificaron radicalmente su imagen. En este proyecto de modernización, basado en un aparato productivo orientado hacia una economía agro-exportadora y en la incorporación de inmigrantes que proveerían la mano de obra necesaria para llevar a cabo el proyecto de las clases dominantes, fue fundamental generar y establecer instrumentos y mecanismos que garantizaran la ubicación de los individuos productores en el sistema y que al mismo tiempo separaran a los sujetos considerados no aptos o perturbadores del desarrollo.

Durante estos años, desde la higiene pública y la medicina mental hasta la criminología, buscaron implementar ciertos mecanismos e intentos de medicalización de la conducta ciudadana, comprometidos con la exigencia de armonizar dicho proceso. Los funcionarios estatales –entre ellos, los higienistas– circunscribieron jurisdicciones amplias que abarcaban espacios públicos y privados y regularon, por ejemplo, el descanso, el ocio y especialmente el trabajo de las fábricas que habían comenzado a desplegarse en las urbes. En ese contexto, la medicina intentó llevar a cabo un complejo sistema de “vigilancia social” –que se cristalizaba en los discursos pero no tan claramente en las prácticas– centrado en la acumulación permanente de información y en la inspección ordenada de los espacios y

los cuerpos. En el campo institucional, el higienismo fue acompañado por la creación de un progresivo aparato sanitario diseñado bajo la influencia de los modelos europeos, particularmente de las escuelas positivistas francesas e italianas. Si bien la identificación y clasificación de lo “patológico”, de lo “anormal”, formó parte de las técnicas de análisis de todas las ramas de la medicina social, fue en el área del higienismo primero y luego de la criminología donde encontró su campo más propicio. A lo largo de todo este período, fue notable la presencia de estos profesionales de la salud convertidos en funcionarios estatales que promovieron a través de una red de instituciones (escuela, policía, penitenciaria, asilos, hospitales, etc.) la difusión de sus postulados, que –en su criterio– conducirían al avance del país y del ser nacional.

Ahora bien, este contexto analítico inició su camino fecundo en el campo de la investigación argentina desde hace más de dos décadas. La historiografía referida a dichos aspectos ha evolucionado increíblemente, alentada por la historia socio-cultural que traspasó los límites de la gran metrópoli para desembarcar en territorios más alejados.

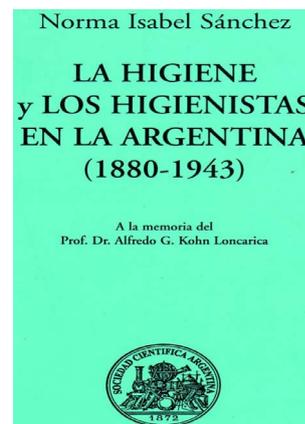
Con una variada base documental, la investigación de Norma Sánchez ofrece un estudio descriptivo, reduciendo a escala mínima la lente con que observa y detalla el paso de los higienistas por los distintos niveles escolares, las fuerzas armadas, las entidades internacionales y su llegada a la sociedad civil a través de las sociedades de beneficencia. En esa dirección, el volumen se abre hacia las preocupaciones médicas en relación a lo urbano, lo migratorio y lo epidémico. Amparada en una mirada dirigida a recordar crónicas y cronologías de un sinfín de instituciones médicas, sociales y represivas, en los diecisiete capítulos que componen el libro se puede observar la ausencia de un cuestionamiento del papel de lo discursivo. En la obra aparecen fuertes lineamientos en concordancia con el estructuralismo foucaultiano, si bien Foucault no está presente explícitamente en sus notas.

El marco de referencia utilizado incorpora una visión cercana a la medicina y su historicidad, donde la autora se

propuso retratar una amplia serie de aspectos ligados a ese momento clave de las políticas sanitarias. En el análisis que propone, la higiene y el higienismo parecerían estar ligados e insertos en una historia de la Facultad de Medicina. Su lectura involucra un relato que resalta el lugar ocupado por los médicos como profesionales preparados por una carrera que había dejado de ser “meramente repetitiva, de autoridad, teórica, para adentrarse en el diseño de la educación-formación moderna, con investigación, experimentación, renovación, imposición del método científico” (p. 31). De este modo, la Facultad de Medicina actuó como un faro de luz y conocimientos hacia el resto de la sociedad. El libro responde a una estructura que prioriza los hechos y los personajes.

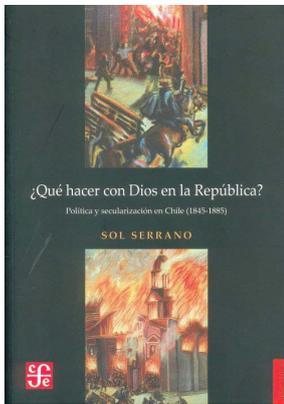
El esfuerzo de Norma Sánchez no deja de ser por todo eso necesario. Sus aportes arrojan luz sobre una infinidad de sucesos que nos muestran cuántos elementos se juzgaron imprescindibles en la trayectoria del higienismo y sus hombres. Sin duda, su consulta ofrece información que podrá ser incluida en procesos que transmitan rasgos dinámicos de una época y un espacio signados por el movimiento y las transformaciones, donde la población ocupe un sitio destacado en el devenir histórico: más que como simple espectadora, interactuando en la vida cotidiana, política y social.

Fruto y síntesis de años de trabajo, este libro podría operar como un manual, un compendio de material sobre el higienismo, sus principales promotores y su vinculación con ciertas burocracias estatales y civiles, nacionales e internacionales.



SOL SERRANO, *¿QUÉ HACER CON DIOS EN LA REPÚBLICA? POLÍTICA Y SECULARIZACIÓN EN CHILE (1845-1885)*. SANTIAGO DE CHILE, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 2008, 375 PÁGINAS.

POR LUIS ALBERTO ROMERO
(UBA-CONICET-UNSAM)



En este libro se estudia el desarrollo del proceso de secularización en Chile en las décadas centrales del siglo XIX. La secularización supone un cambio en los criterios de la legitimidad estatal, en la organización jurídica e institucional y en el papel de la religión y de la iglesia en la sociedad y en la vida de los individuos. La autora muestra la gradualidad, complejidad y ambigüedad que tuvo en Chile esa transición. Al cabo, la iglesia se retiró del ámbito político estatal pero se reorganizó como institución y como comunidad de fieles, adoptando formas y criterios del mundo liberal.

En cada capítulo la cuestión es enfocada desde un ángulo específico. El primero reconstruye el episodio del incendio de la iglesia de la Compañía en 1863, las prácticas culturales y devocionales de la sociedad santiaguina y los debates en torno de las nuevas políticas estatales. El segundo examina el crecimiento institucional de la iglesia, y los primeros enfrentamientos con las políticas estatales laicas. El tercero está dedicado a las cofradías, sus prácticas culturales y devocionales y su relación conflictiva con el ordenamiento

jurídico liberal. El cuarto estudia las nuevas asociaciones católicas, caritativas y de opinión, y la trama que conforman en el ámbito de la sociedad civil para defender los intereses de la iglesia.

Los capítulos quinto y sexto consideran la larga controversia suscitada por la política estatal en torno de la tolerancia religiosa y la administración de los cementerios. En los capítulos siete y ocho se analiza la presencia de la iglesia en las ciudades y en el mundo rural y las respectivas prácticas sacramentales y culturales. El último capítulo examina el largo diferendo entre la iglesia y el estado con motivo de la designación del sucesor del arzobispo Valdivieso, y avizora las características de las nuevas relaciones entre el Estado, la sociedad civil, la iglesia y los católicos.

A lo largo de estos capítulos se desarrollan varias cuestiones generales. Una de ellas es la de la singularidad hispanoamericana. La “república católica”, una singularidad continental, cubre la etapa entre la ruptura política de 1810 y la generalización del laicismo estatal de fines de siglo. En ese período, el catolicismo hispanoamericano, masivo y no desafiado, adquirió un lugar de importancia dentro de la iglesia universal.

En el contexto de la república católica, protectora y desafiante a la vez, la iglesia chilena se transformó profundamente, desplegándose institucionalmente a pasos parejos con el Estado. Pudo acompañar los cambios demográficos –el crecimiento general y los fuertes desplazamientos de la población– sin que sus servicios se afectaran. Por otra parte se introdujeron prácticas burocráticas – el “papeleo”– que permitieron la circulación de la información y las instrucciones, la integración de

las distintas partes de su cuerpo multiforme y la consolidación efectiva de la autoridad. Sobre todo, subraya la autora, retrocedió el regalismo eclesiástico, que buscaba su referencia en el Estado, y creció el ultramontanismo, es decir la referencia en el papa y la adopción de los modelos romanos y de las doctrinas militantemente antiliberales.

La autora identifica tres actores en los intensos conflictos entre la iglesia y el Estado. El regalismo, fuerte entre los políticos, y entre los sacerdotes acostumbrados a la tutela y la protección del Estado. El liberalismo, que desde mediados de siglo impulsó las reformas laicas más radicales, y el catolicismo ultramontano, defensor de los derechos de la iglesia y de su independencia respecto del Estado. En estos conflictos, además de la diferenciación de las respectivas jurisdicciones, se produjo la conflictiva construcción de un orden jurídico nuevo, asentado en las nociones de individuo, de igualdad jurídica y de propiedad privada, que chocaba frontalmente con los supuestos corporativos y jerárquicos de la sociedad antigua, arraigados en la iglesia.

Finalmente, está la cuestión de qué significa ser católico y qué lugar tiene Dios en la sociedad que se seculariza. Según la autora, la cristianización no retrocede, y se expresa centralmente en las prácticas sacramentales en torno de la muerte. A la vez, hay un desarrollo de la espiritualidad y las prácticas devocionales, en un sentido más personal e íntimo, y la formación de un asociacionismo católico voluntario e igualitario, volcado a la caridad. Ese asociacionismo conforma una opinión católica que confronta en la esfera pública y defiende eficazmente los derechos de la iglesia ante el Estado.

**NOTAS CRÍTICAS
Y
COMENTARIOS**

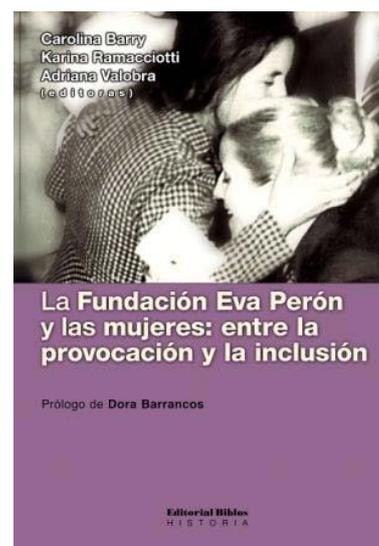
LOS APORTES DE LA HISTORIA DE LAS MUJERES Y LOS ESTUDIOS DE GÉNERO A LA HISTORIA POLÍTICA. A PROPÓSITO DE LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO *LA FUNDACIÓN EVA PERÓN Y LAS MUJERES: ENTRE LA PROVOCACIÓN Y LA INCLUSIÓN* (BUENOS AIRES, BIBLOS, 2008).

SILVANA A. PALERMO (UNGS)

La reciente publicación del libro editado por Carolina Barry, Karina Kamacciotti y Adriana Valobra, que reúne diversos estudios sobre la Fundación Eva Perón (FEP), arroja luz sobre una de las instituciones más controvertidas y distintivas del peronismo clásico, a la que se alude con frecuencia, pero sobre la que poco se conocía en detalle. A pesar de abordar distintos aspectos del funcionamiento de la Fundación, la compilación sobresale por su armonía y coherencia puesto que todos los autores coinciden en centrar su mirada en las mujeres en tanto protagonistas y beneficiarias del asistencialismo promovido por dicha agencia. Esta perspectiva distingue a este libro entre otras nuevas publicaciones sobre el tema e invita a reflexionar sobre los aportes que la historia de las mujeres y el concepto de género ofrecen al estudio de la historia política nacional. Tomados en conjunto, los capítulos de esta compilación permiten reconsiderar sí el recuperar la intencionalidad y subjetividad de las mujeres contribuye a revisar narrativas históricas que se consideran interpretaciones universales de los procesos sociales y políticos, aunque han sido construidas fundamentalmente sobre la elucidación de la experiencia y acción de sujetos masculinos.

Por cierto, ésta sigue siendo una reflexión necesaria, tal como señalan los balances de las historiadoras feministas, quienes reconocen la limitada repercusión que aún hoy alcanza la historia de las mujeres. Según Michelle Perrot, inclusive en Francia -un país con una profusa

investigación en este área- todavía se percibe una cierta marginación. De la misma manera, Dora Barrancos ha notado la escasa receptividad de la historiografía local con respecto a la, de todos modos creciente, literatura sobre mujeres y género en Argentina. Claro que ese relativo aislamiento no puede atribuirse sólo a las reticencias de los especialistas de campos temáticos más consolidados y prestigiosos de la disciplina, sino que obedece asimismo a las propias limitaciones conceptuales de la historia de la mujer. Sin minimizar su positiva implicancia política y existencial, el hacer visible a las mujeres no conllevó necesariamente una revisión interpretativa de problemas historiográficos claves. Por este motivo, algunas historiadoras feministas entienden que para recuperar el potencial explicativo transformador de la historia de las mujeres debe avanzarse sobre el modo en que la diferencia sexual se construye, reproduce o confronta históricamente. Así, el concepto de género entendido como los múltiples significados atribuidos a la diferencia sexual se ha convertido en una categoría útil para el análisis histórico, capaz de establecer puentes entre las indagaciones sobre las experiencias de las mujeres y las interpretaciones más generales sobre las transformaciones históricas de la sociedad. En efecto, interrogar sobre la diferencia sexual implica una indagación sobre las



relaciones de poder y el modo en que las jerarquías sociales se estructuran y sostienen en diferentes concepciones sobre la diferencia de los sexos. De esta manera, como lo ha reiterado en sus trabajos la historiadora Joan Scott, la historia de las mujeres lograría recuperar su potencial crítico y podría aspirar a reescribir la historia. Con esta perspectiva y renovación conceptual se aspira a ampliar la agenda de investigaciones y a establecer -en un mundo académico cada vez más fragmentado- diálogos entre especialidades y sub-disciplinas que tienden a encerrarse sobre sí mismas.

El mérito de esta compilación sobre la FEP radica en avanzar sobre esta agenda en la historiografía local, fortaleciendo una tendencia inaugurada por algunas obras dedicadas a las políticas sociales y la historia de las mujeres publicadas en los últimos años. Puede decirse

que al tomar en cuenta estas nuevas orientaciones, esta obra contribuye a tres problemáticas claves de la historia política contemporánea. En primer lugar, este libro no deja dudas sobre el aporte de la historia de las mujeres al análisis de la formación y transformación del estado, en particular a los debates en torno a los orígenes del estado benefactor en tanto recupera el protagonismo femenino en el diseño e implementación de políticas asistenciales. Esta compilación, en segundo término, ilumina un aspecto poco indagado sobre la construcción de la ciudadanía en la Argentina, como lo son las dimensiones de género de los derechos políticos y sociales. Ilustra que, lejos de ser genéricamente neutras, las políticas asistenciales acarrearán nociones diferenciadas de las garantías que, según sexo y edad, el estado nacional debía reconocer a los habitantes de la república. La construcción de derechos y deberes en la comunidad política se asoció a ciertos modelos y valores socialmente establecidos respecto a los roles apropiados para el hombre y la mujer, los adultos y los jóvenes, los cuales esta compilación se encarga de esclarecer. En tercer lugar, este libro suma al reciente interés por ampliar el estudio de las prácticas y formas de sociabilidad políticas más allá de las instituciones formales –los partidos políticos o los sindicatos entre otras. Al indagar la experiencia vivida de las beneficiarias en ámbitos específicos de los programas asistenciales, como el Hogar de la Empleada y los Hogares de Tránsito, esta obra recupera la centralidad de estos espacios para la construcción de solidaridades femeninas y la participación y politización de las mujeres de menores recursos. Vale destacar, por último, la innovadora propuesta metodológica de las/os autores, quienes se comprometen con una laboriosa recopilación de fuentes –entrevistas a miembros y beneficiarias de la FEP, fotografías y afiches– a fin de suplir las carencias de los repositorios oficiales y exploran, desde una mirada interdisciplinaria, nuevos materiales documentales con creatividad.

Inscribir el estudio de la FEP en

el marco más amplio de la historia de las políticas sociales del estado argentino resulta un desafío, debido a su complejo y ambivalente status. De hecho, en su libro *Mañana es San Perón*, el historiador Mariano Plotkin ha definido a la FEP como una organización “semi-oficial”. En tanto fundación privada, creada legalmente en junio de 1948, contaba con personería jurídica, una financiación propia a través de donaciones de individuos o instituciones, y autonomía organizativa y funcional, según lo dictaban sus propios estatutos, que le asignaron la dirección a Eva Perón. No obstante, algunas leyes le otorgaron fondos recaudados por impuestos, mientras el gobierno nacional autorizó contribuciones directas a la FEP por parte de algunos ministerios. Buena parte de su personal provenía de la burocracia estatal y sus empleados adherían al sindicato de los estatales, una adscripción lógica dado que sus asignaciones salariales estaban cubiertas por partidas presupuestarias ministeriales. A pesar de estas ambigüedades, lo que esta compilación se interesa en clarificar es que la FEP constituye un engranaje esencial en la historia de las políticas asistenciales del estado nacional, durante el peronismo clásico. De manera similar a los esfuerzos realizados por integrar el estudio del asistencialismo femenino a la historia de las políticas de asistencia sanitaria y social del estado nacional –como lo muestran investigaciones recientes sobre la Sociedad de Beneficencia– esta compilación incorpora a la FEP al contexto más amplio de programas sociales estatales iluminando así el complejo y conflictivo entramado de

sus agencias y protagonistas. Sin duda, desde esta perspectiva, la historia de las mujeres dialoga y renueva el interés por el tema de los orígenes estatales del peronismo.

Dado este énfasis, no resulta sorprendente que el capítulo de la socióloga Laura Golbert inicie esta obra pues ubica a la FEP en un proceso de larga duración que abarca casi un siglo de desarrollo de las políticas de salud y previsión social en la Argentina. Se vislumbran, entonces, las continuidades y rupturas del programa social del gobierno peronista frente al de sus antecesores así como los legados que dejaría a sus sucesores. Sin desestimar la novedad de la expansión de los servicios sociales que inauguró el peronismo, se evidencia que su política de salud y previsión fue, en buena medida, deudora de la compleja experiencia que en esa materia se acumuló durante la década del treinta. Prueba de ello es el capítulo de Carolina Biernat y Karina Ramacciotti dedicado a la historia de los programas de salud para las mujeres embarazadas y sus hijos en la primera infancia. Las autoras



sostienen que la orientación de las políticas peronistas, y en este marco el papel desempeñado por la FEP, no pueden comprenderse sin referencia a las estructuras institucionales y las concepciones heredadas en materia de higiene pública y seguridad social. Quien y cómo debía responsabilizarse de la situación de la mujer/madre y su prole habían sido temas en disputa para las agencias públicas, una arena en tensión a los que la FEP se sumaría exacerbando los conflictos jurisdiccionales y presupuestarios en el interior del propio estado.

De estos capítulos emerge, en consecuencia, un panorama de la complejidad del proceso de centralización estatal de los programas de asistencia y salud pública que el peronismo fortaleció al elevar a rango ministerial la Secretaría de Trabajo y Previsión y de Salud Pública. Como demuestran estas autoras, este proceso no fue lineal ni estuvo exento de conflictos y contradicciones, en parte porque junto a esos órganos estatales se encontraban instituciones con importantes grados de autonomía, como lo era la propia FEP, que condicionaban la ingerencia de aquellos. Aún cuando este libro

restringe su análisis de la labor de la Fundación a la ciudad de Buenos Aires -particularmente a las Escuelas de Enfermería, los Hogares de Tránsito y el Hogar de la Empleada- se evidencia que estos programas se superponían con funciones de otras agencias estatales dedicadas a la asistencia de las familias trabajadoras ante eventuales riesgos y a la mejora de su calidad de vida.

Esta notable expansión de los programas sociales exigió el desarrollo de la capacidad institucional del estado, y de la propia FEP, lo cual demandó la movilización de recursos y también el reclutamiento y capacitación de cuadros encargados de implementar las ambiciosas políticas publicitadas por el gobierno. Así lo ilustra el capítulo de Adriana Valobra y K. Ramacciotti dedicado a las escuelas de Enfermería del Ministerio de Salud Pública (1947) y de la FEP (1950). Las autoras reconstruyen prolijamente los desafíos que tanto para el Ministerio como para la Fundación supuso la profesionalización del personal de enfermería, una ocupación que se encontraba socialmente desprestigiada, pero cuyo desarrollo resultaba vital para implementar con eficacia las políticas sanitarias. Paralelamente, develan las oscilaciones en la relación del Ministerio de Salud con la FEP, que mudó de un vínculo de cooperación y complementariedad a uno de tensión y competencia. Si bien coincidían en los contenidos de la formación profesional, estas escuelas no estuvieron exentas de rivalidades y aunque la escuela de la FEP manifestó idéntica preocupación por la especialización técnica de sus estudiantes, lo cierto es que prestó más atención a la formación política que su par ministerial, una identificación que acarrearía serios costos para sus egresadas tras el golpe militar de 1955. Una vez más, las autoras demuestran

que la historia de las mujeres ofrece un aporte fundamental a la historia de la expansión estatal. La ampliación de la infraestructura sanitaria y de los servicios sociales crearon nuevas oportunidades para las mujeres en el mercado y el mundo del trabajo y significaron, como lo exponen los testimonios de algunas entrevistadas, una posibilidad de inserción social y realización personal.

Como puede observarse, esta obra logra convertir a la FEP en un estudio de caso privilegiado para dar cuenta de la complejidad y contradicciones de la transformación del estado operada durante el peronismo clásico. Lejos de constituir un mundo armónico, los programas de salud pública y previsión -de los cuales la FEP no puede excluirse- revelan un universo heterogéneo, contradictorio, cuyos objetivos y orientaciones carecieron, en ocasiones, de consistencia, a pesar de que todos los funcionarios compartieran las mismas lealtades políticas. Las tensiones se debían a disputas de intereses, diferentes estilos burocráticos y competencias por las mismas áreas de ingerencia. Estos conflictos larvados en el seno de ese denso entramado estatal documentan las tensiones que minaban la construcción de la capacidad institucional, más allá de los conflictos políticos entre el gobierno y la oposición. Por otra parte, una historia sexuada de quienes diseñaron y llevaron adelante esta enorme ampliación de los servicios sociales descubre no ya la centralidad que la FEP tuvo para una mujer, Eva Perón, a quien sirvió en la construcción de su liderazgo carismático, sino para muchas otras quienes adquirieron ciertas cuotas de poder al integrarse a los cuadros intermedios de la burocracia estatal. Aunque es verdad que pocas alcanzaron puestos directivos y jerárquicos -en las escuelas de Enfermería, por ejemplo- otras accedieron a un mundo laboral cuya tarea comenzaba a juzgarse calificada, una labor que requería de saberes específicos y merecía una retribución apropiada y justa.

Al reconocer a la FEP como un engranaje fundamental de la “democratización del bienestar”-



tomando la sugestiva calificación de J. C. Torre y E. Pastoriza sobre la expansión de los servicios sociales bajo el peronismo-, esta compilación se enfrenta a la cuestión de las concepciones de género implícitas en el reconocimiento de la ciudadanía política y social promovidas por dicho gobierno. Examinar las políticas de la FEP permite visualizar el modo en que el estado asiste a sectores no sindicalizados, aún no incorporados o ya fuera del mercado de trabajo debido a su sexo o edad, como las mujeres, los jóvenes y niños, y los ancianos. Junto a las contribuciones de los capítulos dedicados a la asistencia sanitaria materno-infantil y las escuelas de enfermería, los minuciosos análisis de los Hogares de Tránsito de Carolina Barry y del Hogar de la Empleada de O. Acha demuestran que este asistencialismo se dirigían fundamentalmente a mujeres necesitadas, quienes alcanzaban estos beneficios en tanto tales, sin necesidad de otros requisitos. Siguiendo la distinción que suelen establecer los estudiosos para referirse a la legislación social de los países europeos en el siglo XX, puede decirse que la política social peronista se orientó tanto a la protección de los llamados trabajadores “fuertes” (los obreros varones calificados) como a aquellos “débiles”: las mujeres, los niños, los ancianos. Dichos capítulos sobre la Fundación, ilustran bien esta última dimensión del programa de previsión social y asistencia sanitaria que los estudios sobre historia sindical no alcanzan, por lo general, a captar pues se restringen a los trabajadores varones.

Desde esta perspectiva, resulta evidente que el conjunto al que el estado interpelaba para protegerlo de las inseguridades y riesgos de la vida comprendía un colectivo más amplio que el conformado por trabajadores agremiados (fundamentalmente varones adultos). Puede argumentarse que el reconocimiento de la ciudadanía social supuso, además de garantizar los derechos a la clase trabajadora, la redefinición de esa clase pues a los trabajadores fabriles -“viejos” o “nuevos”- se sumaron con significativa visibilidad

aquellos formal o informalmente discriminados, en particular las mujeres, pero también los jóvenes, niños y ancianos. Es probable que esta visión más comprensiva interpelara a muchas familias obreras tras haber experimentado una década de exclusión social y violencia política durante la restauración conservadora y protagonizado un proceso migratorio que las enfrentó a los desafíos de vivir en grandes ciudades, buscar un nuevo empleo, vivienda o asistencia sanitaria.

A la par que develan una arista menos conocida de la política social peronista, estas/os autoras/es llaman la atención sobre el impacto que la irrupción de este nuevo movimiento político tuvo en las ideologías de género dominantes, en la redefinición de los roles y valores considerados socialmente apropiados para el hombre y la mujer. Como lo reconocen los especialistas en política social, ésta suele alentar determinados modelos de familia en detrimento de otros, en tanto presupone normas que redefinen las relaciones entre los sexos y las generaciones y establece responsabilidades y derechos en el interior del propio hogar. En consecuencia, al profundizar en esta problemática no puede menos que evaluarse cómo afectó la compleja y heterodoxa política social del peronismo el ideal familiar tradicional basado en la división sexual del trabajo, que asignaba al hombre trabajador asalariado la responsabilidad del bienestar material de la familia y a la mujer el cuidado y atención familiar, anclándola al mundo doméstico.

Al indagar esta cuestión, esta compilación se vincula, entonces, con un debate más amplio referido a la transformación y conflictos culturales que suscitó el peronismo. Reconocidos historiadores y sociólogos como Luis Alberto Romero y Juan Carlos Torre sugieren que, a pesar de las tensiones

producidas por sus políticas de igualdad social, el peronismo no generó una cultura alternativa. En el terreno de las concepciones sobre la diferencia sexual, esto significaría un reforzamiento de los estereotipos tradicionales de feminidad y masculinidad, una conclusión a la que arribaron las investigaciones pioneras sobre la participación política de la mujer auspiciada por el peronismo, como lo demuestra en muchos de sus trabajos Susana Bianchi. Gracias a estos aportes, se sabe que el Peronismo legitimó la inclusión femenina en el espacio de la política formal a partir del reforzamiento del ideal de la mujer/madre, defendiendo los derechos de las mujeres al ejercicio de sus libertades políticas en nombre de su diferencia y no de la igualdad. En esta dirección interpretativa se ubican muchas de las evidencias sobre el ideal de feminidad difundido y estimulado por las políticas de la Fundación. Así lo ilustra la coincidencia de objetivos que tanto católicos como peronistas perseguían al establecer la Casa y el Hogar de la Empleada respectivamente, según sostiene O. Acha. Para este historiador, ambas instituciones -“dispositivos



de creación de subjetividades femeninas”-, convergían en su objetivo de “neutralizar el presunto peligro de la muchedumbre de mujeres que circulaban por la ciudad. Cuerpos trabajadores, cuerpos sexuados eran también ideas y deseos que tanto el catolicismo como el peronismo quisieron auxiliar, redimir, controlar.” De la misma manera, el capítulo de C. Barry destaca que las pautas morales impuestas a las residentes de los Hogares perseguían el afianzamiento del ideal de familia católica y un modelo de feminidad centrado en la maternidad, lo cual resulta lógico dado que eran las propias Hermanas del Huerto, quienes gestionaban uno de los hogares más importantes de la ciudad. Por su parte, el puntilloso examen de la arquitectura, el mobiliario y la decoración interior de los Hogares de Tránsito y el Hogar de la Empleada de Anahí Ballent descubre que la Fundación se proponía deliberada y concientemente propagar una cierta idea de la feminidad a través de su estética. Esta llevaba implícita “la valorización de la mujer” a la para que “implicaba el intento de canalizarla en un determinado sentido, no tanto

imponiéndole valores nuevos como afirmando y estimulando ciertos valores tradicionales.” Estos hallazgos corroboran la idea de que el peronismo contribuyó a popularizar los estilos de vida propios de los sectores medios a la par que publicitaba una imagen de complementariedad de los roles sexuales destinada a reforzar el ideal de familia tradicional.

No obstante, estos mismos capítulos ofrecen algunas evidencias que, si bien no bastan para sostener una interpretación diferente, sugieren ciertos matices e interrogantes. En ocasiones, resulta evidente que el peronismo articuló una visión menos armónica de la sociedad aún defendiendo el ideal de integración de quienes ocupaban una posición social y políticamente subordinada en la comunidad nacional. El ascenso de los sectores postergados y la inclusión de los sujetos diferentes generaban beneficios para algunos a la par que pérdidas de privilegios y distinciones para otros. La “arquitectura del exceso”, según de A. Ballent o el “exceso de signos reparatorios” de esta ideología compensatoria, para utilizar la expresión de Dora Barrancos en el prólogo del libro, soslayan que la adhesión al ideal de movilidad social no inhibía el reconocimiento de que para las familias trabajadoras esa democratización del bienestar resultaba de una conquista política colectiva. Como ha señalado en su conocido libro Daniel James, sin desestimar el contenido armónico del mensaje de integración, el estilo otorgado por el peronismo a la popularización de dicho modelo -sus tonos contestatarios, irreverentes, heréticos- traía a la luz los aspectos más conflictivos y rípidos de la inclusión. En este sentido, A. Ballent indica que “el peronismo ponía al servicio de los pobres los lujos que anteriormente gozaban los ricos,

con un sentido redistributivo pero también contestatario.” En cuanto al ideal de feminidad propagado por el peronismo, cabe mencionar que algunos estudios le reconocen rasgos novedosos que lo diferenciaban de patrones preexistentes. Tal como se ha demostrado a partir del examen de los rituales de la elección de la reina del día de trabajo, el ideal de belleza resultó trastocado al reconciliar la figura de la trabajadora con la hermosura, conciliando dos representaciones que habían sido tradicionalmente pensadas como imágenes excluyentes. La singularidad de este ideal de feminidad se evidencia con más claridad al comparar el modelo femenino al que adherían las mujeres de clase trabajadora en la Argentina a fines de la década del cuarenta con las de otros países latinoamericanos industrializados. Según sostiene la historiadora Bárbara Weinstein, en Brasil, los sistemáticos y concurrecidos programas asistenciales y educativos organizados por los industriales paulistas hicieron posible difundir con éxito entre las mujeres de menores recursos el modelo de ama de casa moderna y eficiente, conforme a los lineamientos de respetabilidad femenina propios de los sectores medios. En cambio, esta historiadora interpreta que la fuerza del peronismo en Argentina, en particular la centralidad de Eva Perón y su programa de asistencia social, brindaron un ideal de feminidad y respetabilidad alternativos para las mujeres trabajadoras basado en la redefinición y apropiación de valores dominantes, que terminó conformando un modelo singular que no puede ser asimilado al que prevalecía entre los sectores medios.

Vale reconocer, por último, que establecer en qué medida el peronismo articuló un universo cultural alternativo en el terreno familiar y de las identidades sexuales exigirá avanzar no sólo en la comprensión de la especificidad de la interpelación de sus líderes o los sentidos implícitos en sus programas y políticas sino también recuperar los significados que el público trabajador atribuyó a esos ideales y modelos culturales. Como lo advierte C. Barry



a partir de un detenido análisis de los testimonios de sus entrevistadas, la adopción de patrones estéticos de respetabilidad cultural dominantes en los Hogares de Tránsito generaba entre las beneficiarias sentimientos de protección y de identificación con Eva Perón, pero también, en ocasiones, un cierto extrañamiento, sentimientos encontrados, y eventualmente la constatación de las enormes dificultades que una mujer con bajos recursos enfrentaba para conformar un hogar “bien constituido” como el difundido por el estado peronista. Es posible que los avances en las historias de vida de las trabajadoras ofrezcan evidencias más sólidas para estimar el grado de aceptación, apropiación, resignificación de los ideales burgueses. Estas investigaciones permitirán, en el futuro, precisar la distancia entre los contenidos de la interpelación de los ideales sexuales publicitados por los programas gubernamentales peronistas y los procesos de constitución de la subjetividad de las mujeres y también de los hombres trabajadores. En suma, al privilegiar el estudio de las ideologías de género y las identidades sexuadas, estas indagaciones sobre la política social enriquecerán, sin duda, el debate sobre la relación entre política y cultura en la Argentina contemporánea.

Finalmente, esta compilación sobre la FEP renueva el interés por la sociabilidad y cultura política de los sectores populares al incursionar en ámbitos de politización sobre los que es preciso profundizar. Como se mencionó, las investigaciones pioneras recuperaron a la FEP como una institución clave para la constitución del liderazgo carismático de Eva Perón así como un instrumento fundamental para fomentar consenso pasivo, es decir la aceptación tácita al régimen en segmentos de población que por diferentes razones se encontraban poco vinculados a la política formal. Esta compilación retoma estas líneas interpretativas, revisa algunas de sus afirmaciones y abre nuevas temáticas. Profundizando orientaciones ya transitadas por la literatura, los capítulos de K. Ramacciotti y A. Valobra, C. Barry, y

A. Ballent documentan que la acción social de la Fundación, además de fortalecer la figura de Eva, brindó un material riquísimo para la propaganda gubernamental y, en verdad, para construir su identidad partidaria, una operación que el peronismo, en tanto partido nuevo y sin tradiciones, realizó una vez en el poder. También estas autoras descubren que si bien para algunas mujeres la gestión en los programas asistenciales de la Fundación representó un jalón en una carrera política de largo alcance – lo que convertía a la Fundación en una usina de cuadros políticos- las líneas divisorias entre la acción del partido y la Fundación parecían más nítidas de lo que podría presuponerse.

Otros capítulos invitan a reconsiderar algunas interpretaciones clásicas respecto a la estrategia del peronismo de politizar ámbitos privados, domésticos, cotidianos. En este sentido, O. Acha sostiene que lejos de representar una singularidad del peronismo, este es un rasgo de la sociabilidad política propio de las sociedades complejas. No sólo el peronismo sino también el socialismo o el catolicismo, como de hecho intenta demostrar al examinar la suerte de la Casa de la Empleada, sostuvieron un “aliento politizador” de la sociedad civil, lo cual exige, según este autor, deshacernos de la idea que existen referentes empíricos claros y distintos para el estado y la sociedad. La razón por la cual la propuesta peronista del Hogar de la Empleada resultó más popular, aunque más efímera, que la de la Casa de la Empleada desplegada por Monseñor De Andrea fue, siguiendo a O. Acha, tanto porque contó con la anuencia estatal como por el hecho de que, paradójicamente, exigió un menor compromiso por parte de sus beneficiarias que el demandado por el catolicismo a sus militantes. Se adhiera o no a esta interpretación, es evidente que la cuestión de la sociabilidad política peronista y su especificidad continúan siendo objeto de un estimulante debate que, sin duda, orientará investigaciones futuras. En este sentido, merece notarse que junto al análisis de las identidades políticas de las mujeres

de los sectores populares, también interesa explorar como se construyen solidaridades femeninas. Al reducir la escala de observación y adentrarse en la intimidad de un Hogar de Tránsito a través de los testimonios de algunas de las beneficiadas, el capítulo de C. Barry vislumbra esos vínculos femeninos construidos sobre la base de necesidades y experiencias comunes. De esta manera, la autora inicia un desplazamiento en el eje de atención que merece ser bienvenido. Si tradicionalmente el foco del análisis se centraba en la relación entre Eva y sus seguidoras, aquí es posible advertir la centralidad que también debe otorgarse a la relación entre las propias mujeres, cuyas historias se cruzaban en un Hogar de Tránsito o en cualquiera de los otros escenarios de los programas de asistencia social oficial.

Merece celebrarse, en suma, que esta reconstrucción de la historia de algunos de los programas de la Fundación Eva Perón en la ciudad de Buenos Aires augure un diálogo fecundo entre la historia de las mujeres, los estudios de género y la historia política. La compilación ofrece nuevos ángulos para abordar la historia del estado, sus políticas y la construcción de la ciudadanía y abre, asimismo, sugerentes interrogantes en torno a la cultura política e identidades de los sectores populares en la Argentina. Si bien los aportes de esta compilación nutren una historiografía ya rica en debates como lo es la del peronismo clásico, sería deseable que sus innovaciones teóricas y metodológicas encuentren eco en las investigaciones dedicadas a otros períodos menos transitados de la historia política nacional.

Fundación Eva Perón
Las mujeres: entre la
educación y la inclusión

Jora Barrancos

Editorial Biblos
HISTORIA

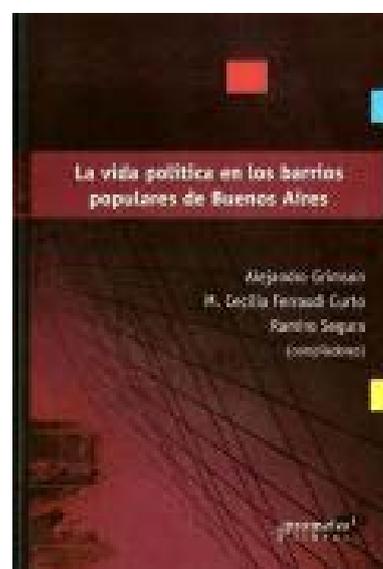
ALEJANDRO GRIMSON, MARIA CECÍLIA FERRAUDI CURTO Y RAMIRO SEGURA (COMPS.), LA VIDA POLÍTICA DE LOS BARRIOS POPULARES DE BUENOS AIRES. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 320 PÁGINAS.

POR JORGE LUIS OSSONA
(CEHP, UNSAM)

La dinámica espacial de Buenos Aires y de su Conurbano durante los últimos treinta años ha acentuado y modificado el paisaje de sus márgenes pobres. A las villas miseria se les han sumado los “asentamientos” generados por las tomas compulsivas de tierras acaecidas desde principios de los 80, ofreciendo un panorama cuya heterogeneidad suele ser eclipsada por su relativa “insularización”. A las tradicionales fronteras fácticas de la ciudad, menos definidas por la geografía que por lo que Grimson llama “gradientes sociales” se le sumaron muchas otras más sutiles, aun dentro de las propias comunidades marginales. La transposición de tales límites, históricamente instrumentales en Buenos Aires, se ha vuelto más problemática al incubarse en los viejos y nuevos territorios códigos locales diversos cuya comprensión se dificulta al compás de la fragmentación cultural. Al salir de su hábitat, las personas e incluso sus cuerpos cambian de significado, como se encargan de recordarlo los tácitos – o no tanto- “puestos aduaneros”, al decir de Grimson, entre diferentes territorios. Las fronteras, entonces, delimitan identidades frecuentemente estructuradas por el espacio; más precisamente, por las comunidades barriales.

Superficialmente hablando, estas dimensiones -que los autores denominan “Fronteras” y “Sentidos del Lugar” - componen las dos primeras partes de esta excelente obra constituida por nueve monografías etnográficas que abordan diferentes aspectos de la cultura de los sectores populares de Buenos Aires y de sus alrededores durante los últimos

veinte años. Entre todos ellos, sin embargo, los compiladores remarcan ya en el título del libro su principal preocupación: la “vida política”, abordada en las tercera y cuarta parte respectivamente. En la primera de estas, denominada “Lugares de la Política” se analiza la “politicidad” de la nueva pobreza, cuestión que si bien ya viene siendo abordada durante la última década por diversos científicos sociales, no está exenta –como no puede ser de otra manera- de acalorados debates en torno de sus aspectos funcionales. No existe comunidad, en ese sentido, cuyas interacciones excluyan relaciones de poder necesariamente asimétricas. Pero la especificidad de las últimas décadas en las barriadas marginales procede del protagonismo de liderazgos comunitarios asociados de distintas maneras con el Estado procurando atemperar los impactos de la exclusión social. Así, a los tradicionales clubes, sociedades de fomento, juntas vecinales, etc. se les han sumado otras menos perceptibles que suelen convertir a los barrios en un mosaico de lealtades y



contraprestaciones construidas sobre redes de distinta naturaleza. Su “politicidad”, expresada disruptivamente en las nuevas modalidades de protesta colectivas como los cortes de rutas, puentes y avenidas y, en un plano mas dramático, en saqueos y ocupaciones territoriales compulsivas procede, sin embargo, de una cotidianeidad sorda en la que las relaciones políticas se actúan todos los días de acuerdo a prácticas que involucran, masivamente, a la mayoría de los vecinos. En “Lugares de la Política”, entonces, los compiladores han seleccionado tres etnografías que abordan la “politicidad” de espacios sociales que confirman la citada heterogeneidad de los sectores populares del Gran

Buenos Aires: un barrio “bajo planes” regido por un movimiento “piquetero”; un prototípico barrio obrero en el polo industrial más importante del país; y un basural en cuyos márgenes se asentó una comunidad vecinal. Por último, en la sección “Sedimentaciones” los especialistas polemizan en torno de los estudios de última generación sobre la citada “politicidad” popular: la relación entre “lo social” y “lo político”, conjugado con “lo étnico” en zonas de afluencia masiva de inmigrantes procedentes de países limítrofes, y advirtiendo la necesidad de superar las miradas totalizadoras u homogeneizantes sobre la política en los territorios barriales y sus redes constitutivas.

Sin dudas, la obra compilada por Alejandro Grimson, María Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura resume los avances logrados por los estudios sociológicos y antropológicos de los últimos años sobre una problemática que quedó eclipsada hasta bien entrados los 90 por las preocupaciones en torno de la consolidación democrática y en los alcances de las mutaciones socioeconómicas. No obstante, algunas monografías dan la impresión de cierto mecanicismo en torno al uso de dicotomías espaciales y cardinales –pioneramente planteadas por Emile Durkheim y Marcel Mauss– útiles en tanto sean bien calibradas. La relevancia de estudios sobre las “moralidades” específicas es, por su parte, indudable; en tanto se las inscriba en un campo cultural más vasto cuyos valores tal vez requieran de una mayor profundización. En algunos textos no se establece una distinción enfática entre la dinámica de la política “nativa” –al decir de los antropólogos– de las comunidades y las identidades y sentidos imaginarios de dirigentes –casi siempre externos a éstas procedentes de experiencias militantes “setentistas” redefinidas a partir de los 80 y los 90. También es dable observar una visión demasiado esquemática que excluye de los barrios específicamente obreros una “territorialización de la política” sólo observable

en las zonas desindustrializadas; así como la dicotomía entre la “despolitización” de los 90 y la “repolitización” de los 2000 cuando, independientemente de sus rutinas y de sus formas, la acción política, con mayor o menor intensidad, es permanente. Por último, y sin dudar ni por un momento de la falsa dicotomía entre “lo social” y “lo político” de las movilizaciones populares de las últimas décadas, nos preguntamos si más allá de las intencionalidades excluyentes que los especialistas le atribuyen al denominado “neoliberalismo” aviesamente ocultas detrás de nuevas subjetividades como las de “militantes sociales” o “vecinos” –que, a diferencia de las clásicas de “pobres” y “villeros”– no serían advertibles, en los complejos pliegos de esas comunidades, fenómenos de movilidad social y espacial que esas miradas, terminantemente negativas sobre el impacto de estas políticas, se privan de antemano a contemplar.

El aporte más significativo de esta brillante colección de textos etnográficos está dado porque todos ellos han sido el producto de “trabajos de campo” exhaustivos que, como magistralmente lo señala la especialista brasileña Antonadia Borges en el epílogo, configuran un encuentro “horizontal”, “frente a frente”, y no asimétrico en el que, por momentos, los roles se invierten pasando el investigador a ser un vecino y los entrevistados nuestros investigadores. Sólo así, mediante esa mirada horizontal que, en más de una oportunidad, nos conduce a cerrar nuestras carpetas de observaciones y a apagar los grabadores para disfrutar de intercambios plétóricos de sensibilidad humana, es posible comprender al “otro” menos como un “sitio de heridas a sanar” o de réplica contestataria respecto de estados de necesidad extrema que como depositario de la inmensa capacidad creativa de la humanidad.



ESFUERZO DE LA CUESTIÓN

HISTORIA Y CINE. UNA RELACIÓN MUY PRODUCTIVA

POR CLARA KRIGER (UBA)

Las relaciones entre el cine y la Historia fueron evidentes desde los comienzos de la actividad cinematográfica. Las actualidades, predecesoras de los noticiarios, tuvieron como objetivo registrar hechos que se destacaran por su significación histórica o cultural. La meta era captar esos momentos e inmortalizarlos por medio de la imagen en movimiento. Registrarlos implicaba de alguna manera la posibilidad de manipular el tiempo, atesorar algo que había sucedido para utilizarlo cada vez que pareciera necesario.

También las primeras ficciones silentes recrearon episodios históricos, casi siempre fundacionales. Los géneros histórico y épico pronto mostraron que el cine tenía la capacidad de entretener mientras transmitía ideas y consolidaba relatos con fuerte carga identitaria.

Pero aunque el cine acogió a la Historia desde muy temprano, tuvieron que pasar muchos años para que las películas fueran utilizadas como herramientas didácticas o como fuentes en una investigación académica. Las dificultades se centraron en el escaso grado de verosimilitud que los académicos adjudicaron a las narraciones cinematográficas, a la hora de considerarlas como discursos pasibles de ser incluidos en investigaciones o clases, o en todo ámbito que privilegie la contrastación empírica. El tema, como veremos, ha sido largamente discutido y complejizado hasta que finalmente la Academia comenzó a amalgamar una relación con el cine, en un contexto

de renovación historiográfica general, cuando se produjo una aproximación entre la Historia y otras Ciencias Sociales y se comenzó a prestar especial atención al mundo simbólico y de las representaciones como elementos fundamentales en la construcción de la Historia y la memoria colectiva.

Una reseña de los principales aportes teóricos

Hacia mediados de los años 70 autores como Marc Ferro y Pierre Sorlin comenzaron a plantear sistemáticamente algunos de los fructíferos resultados teóricos que era posible obtener cuando se relacionaban el cine con la Historia o con la Sociología.

Marc Ferro planteó dos de los conceptos más interesantes que al respecto se produjeron en esos años, y que aún son citados en todo texto que intente el análisis de películas desde la perspectiva de los historiadores o científicos sociales. Según Ferro, las películas pueden considerarse como agentes de la Historia si tenemos en cuenta su incidencia sobre la realidad social y política. Con la frase "cada película posee una historia, que es Historia" (Ferro 1980:15) Ferró llamaba la atención sobre la necesidad de entender al filme más allá de su anécdota, como agente transformador. Así, sin desvalorizar la facultad del filme para contar una historia aludiendo

a ciertos referentes reales, subraya la capacidad del mismo para accionar y modificar la realidad, lo que hoy denominaríamos su potencial como herramienta de construcción de lo real. El cine político y las posvanguardias de esos años también reivindicaban esta caracterización respecto de los objetos artísticos.

El segundo concepto, complementario del primero, proponía que el cine puede ser también fuente de la Historia. Según su hipótesis, "...el film, imagen o no de la realidad, documento o ficción, intriga auténtica o mera invención, es Historia. (...) (A) quello que no ha sucedido, las creencias, las intenciones, lo imaginario del hombre, tiene tanto valor de Historia como la misma Historia." (Ferro 1980:26). Esta aseveración nos habla de los significados que el cine puede aportar para la comprensión de un período dado, no sólo por lo visible o no visible, sino por cómo lo muestra o cómo lo deja de lado. Aquí la discusión sobre el grado de veracidad de la representación se diluye en favor de incorporar al análisis la aproximación socio-histórica que autoriza toda producción simbólica.

Luego Pierre Sorlin enriquece el enfoque al explicitar que los filmes no son un simple efecto de la infraestructura económica, que definirlos como producciones ideológicas no lleva a sostener que son el reflejo de la sociedad. La idea que empieza a imponerse en este sentido es que los textos audiovisuales expresan a la sociedad y lo hacen tanto a partir de la anécdota que cuentan, como de las formas elegidas para hacerlo, es decir de los conjuntos y las articulaciones de signos que conforman cada texto. Es por eso que Sorlin hace hincapié en un método de trabajo para el abordaje textual (*découpage*) que luego permita interpretaciones productivas. Sorlin estudia las formas de los filmes para poder realizar una lectura profunda de los mismos y hallar la manera en que esas formas conectan con otros discursos de la realidad.¹

Como dijimos, en el fondo de estas posturas y de las voces que se alzaron para rebatirlas en nombre de la verdad histórica, se juegan las adhesiones a diversas corrientes historiográficas, a sus definiciones de realidad y de representación. Por otro lado, aunque muchos académicos acordaban teóricamente con las nuevas posturas, cuando llegaba el momento de la práctica encontraban que los filmes giraban en torno de ficciones sostenidas por un sistema de verosimilitud interno a la narración, y se preguntaban de qué manera era posible utilizar esos materiales en sus clases o en sus investigaciones sin que se vuelvan elementos meramente ilustrativos.

En los 70 tanto Ferro como Sorlin, pensando en diferenciar la realidad y la representación, propusieron una clasificación del cine histórico de ficción dándole preeminencia a la

I Ambos teóricos se ocuparon de señalar que en el cruce de la historia y el cine también se encuentra el área de la historia del cine, que aunque no la desarrollamos aquí es muy importante a la hora de pensar el cine, no sólo como objeto estético, sino como objeto cultural.

intencionalidad del realizador o productor. Así señalaron la existencia de películas de valor histórico o sociológico, cuando poseían un contenido social y con el tiempo podían convertirse en testimonios importantes de la Historia o de las mentalidades de cierta sociedad o época. Es muy interesante subrayar aquí que el valor del filme estaría dado por su capacidad de testimoniar y que, amparado por esta función, parecía indubitable su utilidad como herramienta de estudio.

Además, reconocieron la importancia de las películas que evocan sucesos o personajes históricos, distinguiendo aquellas cuyo enfoque no es muy riguroso, de aquellas con una voluntad directa de "hacer Historia", dentro de la visión subjetiva del guionista y/o realizador. Aquí vemos el inicio de un planteo que luego profundizará Robert Rosestone puntualizando que los realizadores cinematográficos que quieren producir un discurso histórico comparten con los demás historiadores los límites que le marcan las condiciones de producción de dichos relatos.

Actualización en el uso de la herramienta audiovisual

En los últimos años Rosestone hizo aportes valiosos para el abordaje de los filmes en clave histórica. Su mayor contribución es la de entender el cine histórico como un relato donde se construye la Historia, donde se agitan las mismas problemáticas que en derredor de cualquier discurso histórico. En el caso de los filmes se suman las dificultades que derivan de sus características propias del lenguaje audiovisual.

Rosestone afirma que el cine no refleja la Historia sino que la crea, no refleja la realidad sino que la construye en base a los criterios de la sociedad que produce una determinada cinematografía, por lo que las películas deben ser analizadas en relación con el contexto histórico en el que surgen.

Su intervención provoca que el centro de las discusiones sobre la utilización del texto audiovisual en el ámbito académico se desplace hacia las capacidades

de la representación en toda su complejidad. La representación deja de ser sólo aquello que sustituye lo real, o el objeto textual creado con la intención de persuadir o transmitir una idea, para ser un texto, que trabaja con diferentes lenguajes, construido a partir de modelos que condicionan las formas de contar lo real. Estos modelos narrativos y estéticos delimitan maneras institucionalizadas de concebir la realidad y generan otras marginales que pugnan por rasgar lo establecido para ofrecer concepciones nuevas. También se habla de representar en el sentido de volver a presentar, de resemantizar lo que en un momento fue mostrado.

Lo cierto es que en la actualidad, a pesar de todas las prevenciones que reseñamos, se puede observar que los científicos sociales y los historiadores incorporan cada vez con mayor fuerza los textos audiovisuales en sus trabajos. Una consecuencia de ello es el conjunto de trabajos producidos por investigadores que no son especialistas en la imagen, como libros sobre noticieros y documentales, o ponencias, artículos y ensayos que giran en torno al análisis tanto de documentales como de películas de ficción.

Dentro de ese conjunto se pueden observar claramente dos enfoques: el de los estudios culturales que parten del contexto para buscar en el texto audiovisual las huellas de la Historia, y el de los formalistas que parten del texto para buscar en el contexto relaciones y anclajes en el análisis.

En el primer caso, se examina la materialidad fílmica del texto audiovisual para encontrar rastros que confirmen una conjetura previa sobre ciertas características de un período histórico. La idea es, por lo general, poner en diálogo las películas con otros textos que circularon paralelamente, para demostrar que los filmes refuerzan, a través de los discursos de los personajes o la utilización de distintas figuras retóricas, algunas ideas presentes en la sociedad.

Quienes asumen este método de trabajo parten de una fuerte

idea previa sobre qué debería decir la película o sobre qué deberían hallar en ella, buscando que conecte correctamente con el análisis de la realidad al que adhieren. La ventaja evidente es que para ello no se requiere de un dominio del lenguaje cinematográfico y la desventaja es que muchas veces se encuentra lo que se busca, aunque en ese camino se fuerce la lectura del filme.

El método de trabajo que proponen los formalistas es más arduo y requiere de una destreza en la lectura de imágenes, así como algunos conocimientos sobre la historia del cine, es decir sobre sus modelos de representación y narración.

Esta forma de trabajo parte del abordaje formal del texto sin hipótesis previas, más allá de las hipótesis que maneja todo investigador cuando se enfrenta con una nueva fuente que va a analizar. La idea es que en el trayecto que comprende la descripción de las formas es posible encontrar indicadores que por alguna razón llamen la atención del investigador y que luego, al ser relacionados con el contexto, le permitan formular hipótesis sobre las películas y sobre la sociedad que las produjo.

Se trata de un trabajo abductivo basado en la búsqueda de indicadores textuales que habiliten al investigador o docente a formular lecturas productivas acerca de los filmes. Desde esta perspectiva el filme aminora su aporte testimonial y se convierte en una puerta de entrada para entender otras prácticas de la sociedad, porque el cine representa y expresa la serie social, pero también la construye aportando capital simbólico al entramado de ideas, axiomas y prácticas culturales que se vuelven significativas en un determinado período.

Bibliografía

Ferro, Marc, *Cine e Historia*. Barcelona, Gustavo Gili, 1980.

Monterde, José Enrique, *Cine, historia y enseñanza*. Barcelona, Editorial Laia, 1986.

Rosestone, Robert, *El pasado en imágenes: El desafío del cine a nuestra idea de la historia*. Madrid, Ariel, 1997.

Sorlin, Pierre, *Sociología del Cine. La apertura para la historia de mañana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Zunzunegui, Santos, *Historias de España. De qué hablamos cuando hablamos de cine español*. Valencia, Ediciones de la Filmoteca, 2002.

Zunzunegui, Santos, *El extraño viaje. El celuloide atrapado por la cola, o la crítica norteamericana ante el cine español*. Bilbao, Episteme, 1999.

Presentaciones de libros

MARÍA MATILDE OLLIER, *DE LA REVOLUCIÓN A LA DEMOCRACIA. CAMBIOS PRIVADOS, PÚBLICOS Y POLÍTICOS DE LA IZQUIERDA ARGENTINA*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2009, 300 PÁGINAS.

POR LUIS ALBERTO ROMERO (UBA-CONICET-UNSAM)

Presentación realizada en la Escuela de Política y Gobierno de la UNSAM, 24 de abril de 2009, en el marco de las III Jornadas sobre Partidos Armados, que organizó el Centro de Historia Política de la UNSAM; participaron también Guillermo O'Donnell y la autora.

Permítanme decir inicialmente algo en mi carácter de editor de este libro, que aparece en la serie *El pasado presente* de la colección *Historia y cultura*. La intención de esta serie es reunir trabajos que se ocupen de lo que se suele llamar “el pasado reciente” y que hemos querido circunscribir, en nuestra serie, a la parte conflictiva de ese pasado, la parte “que duele”. En la Argentina se trata de un período de extensión variable; quizás puede decirse que cubre ampliamente la segunda mitad del siglo XX. Quienes escriben sobre esta época tienen habitualmente más preocupación por la militancia, por la justificación y por la administración de justicia retrospectiva que por la comprensión de lo que ha pasado. En ese contexto, el libro de María Matilde Ollier –más preocupada por comprender que por juzgar, como quería Marc Bloch– resulta perfectamente pertinente en esta serie, por su aporte, lúcido, distanciado y a la vez comprometido, de un proceso importante de nuestra historia.

La primera parte de este estudio fue publicada hace ya unos años con el sugestivo título de *La creencia y la pasión*. Allí, María Matilde Ollier trabajó con un conjunto de entrevistas, realizadas en 1992, para explicar el pasaje de un conjunto de jóvenes desde la vida civil y habitual a la práctica revolucionaria armada. En este libro se analiza el tránsito de ese grupo desde el derrumbe de las organizaciones armadas hasta la inserción en la Argentina democrática, pasando por esa suerte de travesía del desierto que fue el exilio, exterior e interior.

La autora se propone entender los cambios en las subjetividades e identidades, puestas en contexto de las situaciones. Para las subjetividades, recurre no sólo a las técnicas de la historia oral sino también al instrumental que



ofrece el psicoanálisis, un camino en el que confieso no poder seguirla. Las situaciones son analizadas con las herramientas habituales del historiador y el politólogo, pues María Matilde transita con comodidad por los dos territorios. En su visión, estos destinos individuales transcurren en tres carriles: lo personal, lo político y lo público.

La primera parte de esta historia transcurre durante el proceso de desmantelamiento y liquidación de las organizaciones armadas. Varias experiencias se cruzan en el recuerdo de sus protagonistas.

En primer lugar, el derrumbe del mundo compacto e integral en el que han vivido durante los años anteriores. Simultáneamente, se da la toma de distancia, la manifestación de la disidencia, el cuestionamiento y la crítica. Un proceso de “darse cuenta”, que sin duda tiene precedentes literarios. El que recuerdo ahora es el de Arthur Koestler, narrado en uno de los tomos de sus memorias: La escritura invisible. El joven comunista alemán y judío de principios de la década de los 30, sólidamente formado por el partido Comunista, debe emigrar y refugiarse en la Unión Soviética. Recorre sus zonas profundas, hasta la Siberia, y deja un testimonio en el que la realidad construida en su mente a partir de la doctrina partidaria comienza a chocar con la otra realidad, la observada. Koestler, que hizo un notable esfuerzo de reconstrucción de su memoria, va precisando paso a paso los momentos del distanciamiento, las sorpresas, las desilusiones, las tensiones y conflictos, que culminan, años después, con el abandono del partido y la asunción de una posición radicalmente crítica de la experiencia soviética.

Algo de eso hay en estas historias. Las voces de los actores que revisan su pasado se entrelazan con la de la autora, quien va señalando, aquí y allá, su propia crítica, que es a la vez política y humanitaria. En cierta medida, se trata de una intervención que perturba; pero también, que ayuda a encuadrar en un contexto hoy compartido el remanente de fantasías retrospectivas, entre omnipotentes y aterradoras, de los entrevistados. En medio del derrumbe, los militantes de los 70 comienzan a mirar desde afuera, a evaluar con otros parámetros, a percibir la distancia entre los propósitos y las realizaciones, y finalmente

a juzgar los propósitos mismos. Esta reevaluación política va acompañada de otra personal: la de quien, en un momento en que la militancia cotidiana se detiene, se pregunta qué quiere hacer con su vida, con los años que le han sido concedidos para transitar en este mundo, y empieza a separar lo que concierne a su realización de lo relativo al nuevo mundo a construir. Ambas reflexiones –la política y la personal– se entrelazan con algo que es una sensación, intensa y dominante: el miedo, el pánico, la percepción de la orfandad y de la fragilidad.

La segunda parte de la historia corresponde al exilio. Un concepto que engloba situaciones ciertamente diferentes. Hubo quienes sufrieron cautiverio y quienes vivieron en libertad. Hubo exiliados en el exterior y quienes vivieron en el exilio interior. El exilio exterior permite a los militantes, que habían vivido largamente encerrados en su organización o su célula, tomar contacto con otras familias políticas, inclusive las que no estuvieron vinculadas con la lucha armada. Comparan experiencias, relativizan el propio trayecto y desarrollan una mirada más amplia. Es también el tiempo para leer y formarse. Para elegir libremente qué se va a leer. También, para conocer los nuevos aires del mundo y enterarse, por ejemplo, del crecimiento de todo lo relativo a los derechos humanos, un territorio donde la militancia revolucionaria pudo modular, sin rupturas demasiado estridentes, hacia la cultura democrática.

El exilio interior –vivir en el propio país, en los márgenes– se asocia con el desarrollo de la “esfera pública”, un territorio que para la autora es decisivo en el tránsito que estudia. Es la zona de la actividad cultural disidente, contestataria o resistente. Es la zona de la convivencia con

quienes no han tenido esa experiencia revolucionaria, pero son igualmente marginados por la represión. En este territorio compartido, quienes vienen de la militancia revolucionaria comienzan a practicar la convivencia y la discusión con quienes piensan diferente. Se aprenden nuevos lenguajes, poco cultivados en el ámbito de la militancia revolucionaria, y finalmente, quizá, se incorporan nuevos valores.

En esta sección, el aporte de María Matilde Ollier es importante para una cuestión que juzgo clave en estos temas del pasado que duele. Se trata de las zonas grises del comportamiento humano, que no es reductible a la dupla bueno/ malo. Sobre lo que cada uno hizo durante estos años de la represión hay, naturalmente, distintas opiniones. Hay diferentes escalas de valores, que dependen, al menos en parte, del sitio en donde el destino colocó a cada uno. Un ejemplo extremo: algunos que vieron esta historia desde Suecia, han afirmado que todos los que permanecieron en el país fueron colaboracionistas. El comportamiento bajo circunstancias de represión es el terreno favorito de quienes se colocan en la posición de jueces, y donde más raro es el ejercicio de la comprensión.

En este aspecto, es muy valiosa la exploración de la autora sobre los dispares comportamientos de sus entrevistados, las alternativas que tuvieron y la posibilidad de que cada comportamiento sea valorado de forma diferente, ya sea en el momento o posteriormente. Hay quienes han sobrevivido colaborando; hay quienes simplemente concedieron; hay quienes hicieron algo, para mantener abiertos los espacios y vivas las voces, a costa de no explicitar completamente sus ideas. Se

trata, en suma, de construir una visión más compleja y matizada de la experiencia de vivir en dictadura. También es bueno desarrollar una visión igualmente compleja y matizada del campo de la represión, como la que por ejemplo inició Guillermo O'Donnell con sus ideas acerca de los *kappos*.

Un caso paradigmático de esta complejidad –cambiante complejidad– es el del famoso artículo que la siempre admirada y respetada María Elena Walsh publicó en 1981 en *Clarín* acerca del “país jardín de infantes”. Quienes vivimos en el país entonces recordamos la impresión que nos produjo esa voz, por entonces única, que planteaba una crítica a la dictadura. María Matilde Ollier recuerda, incidentalmente, que el texto incluía una estigmatización de los ex revolucionarios. En realidad era algo más; bastante más: una declaración inicial acerca del reconocimiento que merecían las fuerzas armadas por haber acabado con la subversión. Puede leerse el texto completo en el libro de Novaro y Palermo. Creo que en su momento no dimos importancia a ese párrafo, que juzgamos retórico; apenas una concesión obligada, que posibilitaba decir lo siguiente. Pero fue dicho, como muchas otras cosas en esos años. Visto en conjunto, ejemplifica adecuadamente esta cuestión de las zonas grises.

La tercera y última fase señalada por María Matilde es la de la transición a la democracia. Se trata de un contexto nuevo, que abre a los ex militantes muchas oportunidades de reinserción. En todos los casos, se trata de personas más maduras, más leídas, más viajadas, que miran el pasado y el presente de manera más compleja. Pero a esa altura de sus vidas, la experiencia de

los entrevistados no puede ser reducida a unos pocos parámetros. El abanico que nos presenta María Matilde contiene distintas historias y distintos balances. Muchos, pero no todos. Faltan por ejemplo casos más extremos, del estilo del de Mario Montoto, que integró la más alta jerarquía en la organización Montoneros y se convirtió en empresario vinculado a las fuerzas armadas, cuya protección suele impetrar a la Virgen María.

Confieso que a esta altura de mi lectura tenía una preocupación: que la historia aquí narrada tuviera un final único, feliz y moral. Que el título del libro – “de la revolución a la democracia” – aludiera no solo al cambio de contexto y situación sino a una transformación uniforme de las creencias de sus actores. Algo que hiciera sospechar que se trata de una construcción retrospectiva de la autora, elaborada y acomodada con vistas a ese final.

Categoricamente, no se trata de eso. Las referencias a la guerra de Malvinas, en estas entrevistas realizadas diez años después del episodio, muestran que el nacionalismo más duro, soberbio, paranoico y agresivo, permanece incólume en los imaginarios. Los recuerdos de la etapa revolucionaria no concluyen, en general, en una crítica de la violencia, sino, más bien, en una relativización: fue adecuada en cierto momento; las circunstancias la justificaban. Ni siquiera hay una condena absoluta y explícita de la violencia asesina. Aunque hay un distanciamiento de aquella experiencia, la idea de la violencia como partera de la historia sigue ejerciendo su mágica atracción.

Hay otra pregunta, no formulada en estas entrevistas de 1992, que surge en una lectura realizada en 2009. Se refiere al aprendizaje del liberalismo y la

democracia, realizado durante la travesía, interior o exterior. ¿Hasta qué punto fue profundo y consistente? ¿No se limitó, acaso, a la incorporación del lenguaje y las fórmulas adecuadas para desenvolverse en la nueva situación? Apreciar el liberalismo, cuando se es perseguido, parece bastante natural. Percibir los derechos humanos como una protección contra el poder aniquilador puede ser una elección racional. La cuestión es si se siguen sosteniendo esas prácticas, esos lenguajes, esos valores, cuando se vislumbra, finalmente, que “el poder” está otra vez al alcance de la mano. ¿Se sigue con Habermas o se vuelve a Carl Schmitt? Alguna vez me pregunté cuánto interés, más allá del académico, tenía un libro dedicado a un grupo “en retirada”. A la luz de nuestro último ciclo político, encuentro que, además de sus méritos académicos, tiene una gran actualidad y mucho potencial explicativo.

ENTRENANOS

“CUALQUIER DISCIPLINA SOCIAL QUE NO LOGRE DAR CUENTA DE SUS PROPIAS CONDICIONES DE PRODUCCIÓN PIERDE SU CONDICIÓN DE SABER CIENTÍFICAMENTE CONSTRUIDO”

ENTREVISTA A ALEJANDRO CATTARUZZA

POR SABRINA AJMECHET (CONICET-UNSAM)
NICOLÁS SILLITTI (UBA-UNSAM)
MARÍA JOSÉ VALDEZ (UBA-UNSAM)

Alejandro Cattaruzza es profesor de Teoría e Historia de la Historiografía en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de Rosario. Entre sus libros más importantes se cuentan *Políticas de la Historia* –escrito en colaboración con Alejandro Eujanian-, la dirección de uno de los tomos de la *Nueva Historia Argentina* editada por Sudamericana, un posfacio a *El Hombre que está solo y espera* y *Los usos del Pasado*, recientemente publicado.

Las disputas por el sentido de la Historia, los múltiples relatos sobre el pasado, contruidos no sólo en sede académica, sino en muchos otros espacios sociales y sus distintos modos de apropiación constituyen los temas principales de las reflexiones de Cattaruzza.

Hemos pensado esta entrevista con el objeto de recorrer la trayectoria de un pensamiento. Buscamos destacar las contingencias y las preocupaciones, muchas veces casuales y extra-académicas, que influyen en la elección de objetos y temas de investigación. Nuestra intención es atisbar las formas en que las ciencias sociales desbordan el carácter profesional, para transformarse en un modo de vida de docentes e investigadores

P.: Lo primero que queríamos preguntar es por qué se te ocurrió estudiar historia. Y, en ese sentido, ¿cuál fue tu formación, dónde lo hiciste y con quiénes?.

A.C.: Creo que desde tercer año del colegio, precisamente en 1973, lo tenía más o menos claro. Mi impresión es que se juntaron algunos

intereses previos, algunas lecturas anteriores, con una cuestión más coyuntural; coincidieron entonces el gusto por la historia y el comienzo de alguna forma de militancia política. En el colegio secundario formamos un grupo de estudio con algunos amigos y compañeros de militancia; recuerdo que me sorprendí mucho cuando caí en la cuenta de que José María Rosa (que era peronista y revisionista) y que Rodolfo Puiggrós (que no era revisionista pero sí peronista) ofrecían explicaciones históricas absolutamente diferentes para, por ejemplo, la Revolución de Mayo, y disentían también acerca de cuáles habían sido los efectos del monopolio. Lo que me sorprendía –una sorpresa que sólo podía ser adolescente- era que dos personas con una filiación política tan clara en el peronismo desde hacía ya muchos años pudieran sostener visiones tan

diferentes del pasado.

El grupo de estudio se disolvió pronto, desde ya. Comencé la carrera de Historia, en Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, apenas ocurrido el golpe militar de marzo de 1976 y me recibí en 1981. Hice toda mi carrera en tiempos de la dictadura y creo que la formación dejó mucho que desear en varios sentidos. Después de la apertura democrática de 1983-1984, muchos de los que habíamos estudiado en esos tiempos y que seguíamos vinculados a la historia, tuvimos que –prácticamente- reeducarnos. Reeducarnos tanto en lo que

hace a la biblioteca que habíamos manejado que, salvo excepciones, no estaba ni medianamente actualizada, y también en lo referido a procedimientos y prácticas que hacen al funcionamiento del mundo universitario. La idea de que existían algunos modos de evaluación de la actividad académica y de que ponerlos en práctica era importante; en la Facultad en la que yo estudié, casi no estaba en el horizonte.

P.: En este recorrido, ¿por qué elegiste Teoría de la Historia e Historiografía como campo de investigación? ¿Qué fue lo que te atrajo de esto? Es más, ¿existía alguna materia similar a ella?

A.C.: En estos temas, conviene distinguir entre el campo de investigación y la estructura más rígida de las materias y el plan de estudios, que no siempre coinciden. Acerca de la última pregunta, existía una materia que se llamaba Introducción a la Historia; allí se veían algunos temas historiográficos. También había otra, con la misma denominación que la actual, Teoría e Historia de la Historiografía, en los últimos años de la carrera; cuando yo la cursé, se veía poco más que el libro de Collingwood, *Idea de la historia*.

Por otro lado, en lo que hace a la elección, como en muchas de estas cuestiones hay en realidad una mezcla de opción –a veces por gusto, a veces por importancia que se atribuye al tema–, de azar y de oportunidad. Hacia 1984 estaba trabajando en un profesorado y me ofrecieron hacerme cargo de esa materia. Volví entonces a la Facultad a recursar como oyente Teoría e Historia de la Historiografía, que en ese entonces, ya luego de la dictadura, había quedado a cargo de Ángel Castellan. Mi intención era acceder a bibliografía nueva, discutir algunos temas específicos, conseguir una formación más sólida en el área, con vistas a aquel cargo en el profesorado. A partir de allí trabé

una relación con Castellan; además, yo tenía una relación previa con Leticia Prislei que también trabajaba allí y al año siguiente, en 1985, ingresé a la cátedra como ayudante. Los temas de historiografía siempre me habían interesado y me parecían relevantes, pero también otros, que en la estructura de las asignaturas estarían en Argentina III, o incluso Contemporánea.

P.: ¿Tiene la historiografía argentina alguna particularidad como objeto de estudio? Es decir, ¿sería lo mismo dictar dicha materia o trabajar en ese campo acá que en otros países?.

A.C.: Eso depende de cómo se conciba la agenda de problemas del área de estudios. Si se entiende que ella se refiere a unos intelectuales que por razones aleatorias, o por su capacidad individual, proponen ciertos modos de hacer historia y ciertas visiones del pasado, la historia de la historiografía se reduce a una historia de sujetos aislados, más o menos talentosos. Desde una perspectiva de este tipo, creo que es prácticamente lo mismo que el objeto de estudio sea la historiografía argentina, italiana o inglesa, salvo por el hecho de que allí existen más recursos y, quizás, más historiadores que valga la pena atender, pero el interés estará reducido, en todos los casos, a historiadores en solitario o cuando mucho, a grupos que se imaginan sólo reunidos por afinidad intelectual.

En cambio, si el problema que se entiende importante es el que atañe al funcionamiento de ciertos espacios sociales, en este caso dedicados a la enseñanza y la investigación en historia, a los vínculos que esos espacios sostienen con el mundo cultural y político en sentido amplio, a las imágenes del pasado que se construyen por fuera de la historia profesional, a las disputas políticas y sociales por controlar o difundir esas imágenes, no da lo mismo un ámbito nacional que otro porque esas articulaciones y vínculos,

puede presumirse, son peculiares en cada caso. Si el programa de investigación indica que de lo que se trata es de indagar las imágenes del pasado que se construyen y circulan en una sociedad, sea en los ámbitos académicos o fuera de ellos, la investigación difícilmente escape al horizonte nacional, incluso local, aunque en la producción erudita, a cierta altura de la profesionalización, las corrientes y los movimientos internacionales pesan también.

Puede tomarse como ejemplo el área que hoy suele llamarse historia y memoria, aunque sería preferible hablar de los estudios históricos sobre la memoria. Ese es uno de los campos más visitados y transitados en el escenario internacional desde hace un tiempo –bastante más del que se supone, por otro lado–, que está, digamos, de moda. Esa última circunstancia no siempre es benéfica, porque se corre el riesgo de que parte de la producción sea efímera y fruto de un trabajo algo apresurado. Paolo Rossi fue preciso cuando sostuvo, casi textualmente, que él frecuentaba el continente ‘memoria’ cuando era un continente solitario, en los años 50, y que en los años 90 lo encontraba, para su disgusto, lleno de turistas fugaces y gritones. La expansión de esta zona de estudios comienza en Europa aproximadamente en la segunda mitad de la década de los 70 y a comienzos de la siguiente el fenómeno se acelera. Ahora bien: en la Argentina, en tiempos de la dictadura, los profesores y los investigadores –en su enorme mayoría– ni siquiera consideraban que los fenómenos de memoria pudieran constituir un objeto de estudio para la historia. La apertura a perspectivas, métodos y asuntos cercanos se produjo en 1984, con la democracia, aunque sin un retraso excesivo respecto de la producción internacional. Aquí, sin embargo, esa preocupación tomó más bien la forma de la historia oral; aunque haya puntos en común, ese no es exactamente el mismo intento, por

ejemplo, que el que anima el estudio de los lugares de memoria en el siglo XIX, que entre otros asuntos asumió Pierre Nora. En el caso en cuestión, en la Argentina, es así muy difícil distinguir qué elementos estuvieron relacionados con la situación de la historiografía internacional y cuáles se vincularon, en cambio, con la situación política local. Luego, podría abrirse la pregunta acerca de cómo se relaciona el debate político-cultural, el contexto académico y el proceso más propiamente político con los ritmos de la producción sobre la memoria y la historia oral, e inclusive sobre la historia reciente.

P.: ¿Y cómo está el campo de la historiografía hoy en la Argentina? Si tuvieses que hacer un balance de los últimos 25 años sobre el desarrollo de la historiografía local, ¿qué dirías?

A.C.: En principio, hay un dato clave, que los muy escasos y -con algunas excepciones- poco sugestivos estudios sobre la historiografía argentina reciente no tienen en cuenta y que hay que considerar: la condición de posibilidad de los procesos que caracterizan los últimos 25 años de historiografía argentina es el funcionamiento democrático en un sentido muy lato y poco sofisticado del término. No es del caso discutir si es precisa esa denominación para la realidad política e institucional argentina; en cualquier caso, se prefiera la denominación que se prefiera, esa realidad política cumple aquel papel. El examen de la historiografía argentina, cualquiera sea el diagnóstico que se haga de ella, no puede dejar de tener en cuenta que la democracia es una de las notas centrales del contexto. Puede tomarse otro ejemplo: se admite, en general, que la historiografía en la Argentina durante la década de 1970 debe analizarse considerando la cuestión del compromiso político del intelectual y la importancia de la radicalización política, aquí y en el mundo; esto significa que se

admite que el contexto político y cultural debe estar incluido en un estudio de la historiografía. No veo por qué razón esa misma premisa habría de suspenderse cuando se examina la historiografía en los tiempos de la democracia. Por el contrario: la democracia no es un dato dado, natural, y las relaciones de las instituciones académicas y universitarias con su "exterior", donde también se libran procesos de disputa por las interpretaciones del pasado, es delicada y compleja en un contexto de este tipo. Ese es un problema a examinar y hay que hacerse cargo de él, porque cualquier disciplina social que no logre dar cuenta de sus propias condiciones de producción pierde su condición de saber científicamente construido.

Junto a ese punto de partida, una cuestión importante en los últimos 25 años es el desarrollo de un proceso de profesionalización (o de reprofesionalización, como plantea Nora Pagano), que entre otras cosas supuso la puesta en práctica de una serie de mecanismos que terminaron estableciendo muchas más mediaciones entre el contexto político inmediato y el mundo académico que las que habían existido en las décadas anteriores. Lo que ocurrió con el reclutamiento del personal universitario lo revela con claridad. Entre 1943 y 1946, aproximadamente, se produjo el desplazamiento de muchos profesores universitarios por motivos políticos. Luego del golpe de Estado de 1955, los peronistas activos no ingresaban al cuerpo de profesores de la universidad. En 1966 se fueron otros profesores en la "Noche de los bastones largos". En 1973, las puertas se abrieron para el peronismo, en particular para el peronismo de izquierda. En 1976, es sabido, el mecanismo se repitió y esta vez hubo vidas en juego. Eso, en 1984, dejó de funcionar así, porque se empezó a establecer paulatinamente una distancia mucho más sólida entre la situación

política coyuntural –subrayo lo de coyuntural-, inmediata, y las pautas de conformación de los elencos del sistema de investigación y universitarios.

Por eso señalaba que el funcionamiento de este tipo de conjuntos institucionales en tiempos democráticos es un problema complejo que debe ser estudiado con atención. En aquel fenómeno estuvo involucrada no sólo la política universitaria, en términos amplios, del gobierno de Alfonsín, sino que la consolidación de las nuevas mediaciones resultó de la puesta en marcha paulatina de mecanismos de evaluación académica: concursos, arbitrajes en el caso de las publicaciones, evaluaciones cruzadas, por ejemplo. Se suponía que esas evaluaciones ponían en su centro consideraciones académicas y profesionales. No importa ahora si esos mecanismos no son del todo transparentes, como puede sospecharse sin demasiadas dudas; eso forma parte de otra discusión. Lo crucial es que luego de 1984 nadie exigía determinada filiación política para ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras; eso se ve incluso en la composición de los nuevos grupos de profesores y ayudantes. Claro que la asunción de ciertas posiciones políticas podía colaborar en el posicionamiento universitario; de todos modos, no conozco estudios en regla sobre la situación a escala nacional.

Desde otro punto de vista, tanto en lo que hace a los concursos como a los ingresos a instituciones como el CONICET, es destacable que ningún sector historiográfico significativo -ni los más conservadores ni los que se pretenden críticos más radicalizados- impugnaron el sistema de concursos en tanto mecanismo general. Se han discutido reglamentos y recusado determinados resultados, a veces con mucho fervor, pero siempre argumentando, justamente, que en ese caso específico no se habían

cumplido las reglas que debían cumplirse. Puede ser que esto hoy en día esté cambiando –habría que pensar qué efectos tendrá la implantación de carreras docentes, combinadas con los concursos-, pero hasta hace poco funcionó de este modo. Esto señala que se admitía que el sistema de concursos constituía un mecanismo apreciable y que debía tratarse de que funcionara lo mejor posible. Insisto: no se trataba de que no se cuestionara un resultado, sino de que cada cuestionamiento se hacía sin objetar el mecanismo general; por el contrario, se criticaba que en tal o cual caso no se hubieran cumplido los criterios establecidos.

El otro punto importante es que, al mismo tiempo que se daba esa reprofesionalización, el debate público sobre la historia nacional se aquietaba, al menos respecto del librado en los años 60 y 70. Algunos colegas señalan que los 70 no tienen por qué ser tomados como la pauta de comparación, y que por el contrario son antes la excepción que la regla en lo referido a las polémicas públicas sobre la historia; puede que sea así. Pero por otro lado, sin embargo, la intensidad del debate sobre el pasado en los 60 y los tempranos 70, entre 1955 y 1976 aproximadamente, tiene pruebas suficientes. Agrupaciones políticas volaban bustos de algunos próceres; los actos de homenaje en los aniversarios de la Vuelta de Obligado se transformaban en actos políticos peronistas. Incluso los resultados de prácticas mucho más eruditas que las anteriores llevan huellas de esa intensidad; así, en un tomo como *Modos de producción en América Latina* (el cuaderno 40 de *Pasado y Presente*, de comienzos de los años 70) Ernesto Laclau, Juan Carlos Garavaglia, André Gunder Frank y otros historiadores y científicos sociales asociaban –a veces explícitamente– el debate sobre las formaciones económico-sociales y los modos de

producción, un debate sin dudas historiográfico, con la estrategia que debía seguir la izquierda política. Estas estrategias estaban sujetas a la apropiación del diagnóstico que planteaba la existencia de un capitalismo latinoamericano desde la conquista, o del que indicaba que el capitalismo no se había alcanzado todavía; o de la decisión acerca de la existencia o no de burguesías nacionales, fundada también en estudios históricos. En la Argentina de los años de la democracia, el debate público sobre el pasado nacional fue más sosegado, librado con menos estridencia, aunque sin duda hubo momentos de suba. Esto vale sobre todo en lo que se refiere al siglo XIX; un examen acerca de las imágenes de la dictadura o de la violencia política podría dar otro resultado, pero en todo caso, en comparación con aquellos otros tiempos, las discusiones se habían apaciguado. Esto se relaciona también con el hecho que uno de los actores principales del debate intenso, el revisionismo, que había logrado grandes éxitos de público entre 1955 y 1976, estaba en baja. Y eso por varias razones: habían muerto varios de sus representantes más connotados; con la excepción de grupos cercanos a la izquierda nacional, se encontraba en un proceso de cooptación por el Estado durante el gobierno de Menem – hoy en día es un instituto nacional-; en fin: en un mundo cultural que discutía de manera acotada sobre el pasado, el revisionismo parecía haberse aquietado también.

Hay otro punto crucial para la situación de la historiografía en términos relativamente estrechos, es decir, de la historiografía con sede en la universidad o en el sistema de investigación, no de la del debate más amplio: lo que podríamos llamar el crecimiento demográfico. Hay que considerar el egreso anual de estudiantes de entre 15 y 20 carreras universitarias de Historia en todo el país desde hace 25 años, en

un contexto de profesionalización que suele acarrear una fuerte especialización, al menos durante un período. Halperin Donghi ha señalado alguna vez que cuando dirigió la *Historia Argentina* de Paidós, alrededor de 1970, no podía contar con el número de especialistas para convocar del que dispusimos algunos de nosotros cuando dirigimos los tomos de la *Nueva Historia Argentina* de Sudamericana, cuyo director general fue Juan Suriano. Está claro que ambos proyectos editoriales son diferentes entre sí, pero la alusión de Halperin es justa en este punto: ha crecido de manera importante la cantidad de recursos humanos calificados para encarar una tarea de este tipo. El caso de la multiplicación de las revistas de historia se asocia a esa misma expansión. Este fenómeno no asume la forma de un crecimiento espectacular del número de estudiantes que ingresan a las carreras –aunque habría que explorar más esta cuestión-, sino la de un crecimiento vegetativo sostenido, producto del funcionamiento institucional que continúa por 25 años; eso hace que también la formación de recursos humanos sea sostenida. El mantenimiento del sistema de becas –incluso en tiempo de crisis- y de los programas de posgrado, por ejemplo, también está involucrado en el proceso; son instancias que antes prácticamente no habían funcionado y que contribuyen a aquel aumento. A eso se suma la siempre complicada consolidación en el aparato de investigación del lugar de las ciencias sociales. Luis Alberto Romero planteó en una oportunidad que en la década de 1960 el único becario en Ciencias Sociales era Laclau. Hoy en día, si se observa la página de estadísticas de CONICET, aunque no hay cifras muy desagregadas, se observa perfectamente cómo cambió esa situación. De otros aspectos de este proceso sin embargo se sabe muy

poco: no hay información amplia y actualizada acerca de dónde están encontrando trabajo los recursos humanos que formamos, cuántos van a dar clase a la escuela secundaria, cuántos a los terciarios y cuántos encuentran lugar en la universidad, si a la historia le va bien o no en el porcentaje de ingreso a CONICET o a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. El crecimiento del que hablo no sólo multiplica la producción, sino que tiene efectos políticos, porque cambia el tipo de relaciones dentro de las instituciones y el de ellas con el contexto social.

P.: Vos contaste que ingresaste a *Historiografía* en 1985. Sabiendo esto, primero ¿cómo es que llegaste a la historia cultural, que encontraste allí? La otra parte de la pregunta es la siguiente. La mayoría de tus trabajos recorren las décadas de 1920 y 1930: ¿por qué elegiste el período? Imagino que tiene que ver también con mucho de gusto personal, pero quiero saber si también se relacionan con preguntas historiográficas, y cuáles eran tus interlocutores en las discusiones.

A.C.: Hacia 1985, la historia de la historiografía en la Argentina era exactamente lo que decíamos antes: una historia de la historiografía en sentido estrecho. Las únicas fuentes que se suponían pertinentes para investigar en estas cuestiones, o para proponerle a los estudiantes, eran los libros de los historiadores más o menos reconocidos y consagrados; no estaba previsto que las estadísticas de ingreso a una carrera o las decisiones del poder político en torno al pasado que debía celebrarse en la escuela formaran parte de los materiales propios del objeto de estudio. La apertura en este campo fue en parte análoga a la que tuvo lugar en la historia cultural: del estudio de la “alta cultura” al de procesos más vastos, que incluyen a grupos más amplios y reclaman un análisis de la sociedad y el Estado.

Por otro lado, la historia cultural –y las especialidades cercanas: la historia intelectual, la historia de las ideas, entre otras- me parecía importante en función de ciertas convicciones acerca del papel de las ideas y de los intelectuales en la disputa política. Puesto de otro modo: los aspectos culturales de la política, tanto aquellos vinculados al sistema de ideas formales como los que se insinuaban por detrás de ciertas prácticas, son decisivos para la propia lucha política. Y allí, los intelectuales tienen un peso importante. En la segunda mitad de los 80 empecé un posgrado en el Instituto Di Tella; era de los muy escasos posgrados que había en la Argentina referidos a esos temas. En ese marco, Natalio Botana terminó siendo mi director de tesis y luego de beca de la UBA. El proyecto de investigación que finalmente propuse estaba centrado en el análisis de una fuente precisa, la revista *Hechos e Ideas*, como modo de entrar a ciertos problemas amplios de las ideas políticas en la Argentina. La revista había tenido una etapa radical en los años 30 y en 1947 pasaba al peronismo; desconté –fundado en los prejuicios y las imágenes adquiridas- que si pasaba del radicalismo al peronismo tenía que haber sido yrigoyenista. Antes del comienzo de la investigación formal, en una primera aproximación a la fuente, me encontré con artículos de Alvear, homenajes a Alvear, discursos de Alvear reproducidos; eso no se alineaba con aquella imagen heredada. No sólo eran alvearistas, o al menos apoyaban abiertamente a Alvear, sino que estaban más “a la izquierda” de lo que se suponía debían estar: tenían contactos con un grupo de izquierda italiano como Justicia y Libertad, un grupo del socialismo liberal que realizó operaciones contra Mussolini y envió fuerzas a la Guerra Civil Española; estaban relacionados con los partidos no marxistas del Frente Popular español; sostenían vínculos

con los cardenistas mexicanos. Desde el canon interpretativo que yo había heredado, la revista parecía una rareza: unos intelectuales radicales alvearistas no tenían por qué irse al peronismo, ni tampoco, en los 30, criticar a Azaña por no haber despedazado el latifundio o exaltar a Yrigoyen por su política petrolera. Todo esto reforzó mi interés por las ideas políticas, más allá de la propia revista.

En cuanto a los interlocutores, hay que tener en cuenta que el complejo institucional que ustedes encontraron armado como estudiantes no estuvo allí siempre y tampoco la producción bibliográfica. A mediados de los 80, para el radicalismo, en unos meses se agotaba la bibliografía disponible, incluso los trabajos de autores extranjeros que, bien pensado, quizás fueran la mayoría, y aquellos otros periféricos.

P.: Que no tuvieran que ver exactamente con el objeto.

A.C.: Así es. Además, las revistas locales eran todavía pocas, los artículos sobre escenarios provinciales no abundaban, muchas tesis luego publicadas estaban todavía apenas iniciándose. En ese panorama, la discusión con Botana fue muy importante, porque aportaba entre otras cosas algo que no habíamos tenido en la formación en la Facultad, que era una aproximación a algunos clásicos del pensamiento político: fuimos a estudiar a Rousseau, Montesquieu, Sieyès en una materia del posgrado. Eso le daba una profundidad distinta a lo se podía encontrar al analizar una fuente propia de la Argentina de los años 30: algunos fragmentos del pensamiento de Rousseau dispersos en las páginas de unos intelectuales radicales de tercera línea; unas ideas de nación puestas en juego por estos hombres que traían ecos de las discusiones de la Revolución Francesa o de los argumentos de Sieyès. Este fue un

aporte sustantivo, porque permitía comprender la dimensión del corte de la Ilustración y la Revolución al inaugurar un mundo que, en lo que hace a las ideas políticas, era muy diverso del anterior; la persistencia de los sentidos otorgados a algunos conceptos era además notable. Pero nosotros en la Facultad no habíamos estudiado nada de eso.

Luego, en algunas reuniones académicas que se empezaban a celebrar, por ejemplo las jornadas de becarios de la UBA y paulatinamente las Jornadas Interescuelas, se organizaron mesas donde se discutían los avances en las investigaciones. Sobre el tema de investigación tuve discusiones muy útiles con Ricardo Sidicaro, con Leandro Gutiérrez, con Pancho Aricó, una persona entrañable y de una enorme inteligencia; con él discutí varias veces los temas de las ideas políticas en los años 30, desde la primera ponencia que presenté sobre el tema. Pancho dirigía además la tesis de Liliana Cattáneo, sobre *Claridad* en los años 30, con quien también discutimos a menudo. Luego se fue organizando un circuito ya más propio de la Facultad de Filosofía y Letras. Con Luciano de Privitellio no sé en cuántas jornadas presentamos ponencias y polemizamos sobre la política en el período; a mediados de los '90, lo hicimos en unos simposios que organizaban Hilda Sabato y Marta Bonaudo en las Jornadas Interescuelas, que se llamaban "La política y lo político"; también hubo innumerables intercambios con Sylvia Saítta y con Fernando Rodríguez, en particular cuando me incliné más a las cuestiones culturales e incluí los años veinte. La cátedra que tenía a cargo en la Universidad de Rosario, dedicada a la historiografía argentina y latinoamericana, fue al mismo tiempo un lugar muy importante de discusión.

P.: ¿Y por qué te fuiste hacia la

década de 1920?

A.C.: Los grupos que impulsaban gran parte de las revistas y formaciones culturales que veía actuar en los años 30 estaban constituidos por intelectuales, pocos de ellos connotados, cuya formación había tenido lugar durante la década anterior; en los años 20, tenían un lugar destacado en la discusión político-cultural los reformistas y las vanguardias, estéticas y sociales. A pesar de que las transformaciones de los 30 son fuertes, esta gente había procesado lo que sucedía en ese período con una mirada organizada en la década de 1920. Muchos de los miembros del revisionismo, del nacionalismo político, de los grupos culturales radicales –*Hechos...*, pero también FORJA- y varios de los ubicados a la izquierda, con las excepciones de rigor, estaban formados por hombres que nacieron entre 1895 y 1900. Muchos de ellos, en los años 20, pasan por la Reforma Universitaria o por los grupos que recogen su herencia, otros tantos por las vanguardias, otros por Boedo. Unos jóvenes que entran al mundo intelectual luego de la Gran Guerra y que en los años 30 siguen ahí, con su bagaje ideológico a cuestas, tratando de descifrar la crisis económica o el golpe de Estado, el fascismo o el New Deal: leen lo que ocurre en los 30 con una mirada forjada en los años 20. Por eso extendí mi trabajo hacia esa última década. El peronismo quedó entonces casi al margen de un problema cuyo diseño había cambiado, porque su aparición reorganizaba fuertemente las relaciones intelectuales y políticas entre los diversos grupos. No es que las trastocara por completo, pero el foso que se trazaba entre quienes adherían y quienes combatían al nuevo movimiento era incomparable con las disputas de los 30. Hacia 1955, por ejemplo, los grupos liberal-democráticos podían hacer las paces con alguien que hubiera adherido a Urriburu, pero no con alguien que hubiese sido peronista; en aquel

sector generacional, eso funciona. La gravedad del enfrentamiento político y social en torno al peronismo había sido mucha; que en plena posguerra se bombardearan zonas de una ciudad o se quemaran iglesias –puestos los hechos en el orden que se prefiera- no eran datos menores y ellos dan cuenta de un nivel de conflicto muy alto. En fin: las discusiones políticas de los años 30, las ideas puestas en juego por los grupos políticos, reclamaban para su explicación ser incorporadas a un período amplio que comenzaba hacia 1918 y terminaba hacia 1945. A partir de allí se abría otra etapa donde el problema dominante era el del peronismo y los intelectuales; ese era un objeto de estudio profundamente distinto del anterior.

P.: La siguiente pregunta tiene que ver con un texto tuyo, la biografía de Alvear. En primer lugar, queremos saber sobre la empresa en sí misma, cómo fue la experiencia y el sentido de la obra. En segundo lugar, ¿qué se siente escribir una biografía, en un campo en el que la misma no parece estar legitimada o valorizada lo suficiente? Por último, la de Alvear no es una biografía tradicional, sino que tiene mucho de historia política.

A.C.: El contexto del emprendimiento fue una colección que se llamó "Los nombres del poder", organizada desde el Fondo de Cultura Económica, bajo la dirección de Luis Alberto Romero, en la segunda mitad de los 90. La propia colección estaba pensada en torno a biografías y con el objetivo de apuntar a la llamada alta divulgación. Lo veía, en principio, como un algo un poco raro, tanto por ser una biografía como por tratarse de Alvear, pero por otro lado la divulgación me parece una actividad que no hay que abandonar. En ese sentido, la tarea de Romero, no sólo con esa colección sino con otros intentos, es muy importante.

El formato biográfico me fue complicado, porque los avatares de

la vida de un individuo casi no me llaman la atención desde el punto de vista histórico; creo que la biografía sólo tiene sentido si ilumina algunos aspectos colectivos, sociales, aunque esto suene antiguo. También era una novedad para mí que se tratara de un texto de divulgación y eso implicaba circunstancias que no conocía; por ejemplo, el hecho de que la búsqueda, que insume semanas, de un dato preciso en un archivo. Eso no ocurre con una tesis o con un artículo de base empírica fuerte que se va a presentar a una revista con referato. Esa tarea, para un artículo académico muy duro, siempre termina teniendo relevancia. En cambio, a la hora de la divulgación, es posible pasar un mes tratando de averiguar hasta dónde llegó finalmente Alvear en la búsqueda de Regina Pacini y eso, finalmente, va a quedar convertido en el libro en media oración sobre un asunto secundario.

P.: Pero igual fue una buena experiencia....

A.C.: Claro que sí. Los productos del historiador circulan más allá de nuestra voluntad; circulan por distintos caminos, más o menos visibles, muchas veces acotados, pero dan vueltas por la sociedad. Si esto es así, es imprescindible asumirlo e intentar llegar a públicos más extendidos con el resultado de nuestro trabajo. Esa actividad vale mucho la pena, es una tarea intelectual de alto compromiso y es, por otra parte, un modo preciso de tratar de intervenir en los asuntos públicos.

A su vez, otro desafío que acarrear casi todos los trabajos de divulgación es el de lanzarse a escribir sobre temas o períodos que no se han investigado. Es casi la contracara de lo anterior: la obsesión de perseguir un dato en el archivo, aún sabiendo que no tendrá mayor lugar en el texto, es resultado de nuestra propia formación que nos lleva a entender que los argumentos con respaldo

empírico son aquellos más fuertes, más sólidos. Tomemos el caso de Alvear: yo había investigado los años 30 y la presidencia, pero para 1890, no había hecho trabajo de base. Entonces, como no está previsto – por la lógica de estas colecciones, por los tiempos con los que se trabaja, por la propia naturaleza del emprendimiento– que la solución sea cubrir lo que falta a través de la búsqueda de fuentes primarias, la solución termina consistiendo en escribir sobre algunos tramos luego de la lectura de la bibliografía adecuada; escribir sobre períodos acerca de los que no se ha hecho investigación de base siempre genera cierto vértigo. En todo caso, fue una experiencia que, en lo personal, me resultó muy útil y muy interesante. Por otro lado, efectivamente y como decías, sólo tenía sentido una biografía de Alvear (más allá del nombre de la colección) pensada desde la política.

P.: La anécdota de la búsqueda de Regina es muy buena.

A.C.: Sí, así como aquella que cuenta que los radicales complotados tuvieron que ir a buscar a Alvear al teatro para conformar el estado mayor de la revolución, en 1893. Pero, insisto, creo que la biografía, no sólo la de Alvear, es la excusa para intentar examinar procesos políticos y también culturales más vastos. Por otro lado, aún admitiendo que la política funciona con una lógica propia, de acuerdo a reglas específicas, y que los actores que juegan ese juego quieren, centralmente, ganarlo, aquellas dimensiones culturales son uno de los caminos por los cuáles la política vuelve a entramarse con eso que llamamos la sociedad: periódicos barriales, revistas, libros, conferencias dictadas, discursos pronunciados; prácticas y productos culturales a través de las cuáles unos militantes muchas veces anónimos y otras destacados explican a sus compañeros, y quizás a sí mismos, el sentido del combate que creen estar

librando. En esa explicación, además, las representaciones del pasado del propio grupo, de la nación o de la clase que se aspira a representar, o todas ellas, tuvieron por mucho tiempo un lugar relevante.

P.: Antes de finalizar queríamos preguntarte algo sobre *Los usos del pasado*. Varias de las cosas que escribiste allí condensan algunas de tus preocupaciones. ¿Es este un libro que venías pensando desde hacía un tiempo o....?

A.C.: Jorge Gelman, desde que diseñó la colección –que fue concebida también para la divulgación, en otro intento que debe destacarse–, sostuvo que la idea era que cada autor escribiera sobre algún problema o período que tuviera muy trabajado, de modo tal de hacer circular algunos planteos y argumentos por fuera del mundo académico, donde ya eran conocidos. La convocatoria asumí esa forma: un problema en el que el autor estuviera especializado, pero puesto de un modo, en un estilo y en un tipo de libro que pudiera captar públicos más amplios que aquellos que habían leído artículos, tesis o libros eruditos. Así, en *Los usos del pasado* hay un núcleo duro de problemas que ya tenía investigado y sobre los que había publicado artículos; incluso parte del material que utilicé para el libro –el referido a algunas revistas comunistas de base– lo estaba utilizando, al mismo tiempo, en publicaciones académicas. Con respecto al período, me detuve en el peronismo por las razones de las que hablamos antes. Pero comencé en el Centenario, una coyuntura importante, que alguna vez había trabajado alrededor de la cuestión de la construcción de un pasado gauchó. También en este caso ocurrió algo que ya mencioné con respecto a lo de Alvear: el capítulo del Centenario, que era aquel en el que tenía menos base empírica, fue el que más costó, porque tuve que

volver a consultar material que hacía tiempo no releía. Con los otros se volvía a hacer evidente que eso que llamamos la investigación en historia incluye varias prácticas que no son de la misma naturaleza: una cosa es pensar preguntas y ponderar respuestas, otra, trabajar sobre las fuentes –sean del tipo que sean-, y una tercera es redactar un texto. La construcción del relato de los demás capítulos fue una tarea muy grata: como la búsqueda de archivo ya estaba hecha, y además yo sabía qué quería explicar, cuáles las preguntas que quería plantear y cuáles las respuestas, sólo debía pensar cómo lo decía, dónde cortar el capítulo, cómo concatenar un proceso con otro. Son todas decisiones, como puede verse, alejadas de la tarea con las fuentes, pero que constituyen una dimensión importante de la tarea del historiador.

P.: Uno de los puntos del libro es que hay varios escenarios donde se construyen miradas sobre el pasado. Creemos que esto abre un conjunto de preguntas que permiten pensar cómo avanzar sobre la historia del siglo XX. ¿Cuáles te parece que podrían ser los problemas que están menos estudiados, que abren preguntas, y los modos de abordarlos? Porque uno de los puntos que trabajas en tu libro es que no sólo los historiadores y los libros de historia son el objeto de la historiografía. ¿Qué lugares faltaría mirar, qué lugares te parece que están poco vistos?

A.C.: Es que, nuevamente, la historia de las representaciones del pasado vuelve a enlazarse con la historia política. En varios de los emprendimientos culturales, grupos e intelectuales de los años 20 y 30, las imágenes del pasado tenían un papel crucial en la agenda de discusión política. En tiempos del peronismo hay un tema interesante, que es la tensión dentro de ese movimiento entre plantearse como algo absolutamente nuevo, por un

lado, y enlazarse con una tradición histórica nacional –por cierto, mucho más admitida y tradicional de lo que se pensó, con centro en San Martín pero sin huellas de Rosas. También en los 60 y 70 aquel papel de la historia en la discusión política era importante, como decía. Y, si atendemos al siglo XIX, la operación de Mitre también entramaba fuertemente política e historia: dotar de un pasado a la nación que se estaba construyendo a partir de la década de 1860 era, sin dudas, una empresa plenamente política, aun si tenía una dimensión historiográfica. Era inventar (en el sentido que da Hobsbawm al término), apelando a la historia, una nación que habría preexistido a las provincias, y ese argumento se jugó antes en ámbitos políticos que en un libro de historia. Estos temas de la política y la historia, entramadas alrededor de la nación en Mitre, los han examinado, últimamente, Alejandro Eujanian y Elías Palti, y es un tema con tradición: José Luis Romero y Halperin Donghi también lo asumieron hace tiempo.

Así, en una mirada más amplia, y extremando, si la nación es una invención moderna, desde la Revolución Francesa en adelante no hubo idea de la nación que no planteara que uno de los elementos importantes en su configuración era tener un pasado común. La discusión sobre el pasado y la discusión política aparecen así en una relación muy estrecha en el largo plazo, al menos para la fase de la modernidad que se abre a fines del siglo XVIII, comienzos del XIX.

Ustedes también preguntaban qué queda por ver. Desde unos puntos de partida que busquen tener un frente en la historia cultural, otro en la historia de la historiografía entendida en sentido amplio, otro en la historia política, una de las tareas pendientes es, precisamente, avanzar más allá de mediados del siglo XX. Un tema de interés es el de las disputas libradas

por la atribución de sentido a la experiencia peronista en el período 1955-1973. La discusión de esos tiempos sobre Sarmiento o sobre Rosas remitía a un pasado lejano, pero lo que estaba en juego también era el pasado inmediato: se trataba de atribuir sentido a esa experiencia colectiva que había terminado, el primer peronismo, y en ese plano la lucha fue fuerte y no la libraron sólo los historiadores. Las imágenes que de la dictadura se construyeron en la transición, es decir, las imágenes que en la democracia se organizaron acerca del pasado reciente, y los conflictos en torno a ellas, también son un tema importante que recién se está empezando a encarar. Faltan además investigaciones sobre la relación entre la historia y la política en los últimos tiempos; este es un problema que está poco atendido. Todas estas líneas de trabajo posibles tendrían como objetivo último dar cuenta de procesos sociales; era Bloch quien decía que para conocer bien a una sociedad era decisivo investigar la imagen que ella se hacía de su propio pasado.

Buenos Aires, junio de 2009.

Resúmenes de tesis de posgrado

ADRIANA ÁLVAREZ, "EL DESARROLLO, LA ERRADICACIÓN Y LA REEMERGENCIA DEL PALUDISMO, Y SU VINCULACIÓN CON LA CONSOLIDACIÓN DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS DE SANIDAD RURAL EN LA ARGENTINA, ENTRE FINALES DEL SIGLO XIX Y MEDIADOS DEL XX". TESIS DE DOCTORADO. UNICEN- UNMDP, TANDIL, 2006. DIRECTORA: SUSANA BELMARTINO.

Mientras la Argentina reconoce la primera epidemia del siglo XXI con la proliferación del dengue, y los mosquitos se transforman en el principal enemigo a vencer, en esta tesis se han estudiado desde la historia de la salud pública tanto los principales brotes epidémicos provocados por la picadura de mosquitos a lo largo del siglo XX como las políticas sanitarias rurales que se generaron a partir de ellos. Entonces, el paludismo ocupaba la centralidad que hoy ocupa el dengue, debido a que proliferaban con mayor intensidad los vectores transmisores de la malaria que el hoy conocido *Aedes aegypti*.

En América Latina en general y en la República Argentina en particular, desde hace dos décadas se asiste a la reaparición de las enfermedades infectocontagiosas como el paludismo, también conocido como chicho o malaria. Según los datos aportados por el Ministerio de Salud de Argentina, la malaria, hoy, es endémica en la región norte del país (Salta, Jujuy, Misiones y Tucumán) y su reemergencia es un problema que excede las fronteras nacionales, por lo cual, junto

a otras enfermedades -como el VIH/SIDA, la tuberculosis, el dengue y el mal de chagas-, se busca que sean combatidos en forma colectiva por los países que suscribieron la Declaración del Milenio.

El paludismo ha asolado nuestro país por décadas. Pese a esto, entre las décadas del 40 y del 50 (S. XX), durante la gestión como ministro de Salud del peronismo del médico sanitarista Ramón Carrillo (1946-1954), esta enfermedad fue prácticamente eliminada, volviendo a recrudecer a partir de los años 60.

En este sentido, en este trabajo se analizó el desarrollo histórico del paludismo en la Argentina, tratando de visualizar los problemas que se han planteado en la lucha contra esta enfermedad, vinculándola con los procesos económicos y sociales derivados de la innovación científico-social y los intentos de consolidación de un sistema sanitario público de salud rural.

Para demostrar ese objetivo son analizadas las políticas sanitarias nacionales y provinciales describiendo el desarrollo institucional de los organismos estatales y la organización de campañas de control y erradicación llevadas a cabo por instituciones nacionales e

internacionales. Se describe la práctica médica y las respuestas sociales como también el uso de vacunas, sueros y técnicas de desinfección. En ese contexto son observadas las actitudes de las autoridades regionales.

En el plano historiográfico este trabajo transcurre en dos niveles: el de la enfermedad y el de la historia de la salud pública; ellas están íntimamente vinculadas entre sí, puesto que esta última, se preocupa tanto por abordar la relación entre salud y enfermedad como las asimetrías existentes entre las instituciones de salud y las estructuras económicas, sociales y políticas. Dicho enfoque permite incursionar en dimensiones aún poco estudiadas en nuestro medio, entre otras: las interacciones entre los procesos sanitarios y los contextos sociales, culturales, económicos y políticos; la continuidad y el cambio en las condiciones de vida de las poblaciones urbanas y rurales; las relaciones entre el Estado y los diferentes grupos sociales y étnicos; las percepciones populares de la ciencia y de la naturaleza; la construcción social de la enfermedad y del conocimiento biomédico.

Aspiramos a que los resultados vertidos en este texto sean útiles para contribuir al debate que desde hace ya un tiempo vienen incorporando a la salud y a la enfermedad como dimensiones relevantes de la Historia Social Argentina.

La hipótesis general que cruza a esta tesis es que fue debido a las connotaciones económicas, demográficas y sociales que se le adjudicaron al desarrollo del paludismo en el norte argentino, entre las décadas del diez y del veinte, la enfermedad pasó a ser parte de la cuestión pública hasta su erradicación a fines de los años 40. A partir de entonces y debido a la aparición del DDT, la malaria

dejó de ser el grave problema sanitario, económico y social que, hasta entonces, había sido para las provincias del noroeste argentino. Con ello se inició una deconstrucción de conceptos. Por esta razón, a partir de la década del 50, esta enfermedad ya no fue vista ni como un peligro para la población ni para la economía.

Como consecuencia de la erradicación de esta dolencia de la agenda pública, se recortaron las partidas, se reasignaron otras tareas al personal y se descuidó la formación de técnicos idóneos. Ello provocó que, junto con la malaria, desaparecieran un conjunto importante de mariólogos y de investigaciones sobre diferentes formas de insectos alados y se desmantelara el andamiaje sanitario institucional, lo que conllevó a que se abandonara la enfermedad como preocupación gubernamental, permitiendo la reemergencia del paludismo, y la agudización de otras enfermedades de similar transmisión.

La tesis está dividida en tres partes. La primera, titulada *La construcción de la malaria como problema sanitario en el marco de la consolidación del Estado Nación*, abarca desde fines del siglo XIX hasta la segunda década del XX, inclusive.

Por entonces, la cuestión palúdica fue entendida como una “amenaza interna”, cuyas consecuencias excedían los marcos provinciales puesto que el avance de la infección afectaba directamente a la industria azucarera, principal actividad económica de la región. La preocupación por la escasez y por la calidad de esa mano de obra cañera, amenazada por el mosquito *anofeles*, fue el motor que dinamizó la primera intervención sanitaria desde el gobierno central en jurisdicciones provinciales. La malaria,

peligrosamente entendida como un factor de retraso económico y, simultáneamente, como un problema social, fue atacada por organismos nacionales desde Buenos Aires en combinación con recursos locales, dando inicio a la primera acción de sanidad rural de la Argentina en relación a sus pestes.

En este apartado se enfoca la activa presencia de organizaciones internacionales como la Fundación Rockefeller que colaboró en la lucha contra la malaria en el norte argentino. Dicha presencia no ha sido interpretada sólo como una iniciativa del Departamento Nacional de Higiene (máxima autoridad), sino como parte de las acciones que entre 1918 y 1940, realizó la mencionada fundación en América Latina, la que fue convertida en un campo de pruebas de uno de los conceptos más ambiciosos y controvertidos de la salud pública moderna: *la erradicación de enfermedades*.

La segunda parte, titulada *Años treinta: Entre la sustitución de métodos e instituciones*, abarcan desde 1930 a 1943/45 inclusive, los ejes abordados son el impacto medio ambiental, la esfera político institucional y la asimetría entre ciencia y sociedad.

En los primeros treinta años la cuestión malárica se atacó en varios frentes que abarcaron desde el combate del mosquito hasta la profundización de los estudios epidemiológicos, pasando por la construcción de canales, drenajes, “relleno” de brazos de ríos, etc., que fueron muy funcionales al desarrollo agrícola, pero que modificaron el paisaje natural, no generando condiciones de inmunidad permanente que sirvieran como un freno a la enfermedad. De manera tal que, si la década del 20 se había cerrado con una sensación de éxito por los métodos antimaláricos

aplicados, la del 30 se abrió con sabor a fracaso por el regreso del *chucho*, incluso en localidades que llevaban más de dos décadas de lucha antianofélica y profiláctica. Este bloque finaliza en 1945, con la introducción del DDT en las campañas de control de la enfermedad, instancia que inauguró una historia marcada por factores disímiles a los analizados hasta el momento.

La última parte, titulada *¿Un enemigo menos?*, se centra en discutir la nueva historia que se abre a partir del uso de los insecticidas de acción residual, con el fin de echar luz sobre los logros y limitaciones del peronismo en la erradicación, pero también en la reemergencia, del paludismo.

En esta tercera parte se analiza la relación entre el DDT y el peronismo. Ello tiene la doble finalidad de caracterizar el cierre de medio de siglo de lucha antimalárica y de su influencia en el surgimiento y consolidación de la sanidad rural y, por otro lado, permite plantear los principales ejes que articulan la “otra historia”, la que transcurre desde mediados del siglo XX hasta nuestros días. Esa historia, donde la mariología y los mariólogos fueron al igual que los mosquitos prácticamente exterminados y, también, donde las investigaciones biológicas y parasitológicas, que habían servido para conformar una masa crítica de científicos y médicos abocados tanto a la investigación como a la profilaxis, fueron perdiendo terreno frente al avance de nuevos dilemas: periodicidad del rociado, niveles de concentración de insecticidas, etc. Se dejó de medir el paludismo y se pasó a medir el DDT, pero con una actitud despojada del espíritu crítico que había caracterizado al científico nacional de las décadas precedentes. Esta circunstancia no solamente les

impidió visualizar la resistencia que los vectores generaron frente al insecticida (hecho este que posibilitó, años después, la reemergencia de la enfermedad), sino el desmantelamiento de parte de la red sanitaria que se había montado desde principios de siglo XX. Se muestra cómo al desmantelamiento institucional considerado como innecesario frente al “poderoso DDT”, se sumaron otros factores, tales como los niveles de contaminación ambiental y humana; los males no deseados ni esperados del mentado tóxico.

La aparición del DDT coincide cronológicamente con la ampliación de la ciudadanía social; es más, consideramos que en ese momento sirvió para hacerla efectiva a un mayor número de habitantes, por lo menos en lo que se refiere al número de beneficiados de las campañas antipalúdicas. Hasta entonces la acción estaba limitada a determinados núcleos poblacionales -de hecho, los organigramas institucionales presentados en la tesis así lo demuestran. Sin embargo, la aparición de la fumigación con el poderoso insecticida, al extender su acción hasta pequeños pueblos de difícil acceso, generó una amplia protección de la región en general, hecho que se hizo notar en el descenso en los índices de mortalidad y morbilidad de la fiebre palustre.

La imagen de “Un enemigo menos” se fue desvaneciendo iniciados los años 50, cuando se hizo evidente la resistencia que los mosquitos habían generado a los rociamientos no sólo de DDT sino también de otros insecticidas. A fines de los 60 se sumó otro inconveniente que fue la resistencia que había creado el parásito a la principal droga: la cloroquina. Sin embargo, para entonces y debido al desmedido

optimismo *dedetiano*, cuando se produjo su retorno, “las armas” con las cuales contaba el país para enfrentarlo eran escasas.

ISABELLA COSSE, "FAMILIA, PAREJA Y SEXUALIDAD EN BUENOS AIRES (1950-1975). PATRONES, CONVENCIONES Y MODELOS EN UNA ÉPOCA DE CAMBIO CULTURAL". TESIS DE DOCTORADO, UNIVERSIDAD DE SAN ANDRÉS, BUENOS AIRES, 2008. DIRECTOR: EDUARDO J. MÍGUEZ.

La tesis trata los cambios en la forma en la cual los hombres y las mujeres se conocían, las estrategias que podían usar para atraerse y los hitos que marcaban la relación en Buenos Aires entre 1950 y 1975. Esa descripción es la compuerta para pensar si en los años 60 existió una revolución en las relaciones familiares. El problema es abordado en función de tres presupuestos. El primero es que el período fue una época “bisagra” en la metamorfosis de modelos familiares definida por cambios culturales cuya comprensión exige remontarse al momento anterior a las transformaciones, como forma de contar con un anclaje sólido para comprender la significación de las nuevas costumbres y las nuevas sensibilidades. El segundo es que la observación de prácticas específicas y concretas –y la emergencia de patrones alternativos al *statu quo* – ofrece la posibilidad de comprender el grado en el cual se trastocó el orden establecido y el carácter heterogéneo, complejo y contradictorio de las transformaciones. El último radica en concebir el cambio como una ruptura generacional – expresada en nuevas convenciones legitimadas en valores imprecisos y etéreos – cuyo significado varió

según la identidad de género y la pertenencia socio-cultural de los individuos. Con estas ideas, se reconstruyen los cambios en las convenciones sociales, es decir, los códigos de conducta y los sistemas de significados que forjados socialmente son el marco de la experiencia individual, con el objetivo de entender si en esa época de revoluciones los jóvenes protagonizaron una ruptura generacional con el modelo familiar instituido, dentro del cual habían sido socializados en sus hogares de origen.

En función de esta apuesta se priorizó el uso de fuentes de circulación pública y masiva, como códigos de comportamiento, programas radiales, comedias televisivas, manuales de crianza de los niños y libros de sexología, además de registros más usuales como entrevistas a informantes clave y a protagonistas, ensayos, información estadística y censal, etc. Estas fuentes, leídas desde el campo de la historia de la familia, de los estudios culturales y de género, permitieron realizar un juego de contrastes, contrabalanceando los sesgos de cada registro y facilitando la reconstrucción desde una especie de prisma facetado.

La tesis está organizada en cinco capítulos. En el capítulo I se discuten ciertos problemas del desafío de estudiar los cambios en la familia, la sexualidad y las relaciones de género en los años 60 a partir de los antecedentes de investigación para la Argentina pero, también, para otras latitudes. El capítulo comienza con una reflexión sobre el uso de la comparación en las interpretaciones del proceso argentino y las peculiaridades introducidas por la importancia de las tendencias conservadoras, para luego caracterizar al período como una época “bisagra” en el cambio de modelos

familiares, planteando que interpeló especialmente a los sectores medios, y concluye profundizando en la idea de una ruptura generacional y en el carácter cultural del cambio, noción que es puesta en relación con la estrategia de investigación.

En el capítulo II se analizan las transformaciones en los rasgos asociados a la feminidad y masculinidad con el objetivo de trazar las principales modificaciones en los prototipos de género que influyeron en los cambios en la pareja, la familia y la sexualidad. Con esa intención, en la primera sección se analiza el surgimiento de un nuevo prototipo femenino, la “mujer liberada”, que contrariaba las bases del modelo de la “domesticidad” al impugnar la condición de ama de casa, sacralizar la realización en el plano extradoméstico y desafiar la doble moral sexual. A continuación se abordan las transformaciones en las concepciones sobre la masculinidad en el ámbito doméstico, postulando que dieron lugar a un nuevo modelo de paternidad y a cuestionamientos de la condición del varón como único proveedor y la división de género basada en las esferas separadas, en el marco del avance del trabajo femenino extradoméstico y de los reclamos de igualdad entre hombres y mujeres en las relaciones familiares.

El capítulo III está dedicado al cortejo, es decir, a las convenciones que pautaban la relación entre los jóvenes desde el momento en que se conocían hasta la formación de una pareja estable. Para dar cuenta de las transformaciones, en primer término se reconstruyen las convenciones que regulaban el cortejo a principios de 1950, identificando tres estadios diferentes (el flirteo, el festejo y el noviazgo), que se enlazaban

uno con otro y tenían por fin la elección matrimonial para la constitución de una familia. Sobre esta base se describe un primer patrón de cambio caracterizado por la reconfiguración del cortejo (mediante la aparición de un flirteo más rápido y la difusión del sistema de cita, con el cual el cortejo se disoció de la elección matrimonial) y por la flexibilización de las convenciones en el noviazgo. Luego se analiza un segundo patrón de cambio que condujo a una nueva codificación de las conductas y de las estrategias de seducción, legitimadas en la sacralización de la naturalidad y la espontaneidad, haciendo desaparecer como horizonte explícito la etapa del noviazgo—en tanto etapa enfocada al matrimonio—, y dando lugar a la aceptación de un vínculo marcado por la contingencia.

El cuarto capítulo contiene el análisis de los cambios en la sexualidad vinculados con los nuevos patrones de cortejo y noviazgo. Con ese objetivo, se describe el paradigma sexual vigente en 1950, mostrando la envergadura de la doble moral para luego delinear el surgimiento de un nuevo paradigma, dentro del cual se modificaron las ideas sobre la valoración de la virginidad femenina, el “debut” sexual de los varones y la sexualidad prematrimonial. A continuación, se plantea que estas transformaciones estuvieron unidas a la emergencia de tres patrones diferentes de conducta en relación a la sexualidad pre y no conyugal: el sexo como prueba para el matrimonio, el sexo como expresión del amor y el sexo como parte del flirteo. En función de estos patrones se estudia el nuevo papel de la sexualidad en las relaciones entre los jóvenes, mediante el análisis de las innovaciones en los espacios para la intimidad sexual, el interés

por la ampliación de las técnicas sexuales y el reconocimiento del placer femenino o, cuando menos, la legitimación del deseo de generar atracción, que en algunos casos impactó sobre las ideas acerca de la virilidad.

Por último, el capítulo V está dedicado a estudiar los cambios en la valoración del matrimonio, tratando de entender hasta dónde estos dieron paso a la emergencia de nuevos ideales y formas de relación de pareja. Con esa intención, en el primer apartado se analizan los ideales matrimoniales hacia mitad del siglo XX, mostrando la centralidad del casamiento para la conformación de la identidad femenina y la masculina. Se examinan también las características del modelo matrimonial basado en la libre elección, los sentimientos amorosos, la indisolubilidad del vínculo y el compañerismo de complementariedad, es decir, fundado sobre una cooperación en la cual cada integrante tenía diferentes papeles de acuerdo con la división de género de la domesticidad. Planteado este panorama, en el apartado siguiente se abordan los cambios que operaron sobre el matrimonio, mostrando las diferentes implicancias que tuvo el diagnóstico acerca de su crisis, las novedades en los criterios de elección y la reformulación de las expectativas depositadas en la vida en común. En la última sección se delinea el impacto de nuevas convenciones que corroían la idea de que el matrimonio era un hito normal y necesario para la condición adulta (con el análisis de la soltería y de las uniones libres) y la condición de indisolubilidad del vínculo (con el estudio de la normalización social, aunque no legal, del divorcio).

Con este desarrollo, lejos de brindar una respuesta

unívoca, se propone que los jóvenes de los años 60 y los tempranos 70 no protagonizaron una única revolución en la familia y la sexualidad, sino múltiples fisuras con diferentes intensidades y significaciones que variaron según la pertenencia sociocultural, generacional y de género. Esto no impide sostener que en su conjunto esas fisuras pusieron en cuestión las bases del modelo instituido. Esta idea, en las conclusiones, es el puntapié inicial para reflexionar sobre las características de la ruptura del modelo familiar, planteando que se estaba conformando un nuevo sentido común, conceptualizado en términos de un cambio cultural que modificó la forma de vivir las relaciones de género, la familia y la sexualidad en la Argentina de los años 60.

DANIEL MAZZEI, "EL EJÉRCITO ARGENTINO DURANTE EL PREDOMINIO DEL ARMA DE CABALLERÍA (1962-1973)". TESIS DE DOCTORADO. UBA, BUENOS AIRES, 2008. DIRECTOR: PABLO A. POZZI.

En septiembre de 1962 se inicia una nueva etapa para el Ejército argentino que se extiende hasta mayo de 1973, período durante el cual los oficiales de la caballería, que habían liderado la facción *azul*, controlaron los principales mandos de la institución. Dicha etapa se inscribe dentro del ciclo de la historia institucional del Ejército abierto por la llamada "Revolución Libertadora" (1955), que se prolongó hasta el final de la última dictadura (1983), durante el cual se transformó en protagonista del proceso político argentino.

El objetivo central de esta tesis es, precisamente, estudiar

a ese Ejército entre 1962 y 1973 a través del análisis de su situación institucional, la evolución de sus tendencias internas, los profundos cambios doctrinarios ocurridos desde finales de la década de 1950, y su interrelación con otros sectores políticos y sociales. El nivel de análisis es el de la estructura interna de la organización, a través del estudio de las relaciones entre promociones, armas y especialidades, y sus relaciones con el sistema político.

* * *

Tres hipótesis generales básicas recorren la tesis. En primer lugar, luego de la lucha facciosa entre *azules* y *colorados*, los oficiales del arma de caballería restablecieron los patrones de disciplina y autoridad jerárquica al tiempo que controlaron los puestos claves de la estructura de mandos del Ejército argentino hasta mayo de 1973. Este grupo de generales de caballería estaba integrado, mayoritariamente, por oficiales que compartían un pasado de luchas antiperonistas y habían sido reincorporados al Ejército durante la “Revolución Libertadora”. En segundo término, ésta representa un punto de quiebre en los niveles de autonomía castrense con respecto al poder político que aumentaron significativamente. La autonomía militar, en un primer momento, de carácter defensivo e institucional, se transformó a partir de 1959 en autonomía ofensiva y política, y se expresó a través de “planteos”. Desde ese momento, aumentaron los niveles de autonomía militar, aunque esto no ocurrió de manera progresiva ni lineal, alcanzando niveles altos en los primeros meses de 1973. Los niveles de autonomía plena recién llegaron a su punto culminante entre 1975 y 1982. Por último, este proceso fue paralelo a la transformación

doctrinaria del Ejército argentino que comenzó en 1957 desde la Escuela Superior de Guerra. Junto con las tradicionales hipótesis de conflicto se incorporó otra que alcanzó su culminación con el desarrollo de lo que llamaré “Doctrina del Enemigo Interno”, que le proporcionó al Ejército un nuevo patrón de interpretación para los conflictos políticos y sociales, y una justificación para sus futuras intervenciones políticas. La base de esta doctrina, que ya había sido sólidamente establecida para 1961, fue asimilada durante toda la década de 1960, y perfeccionada y aplicada durante la etapa final de la llamada “Revolución Argentina”.

La tesis está organizada en doce capítulos y las conclusiones. En el primer capítulo, de carácter historiográfico, analizo los principales debates sobre la relación Fuerzas Armadas y Sociedad generados a partir de los textos clásicos de Samuel Huntington y Morris Janovitz. Ello permitió precisar algunas de las categorías que se utilizan a lo largo del trabajo, reflexionar sobre el control civil y los alcances de la autonomía militar en el caso argentino, y realizar un breve estado de la cuestión acerca del Ejército argentino en la etapa posterior a 1955. Los capítulos siguientes siguen un criterio de exposición cronológico. El segundo sintetiza la historia del Ejército argentino durante el siglo XX hasta el inicio del conflicto entre *azules* y *colorados* (1962) identificando el origen de algunas de las características principales de la etapa posterior que es objeto de esta tesis. En el tercero se analizan las causas de la profunda crisis de autoridad por la que atravesaba el Ejército en 1962, y se examinan, en detalle, las luchas facciosas de septiembre de 1962 y abril de 1963 así como

sus consecuencias inmediatas tanto en el plano de la política nacional como en el castrense. El capítulo cuarto corresponde al análisis de la situación castrense desde la asunción del presidente Illia (octubre de 1963) hasta el retiro voluntario del general Onganía como Comandante en Jefe (noviembre de 1965), un tiempo marcado por la desconfianza mutua entre el gobierno y la conducción del Ejército. El quinto capítulo se aparta del relato cronológico para rastrear el origen de los cambios doctrinarios ocurridos en el Ejército tras la caída de Perón. Primero a través del análisis de la influencia francesa a partir de 1957, luego, en el marco de la Alianza para el Progreso, mediante el estudio de la política de ayuda militar del Pentágono, y del entrenamiento de militares argentinos en los Estados Unidos y el Canal de Panamá. El siguiente capítulo está dedicado al análisis detallado de la conspiración cívico-militar que derrocó al presidente Arturo Illia desde la conformación del núcleo golpista, sus relaciones con dirigentes políticos y sindicales, y el contrapunto entre la actitud de los oficiales legalistas de la Secretaría de Guerra y el estado mayor golpista por apropiarse del discurso de la facción *azul*. Los dos capítulos siguientes analizan la primera etapa de la llamada “Revolución Argentina”, bajo el gobierno del general Onganía. En el séptimo se estudian las características del nuevo gobierno “revolucionario”, sus tendencias internas, así como el llamado “Plan Europa”, que pretendía romper la dependencia de los Estados Unidos en materia de abastecimiento militar. La designación del general Lanusse, como Comandante en Jefe del Ejército es un punto de inflexión en la situación interna del Ejército

en el siguiente lustro. El capítulo octavo comprende la primera etapa de su comandancia y el eje del mismo es la conflictividad política y social de la primera mitad de 1969 que culminó en el "Cordobazo". A partir de ese momento se multiplicaron las insurrecciones urbanas, aumentó la violencia política, y se agudizó el deterioro del gobierno del general Onganía, cuya imagen quedó sumamente dañada ante la opinión pública, y se deterioró su relación con el general Lanusse. En la parte final se detalla el proceso político y militar que culminó con el derrocamiento del primer presidente de la llamada "Revolución Argentina". El capítulo 9 está dedicado a la breve presidencia del general Levingston cuya propuesta de "profundizar la Revolución" representó un nuevo fracaso de la "Revolución Argentina" que inició una fase defensiva marcada por la reactivación de la actividad política, el crecimiento de las organizaciones armadas, y la multiplicación de las puebladas que determinaron su derrocamiento. En el décimo analizo la primera etapa de la presidencia del general Lanusse, en la que la política pasó a ocupar un lugar central, y la búsqueda de un consenso entre Fuerzas Armadas, partidos políticos y dirigentes sindicales se transformó en su objetivo principal. La segunda parte de este capítulo está dedicada al levantamiento de los regimientos de Azul y Olavarría (octubre de 1971), al examen de las características ideológicas de los diversos grupos nacionalistas que participaron del mismo, y al cambio de estrategia de parte de Lanusse hacia Perón una vez que se hizo evidente el fracaso del GAN, a mediados de 1972. El capítulo 11 marca el final del relato cronológico, e incluye los últimos meses de la comandancia

de Alejandro Lanusse, una etapa de altísima conflictividad política y social que siguió a la matanza ocurrida en Trelew en agosto de 1972. Estos meses también se caracterizaron, en el plano castrense, por los conflictos de la conducción del Ejército con las otras dos fuerzas armadas, y por el creciente descontento de algunos mandos intermedios que se negaban a reprimir levantamientos populares, o bien se oponían a la proscripción del peronismo. Pero el regreso de Perón (noviembre de 1972) y el eventual triunfo electoral del FREJULI resquebrajaron su autoridad sobre el Ejército. Es en ese contexto que el sector lanussista promovió la firma del llamado documento "de los Cinco Puntos" que buscaba condicionar al gobierno elegido por la voluntad popular. Sin embargo, el amplio triunfo justicialista desbarató los planes continuistas del Alto Mando del Ejército y favoreció una profunda depuración del mismo que marcó el final del predominio del arma de caballería luego de algo más de una década. Finalmente, el último capítulo está dedicado al estudio socio-profesional del grupo de generales que condujo al Ejército durante la etapa estudiada en esta tesis. En primer lugar explico por qué el arma de caballería se transformó en predominante a partir de 1962. Luego construyo un perfil socio-profesional de ese centenar de oficiales que constituyeron la élite del Ejército entre 1962 y 1973, a partir del análisis de una serie de variables independientes (edad, origen geográfico, armas, promociones, orden de mérito y estudios superiores). Por último, en el apartado final se estudian los principales destinos institucionales entre 1962 y 1973 para demostrar que la supremacía de los hombres de la caballería no

fue sólo cuantitativa sino también cualitativa, demostración que permite responder una pregunta que sobrevuela toda la tesis: ¿por qué en el Ejército argentino predominaron los hombres de la caballería entre 1962 y 1973?

INÉS ROJKIND. "EL DERECHO A PROTESTAR. DIARIOS, MOVILIZACIONES Y POLÍTICA EN BUENOS AIRES DEL NOVECIENTOS". TESIS DE DOCTORADO. EL COLEGIO DE MÉXICO, MÉXICO D. F., 2008. DIRECTORA: CLARA E. LIDA.

Esta tesis estudia la relación entre prensa, oposición política y movilización callejera en la ciudad de Buenos Aires a comienzos de la década de 1900. El objetivo es reconstruir y analizar el proceso por el cual se gestó en ese marco una peculiar dinámica contestataria frente al poder político. Esa dinámica se nutría de las reiteradas y virulentas críticas que los diarios más importantes de la ciudad efectuaban acerca de las decisiones gubernamentales, pero se fundaba asimismo en los llamamientos muchas veces explícitos que esos mismos órganos formulaban con la intención de que se plasmara en las calles el descontento popular. Sostenían al respecto que en el contexto de un sistema electoral controlado y manipulado como el que imperaba entonces, la alternativa de ocupar el espacio público para reclamar allí contra unas autoridades dudosamente legítimas constituía un "derecho" al que el pueblo soberano no podía renunciar.

Hemos procurado señalar los alcances de la dinámica opositora que, montada sobre las campañas y las exhortaciones lanzadas por la prensa, cristalizó bajo la forma de mítines y demostraciones que llamaban la atención de los porteños, ya fuera por su carácter multitudinario o por la violencia verbal y en ocasiones también física que desplegaban los manifestantes. La intención

es discutir y problematizar una visión prevaleciente en la historiografía sobre el período de acuerdo con la cual durante esos años (luego del fallido ciclo revolucionario abierto en 1890) el proceso político estuvo dominado por los dilemas y los conflictos suscitados en el interior del grupo gobernante, sin que la oposición lograra movilizar a sectores importantes de la población ni pudiera plantear tampoco desafíos serios al dominio del Partido Autonomista Nacional (PAN). Creemos que esa imagen requiere ser revisada en búsqueda de aquellas perturbaciones y movimientos que si bien no provocaron el derrumbe del *régimen oligárquico* (como lo llamaban sus críticos) fueron no obstante resquebrajando la legitimidad de ese orden político y socavando su hegemonía. En particular, nos interesa explorar las razones así como las implicancias del choque entre dos concepciones. Por un lado, aquella que atravesaba la retórica impuesta desde las esferas del poder y que argüía que la conservación del "orden público" representaba un imperativo insoslayable pues de ello dependía no sólo la estabilidad institucional que el país había alcanzado trabajosamente luego de varias décadas de luchas intestinas, sino también la continuidad del vertiginoso "progreso" que la economía y la sociedad experimentaban. Por el

otro, el discurso que, promovido especialmente por cierta franja de la prensa capitalina, reivindicaba el uso político de la calle en tanto ámbito privilegiado para aunar opiniones y acción.

Tal como han mostrado otros trabajos, existía en Buenos Aires una arraigada tradición que hacía de la movilización callejera un mecanismo fundamental de participación política popular. Sin embargo, el tono y las modalidades de esa *cultura de la movilización* se habían modificado en el marco de las transformaciones políticas, sociales y también urbanas que se registraban en la ciudad a principios del siglo XX. Un aspecto que hemos buscado subrayar es el temperamento combativo que impregnaba las demostraciones y que, en el contexto de la prédica y de la labor opositora que desenvolvían los diarios, se alimentaba de la confrontación entre la "opinión pública" movilizadora y unas autoridades que supuestamente desdeñaban sus pareceres, reclamos y advertencias. Evidentemente, la opinión así invocada constituía una categoría construida y es necesario por lo tanto preguntarse por los significados que los propios actores le otorgaban. Desde ese punto de vista, encontramos que el concepto aparecía englobando todas aquellas "voluntades" que, más allá de diferencias sociales, políticas, ideológicas o de otra índole, compartían el antagonismo con quienes ejercían el poder de manera "personalista" e "infatuada" atentando con sus decisiones (o la falta de ellas) contra intereses tan fundamentales como el honor y la soberanía nacionales, el bienestar de la población, el libre ejercicio de la voluntad popular en las urnas, etcétera. Y lo que es más importante todavía compartían

también —siempre según esa perspectiva— “la necesidad de salir a la calle para hacer pública confesión de su protesta contra el régimen dominante” -en palabras de *La Prensa*.

La tesis le concede una relevancia especial al análisis del papel desempeñado por los diarios. En realidad, la facultad que poseía la prensa de operar políticamente movilizándolo con sus apelaciones a esa misma opinión cuyas “palpitaciones” decía interpretar no era una novedad. Sí lo era, en cambio, el hecho de que esa capacidad coexistiera con la veloz modernización que buena parte de las publicaciones periódicas experimentaban en el 1900 y que demandaba, al menos en teoría, cierta autonomía de la contienda política. Lejos de ver allí una contradicción, mantenemos la importancia de examinar el modo en que realmente se desarrolló en esas circunstancias el vínculo entre la prensa moderna (orgullosa de serlo) y la política. La “independencia” que muchos de los órganos proclamaban no significaba prescindencia respecto de los temas y acontecimientos políticos, sino la ausencia de lazos que los ataran al poder y los inhibieran de efectuar la crítica sistemática, directa, de las resoluciones y medidas gubernamentales. De esa manera, y en el marco de un escenario político caracterizado durante varios años por la ausencia de partidos políticos o fuerzas organizadas que pudieran enfrentarse con el PAN, eran las campañas periodísticas las que fijaban muchas veces los tópicos, los tiempos y hasta las formas de la actividad opositora.

Por otra parte, si bien, como indicamos, la noción de opinión pública que los diarios invocaban y a la vez construían con sus denuncias y sus exhortaciones comprendía, en principio,

múltiples voces y voluntades, en la práctica podemos afirmar que eran los estudiantes universitarios quienes frecuentemente la encarnaban. Es preciso subrayar, en ese sentido, la actuación fundamental que cumplieron los jóvenes en las manifestaciones contestatarias que tuvieron lugar en Buenos Aires en esos años del tránsito hacia el nuevo siglo. Seguramente la militancia que comenzaba a forjarse en los ámbitos específicamente académicos (la fundación de centros estudiantiles, las primeras huelgas universitarias) contribuyó a que se generara un clima de agitación y de movilización entre los estudiantes. Pero lo que deseamos remarcar es la intervención fuertemente combativa que efectuaron en la escena política. Fueron ellos quienes por lo general asumieron la misión de traducir las denuncias periodísticas al lenguaje de la acción que exteriorizaban en actos y demostraciones callejeras. El caso paradigmático, en tal sentido, fue la protesta que en julio de 1901 se suscitó en rechazo de un proyecto que promovía el gobierno de Julio A. Roca para la reestructuración y unificación de la deuda externa. Los estudiantes universitarios, en especial un grupo de alumnos de la Facultad de Derecho, resolvieron iniciar un movimiento en defensa del honor nacional que presuntamente el proyecto financiero vulneraba. La protesta, que contó con el apoyo de los diarios críticos del gobierno, se prolongó varios días e incluyó violentos incidentes que dejaron detenidos, heridos y hasta algunos muertos.

El marco temporal que abarca el trabajo está estrechamente acotado. Se centra en los años de la segunda presidencia de Julio A. Roca (1898-1904). La determinación de tomar ese período breve se inscribe en

una tendencia que busca trazar cortes y marcar discontinuidades dentro de una etapa, la de la formación de la “Argentina moderna” entre 1880 y 1916, que tradicionalmente ha sido considerada como una unidad sin darle la suficiente relevancia a los cambios que acontecieron en el transcurso de esas décadas. Precisamente, tomando en cuenta algunos de esos cambios es que trazamos el recorte propuesto. El tramo elegido está signado, de un lado, por el agotamiento de las oscilaciones introducidas en 1890 por la combinación de crisis económica y rebelión armada. Coincide, por otra parte, con el comienzo de un nuevo ciclo marcado por contradicciones políticas y sociales cuyos primeros síntomas ya se sentían a principios del novecientos aunque sin que hubieran decantado todavía, *desde arriba*, estrategias y soluciones para lidiar con ellas. Los años del segundo gobierno de Roca constituyen, desde ese punto de vista, un momento especialmente fluido en el que pudo desarrollarse la dinámica contestataria que se desplegaba tanto en las páginas de la prensa como en la calle y que hemos estudiado en esta tesis. Cuando, hacia el Centenario, se modifique el panorama político y social, también los sentidos, las formas y los ritmos de esa dinámica se van a ver profundamente alterados.

Accerca de...

Por María Estela Spinelli
(IEHS, UNCPBA - UNMdP)

Consideraciones iniciales

Desde el protagonismo que adquirió la Historia Política a comienzos de la década de 1980, -cuando empezaba a madurar y hacerse posible la recuperación democrática argentina-, hasta nuestros tiempos más próximos, los historiadores hemos intentado una serie de balances y problematizaciones sobre los modos y carriles por los que avanza la disciplina en la construcción del conocimiento sobre el pasado. En éstos pusimos distintos énfasis interpretativos, las cambiantes perspectivas teóricas y metodológicas, los condicionantes externos de la labor y del pensar histórico, la dinámica de las instituciones, el peso de las ideologías y de los distintos presentes. Una nutrida bibliografía - a la que ahora se suman un conjunto de reflexiones sobre la memoria y una pretendidamente nueva historia reciente que abarcaría buena parte de la segunda mitad del siglo XX-, viene a reflejar estas preocupaciones y a generar debates sobre lo que más modestamente años atrás se denominaba el oficio del historiador.

El interés por la historiografía y los historiadores abocados al estudio de la segunda mitad del siglo XX argentino está basado en dos líneas de investigación que recorro en paralelo. En un sentido el objetivo es profundizar en la historia de la historiografía política argentina de la segunda mitad del siglo XX, que inevitablemente se cruza con los problemas mismos de la historia

como disciplina: la objetividad, la verdad, la subjetividad, la comprensión y el juicio. En el otro sentido, es la búsqueda de una explicación a la coyuntura de conflicto, inestabilidad y politización que arranca en 1955 y tiene un primer desenlace en 1973.

Enmarcado en el primero de los sentidos siempre sujeto a nuevas visitas y cambiantes lecturas e interpretaciones, la idea que moviliza este diálogo con historiadores que incursionan en la historia política contemporánea de la Argentina es reflexionar y hacer concientes y explícitas algunas de nuestras herramientas intelectuales para la elaboración del conocimiento de un objeto tan particular y maleable como lo es el de la experiencia política de la sociedad en aproximadamente los últimos cincuenta años. He convocado y tenido eco en tres historiadores con trayectorias profesionales disímiles, formados en tiempos y espacios institucionales diversos, su rasgo común es que los tres son historiadores de formación y su foco de atención se centra en el análisis de la política en un sentido amplio, o, más bien, como precisara Mónica Gordillo, en la dimensión política de la acción social, ya sea que ésta se manifieste por canales convencionales o por otros disruptivos.

Diálogo sobre la historia política

El ensayo propuesto consiste en tratar de reflexionar desde la naturaleza propia de cada uno de nuestros abordajes y experiencias de investigación en el proceso histórico

de la segunda mitad del siglo XX. La idea es también tratar de explorar en la relación que tenemos individualmente con la historia en tanto disciplina y profesión y particularmente con la historiografía.

Mónica Gordillo, Luis Alberto Romero y Julio César Melon Pirro respondieron en un tono más autobiográfico, basado en la propia experiencia profesional, o desde una perspectiva más panorámica que incluye la especulación teórica, en momentos combinando ambas, a las cinco cuestiones o ejes analíticos que inicialmente les propuse y a continuación expongo.

A) Primer eje analítico: *Pensando sobre la forma en que construimos conocimiento, en las estrategias de comprensión y en la elaboración de explicaciones en Historia. La propuesta concreta es que reflexionemos sobre el peso de los relatos o las perspectivas analíticas heredadas en nuestros análisis históricos, (pienso en los predecesores más destacados de la renovación historiográfica de fines de los 50 y los primeros 60, Gino Germani, José Luis Romero, Tulio Halperín Donghi).*

Mónica Gordillo

Se doctoró Historia en 1993, hizo su carrera de grado y de postgrado en la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente es investigadora y profesora Titular de Historia Argentina en la misma universidad. Ha trabajado sobre la experiencia política y social de los trabajadores en la Argentina de los 60 y 70; desde hace varios años lo hace sobre la última década del siglo XX, analizando la dinámica de la acción colectiva y sindical. Su trabajo más conocido es: *Córdoba en los sesenta: la experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, UNC, 1999 (1996).

“Como miembro de una generación que comenzó sus trabajos de investigación en el campo de la historia social en los ’80, la búsqueda se inició con los trabajos producidos por el grupo integrado por Luis Alberto Romero, Leandro Gutiérrez, Hilda Sabato, Ricardo Falcón, Mirta Lobato y Juan Suriano, entre otros, con los que me contacté a través de Ofelia Pianetto. Ofelia era la referente de la historia social local y su aporte fue fundamental en mi formación. En ese momento, además de la cuestión reivindicativa y organizativa de trabajadores claramente socializados en industrias estratégicas o de punta (en distintos períodos históricos: fundamentalmente ferroviarios y obreros automotrices), mi interés se centró en considerar cómo se constituía una particular cultura política, teniendo en cuenta no sólo el ámbito de trabajo sino también otros espacios de sociabilidad y las distintas experiencias obreras. Aquí fue decisiva la influencia del trabajo de Daniel James sobre el peronismo y el de Luisa Passerini sobre los trabajadores de la Fiat italiana bajo el fascismo. Para aproximarme a la identidad obrera revisé también algunos clásicos de la sociología

como Gino Germani y Torcuato Di Tella, sin embargo para entonces esos trabajos me parecían muy generalizadores. Más rica resultó la revisión que hicieron Murmis y Portantiero y, especialmente, Juan Carlos Torre sobre la vieja guardia sindical, en particular por señalar la tensión en el comportamiento y en la identidad entre tradiciones preexistentes y situaciones que aparecían como novedosas o disruptivas. Más adelante fui centrando mi interés en explicar el cambio social, en reconocer quiénes y por qué se convierten en los dinamizadores o impugnadores del orden, y en las cuestiones que se instalan en el espacio público; de ese modo la ligazón con lo político es central en los procesos que trabajo. Recientemente, y tomando como referencia trabajos de politólogos más jóvenes como Germán Pérez, he recuperado la lectura de Germani, que pone el acento sobre la importancia de los cambios en la estructura social para afectar actores que aparecen como “puestos en disponibilidad” para la acción que, por supuesto, nunca se produce de manera mecánica sino más bien sujeta a contingencias y a coyunturas políticas. Esto último me está resultando iluminador para analizar períodos de crisis, más particularmente la de finales del siglo XX, en la que me encuentro trabajando ahora.

Luis Alberto Romero

Historiador social de vasta trayectoria, su impacto en el proceso de renovación historiográfica de la década de 1980 ha sido reconocido mayoritariamente por la comunidad académica. Además de esto, la convocatoria a este diálogo estuvo más ligada a explotar uno de sus perfiles más marcados, su vocación inagotable de pensar la Argentina. En esta línea se inscriben, entre otros: *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994 y *La crisis argentina. Una mirada al siglo XX*. Buenos Aires, Colección mínima, Siglo XXI, 2003.

“Voy a escribir sobre una experiencia que en parte es individual, y en parte grupal o generacional. En los 60, en nuestra formación, la historia política era apenas lo “fáctico”; la clave estaba en las estructuras de la sociedad, o mejor, en sus procesos. En esa clave leímos a Gino Germani y sobre todo a José Luis Romero, quien instaló el tema de la inmigración masiva y la sociedad por ella generada en el centro de las explicaciones de un siglo XX pobremente contado hasta entonces. Agregaría que también tomamos nota del compromiso político de ambos -que en los 60 y 70 parecía tibio, pero que medio siglo después impresiona por lo rotundo-, y también de que ese compromiso no significaba para ellos una limitación en su tarea central de investigadores.

La influencia de Tulio Halperin Donghi fue y es muy fuerte, aunque de naturaleza algo diferente. En el caso del siglo XX, lo más notable me parece no tanto su “gran relato”, sino sus *caveat*, generalmente demoledores, frente a cualquier versión monofónica o teleológica, y su apertura de cualquier problema hacia una dimensión mucho más compleja de lo pensado. Pero lo que más nos ha influido en la manera

de entender la historia política ha sido *Revolución y guerra*, fuente inagotable de *insights* iluminadores sobre la relación entre cada una de las dimensiones de la política.

En términos de influencias hay, además, un relato heredado. Incluye pares de nociones como la oligarquía y el roquismo; las clases medias y el radicalismo; la década infame y el fraude... El relato así construido no está en ninguno de ellos, pero tampoco les es totalmente ajeno. Se lo puede filiar también en Puigróss, Ramos, Milcíades Peña o Jauretche. Más recientemente han sido sumados Botana, Rock, O'Donnell o Portantiero. Trato de que esta chocante enumeración sea deliberadamente ecléctica, porque este eclecticismo es normal en el "sentido común" historiográfico, ampliamente instalado, inclusive entre quienes tenemos como profesión el cuestionarlo. La seguridad respecto de la "década infame" está disminuyendo, pero son pocos los que dudan de que el "régimen conservador" o el "estado burocrático autoritario" existieron realmente, de una manera tangible, compacta e indubitable".

Julio César Melon Pirro

Pertenece a la generación de historiadores que ingresan a la profesión avanzados los 80. Hizo su formación de grado y de post-grado en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, donde luego de largos años de investigación y producción, se doctoró en 2005. Nunca se apartó de la indagación sobre el peronismo. Su aporte historiográfico más original: *El peronismo después del peronismo. Entre la política de resistencia y la resistencia de la política, 1955-1960*. Tesis doctoral, Universidad Nacional del Centro, Tandil, 2005.

"Liberación serena de los grandes relatos. Liberación, porque los trabajos aparecen menos prisioneros de las coordenadas de la historia contemporánea posterior a 1955. Serena porque ya no se inscriben en beligerancias académicas cuasi dicotómicas.

Refiriéndome a los temas que más he visitado últimamente debo decir que Germani, quien sobrevive mucho más allá de lo que habitualmente suponemos, encuentra un espacio de contraste menos historiográfico que histórico si tenemos en cuenta la sobrevivencia del peronismo. 1955 aparece, pues, como un punto de condensación de las versiones de la manipulación y, a la vez, como el comienzo de un recorrido histórico que contrariará aquellos presupuestos historiográficos y que es el fondo, en definitiva, sobre el que se sostiene la emergencia y extensión de las tesis revisionistas. El pasado que se rehúsa a morir, relatado por Halperín Donghi en uno de los pocos libros importantes que inducen a seguir pensando en un sentido histórico fuerte aunque inercial, y sus presupuestos, tiende en realidad un puente entre el reconocimiento del peronismo como la ruptura más importante de la historia política del siglo XX

a la vez que como el anuncio de una decantación postergada, pero aún en acto, durante la segunda mitad del siglo XX. La definitiva "normalización" de los estudios históricos se afirmará, supongo, de consumarse lo que supone Torcuato Di Tella, esto es, la conformación de agregados de centroizquierda y centroderecha que de algún modo subsuman identidades políticas preexistentes, o tardará algo más y adquirirá otro cariz en el supuesto de que perviva la solución "populista" sobre la que tanto se ha vuelto a discutir a partir de Ernesto Laclau. Ninguna forma de normalización, evidente por lo demás en la cantidad de trabajos sobre la historia de nuestro siglo XX podrá eludir, pues, el hecho de que toda historia es historia contemporánea.

B) Segundo eje analítico: *Partiendo de la consideración de que la historiografía política en la Argentina, influenciada por la experiencia y el debate de la "transición a la democracia" inicia un nuevo derrotero en los 80, planteando nuevos interrogantes y buscando explicaciones en marcos teóricos más acotados, provenientes genéricamente de las ciencias políticas. La pregunta es ¿cómo conciben ustedes el diálogo con las ciencias políticas o el uso del instrumental teórico y metodológico de las mismas?*

M.G.: "El diálogo con la sociología como con la ciencia política ha sido siempre fundamental para mí. Sus aportes han sido relevantes para pensar, en distintos momentos históricos, el funcionamiento del sistema político donde se sitúan los actores objeto de la indagación y para abordar conceptual y metodológicamente sus acciones. Discusiones que han incidido directamente sobre mi trabajo han sido las relativas a acción colectiva, tanto las referidas a la movilización de recursos como, más particularmente, a la creación de marcos culturales. Muy fructífero ha sido también el concepto de conflicto (Melucci) y la atención prestada a sus distintas formas de resolución que pueden adoptar las formas de protesta, adaptación o resistencia, aquí resultan sumamente sugerentes los aportes de James Scott. Son innumerables los trabajos que habría que señalar en lo que hace a los estudios sobre el pasado reciente en el país, generalmente poco abordado por los historiadores, provenientes de estas disciplinas (Cavarozzi, Palermo, Novaro, Quiroga, Sidicaro, para citar sólo algunos) También de mucha importancia es el diálogo mantenido con el equipo dirigido por Federico Schuster "Transformaciones en la protesta en los '90", en el Instituto Gino Germani, que integra a sociólogos, politólogos y filósofos.

Sus contribuciones en cuanto a precisiones conceptuales y estudios empíricos son de gran importancia. Mis últimas preocupaciones acerca del pasaje a la violencia colectiva, tratando de reflexionar acerca de los diferentes tipos y de sus relaciones con los sistemas políticos, así como sobre la construcción histórica de la misma, desde una perspectiva no lineal que tiene en cuenta también la contingencia, me llevó a uno de los últimos libros de Tilly sobre esta problemática, como marco para la comparación entre dos momentos de violencia colectiva: mayo del '69 y diciembre de 2001. Sobre este último tema resultan muy interesantes gran parte de los trabajos contenidos en el libro compilado por Rinesi y Vommaro, donde reivindican el análisis histórico y la consideración del conflicto y la disrupción, frente a la mayoría de los estudios que habrían predominado hasta esa fecha, más centrados en la gobernabilidad y en una cierta separación entre la política y la sociedad".

L.A.R.: " Los historiadores podemos decir de la ciencia política lo mismo que en su momento hemos dicho de la sociología, la economía, la antropología, o la teoría del discurso: hoy, sin ellas no hay historia, pero sólo con ellas tampoco. La llamada nueva historia política, que ha redescubierto la especificidad de su objeto, no hubiera podido hacerlo sin el aporte conceptual de los politólogos. Pero a la vez, la politología marcha por un camino que es diferente del que transita el historiador.

Se trata de tendencias, que los historiadores advertimos cuando incursionamos en ese campo, académicamente muy sólido. Es lo propio de la mirada externa. A la recíproca, sé que los politólogos, a su vez, perciben con espíritu igualmente crítico singularidades de nuestra práctica, como el empirismo.

Observamos por un lado, que su

preocupación por lo conceptual tiene una cierta derivación taxonómica. Se le agrega un tratamiento algo ancilar de "lo que pasó" –el terreno de los historiadores–, y una tendencia a considerarlo principalmente como el reservorio de los ejemplos que han de dar carne a los modelos. Por otro lado, advertimos en ellos una fuerte voluntad preceptiva, en la que el *ser* se interpenetra permanentemente con el *deber ser*. En lo personal, admiro mucho a aquellos politólogos que, con una sólida formación conceptual, son capaces de utilizar instrumentalmente sus modelos, probarlos permanentemente para ver cuál sirve, en cada caso, para explicar el problema, y están listos para desecharlos cuando la nueva evidencia les muestra sus límites e insuficiencias. Generalmente, los creadores hacen esto con más facilidad que los epígonos.

Hay otro aspecto singular en esta relación. Los politólogos avanzan mucho más rápidamente que los historiadores. Por ejemplo, las explicaciones básicas sobre la Revolución Argentina de 1966, como las de Portantiero u O'Donnell, que todavía nos iluminan, fueron elaboradas en caliente. Lo mismo ha ocurrido con otras más recientes. Mi experiencia como profesor de historia argentina contemporánea, y defensor militante del gremio de los historiadores, es que no puedo desarrollar un curso sin la bibliografía politológica. Los historiadores no hacemos nada tan rápidamente. Ni tan claro y adecuadamente didáctico. Nuestro trabajo se asemeja al de la infantería, que en las guerras de antes iba detrás de la artillería o la caballería, consolidando el terreno. De hecho, la mayoría de nuestros historiadores jóvenes, que se inician tratando de desarrollar alguna de las explicaciones de los maestros de la ciencia política, además de investigar lo que pasó, tienen un segundo y muy difícil trabajo: tomar distancia o liberarse de esos modelos y acercarse de un modo más fresco y

laborioso a su objeto de estudio”.

J.C.M.P : “ Renuente a la formalización aunque amiga de las citas legitimantes, la historiografía en general toma el lenguaje, refiere algunos de los conceptos, de las ciencias políticas pero retiene – por la vía de la complejidad del análisis histórico o por la del fundamento empírico consistente – el fundamento de su identidad. En lo que se refiere a los temas en los que estoy interviniendo veo una creciente importancia de los aportes provenientes de las ciencias políticas, o, más en general, de ciertas formalizaciones no demasiado rígidas provenientes de las ciencias sociales. A su vez, se observa una tendencia a utilizar “modelos” y teorías con un sentido crítico más exigente y, a la vez, cauteloso, acotado, y en ocasiones, oportunista. En la literatura histórica sobre partidos políticos, o en el lenguaje de la identidad política, para hablar de dos de estos campos, es ya poco común toparse con trabajos noveles que sigan a pie juntillas al difundido libro de Panebianco sobre modelos de partido, en tanto que los libros de Gentile y Levitsky, de continuo citados en la nueva historiografía sobre el partido peronista, son tomados como referencias macro que distan de comprometer a los relatos.

Esta vocación tácita de no comprometer a los relatos particulares con las referencias teóricas a las que apelan es percibida menos como un déficit que como una condición de posibilidad en historia, cuya ontología define el reinado de la empiria, y cuya práctica al la complejidad de los relatos.

Quizá las interpelaciones mas fecundas vengan, como han venido, de la mejor parte de las ciencias políticas y sociales. Pensemos no solo en Germani, sino en las respuestas que condensaron Murmis y Portantiero, en los trabajos de Guillermo O’Donnell sobre el

Estado Burocrático-Autoritario y en El Orden Conservador, de Natalio Botana como ejemplos en este sentido en el campo de la historia política”.

C) Tercer eje analítico: *En esta historia política que hoy practicamos, que retomando la expresión de Luis Alberto Romero en su primera intervención, ha dejado de ser “apenas lo fáctico”, o la descripción de las acciones de los gobiernos, agregaría, ¿cómo realizan ustedes el recorte del campo de lo político, las ideas, las prácticas, el peso de los individuos, los grupos, los partidos, la cultura política el Estado?...*

M.G: “ Esto nos permite introducirnos en el difícil problema de delimitar el campo de lo político. Así como considero que es necesario evitar la simplificación de sostener que todo es político, también lo es no circunscribir lo político a lo formalizado como tal. Luego de ciertas tendencias fuertes en los ’80 de concebir la política como la búsqueda del orden, del acuerdo, del borramiento de las diferencias por lo que aparece como común, últimamente se ha retomado la idea de pensar la política o lo político basado en el desacuerdo (Rancière) en el conflicto como constitutivo de la acción social. Llegados a este punto podríamos considerar, además, como propio de la política los espacios de la reflexividad social, los espacios públicos por donde circulan las tomas de posición sobre lo común, diferenciando poder como dominación de lo estrictamente político, sin dejar de reconocer que la lucha política lo es también por la búsqueda de imposición de un orden sobre objeto comunes y públicos. En nuestro equipo últimamente estamos prestando atención al papel de las militancias o de los militantes, que es una manera de recuperar el papel de los sujetos pero no como simples individuos sino insertos en redes, buscando de todos modos

seguir trayectorias de grupos”.

L.A.R: “ En la historia política que se hace hoy –esto es más claro en la referida al siglo XIX que la que se ocupa del siglo XX- el interés de los historiadores políticos es a la vez, encontrar lo específico del campo de lo político y explorar las múltiples articulaciones con las restantes dimensiones de la realidad histórica. *Cultura política* es una denominación, entre otras posibles, para referir a esa articulación y especificidad. Sobre las articulaciones diría, de manera muy esquemática: con el campo de lo social y con el territorio de lo ideológico, discursivo o imaginario. En este sentido, nuestras referencias no son sólo, ni principalmente, los teóricos de las ciencias sociales sino, sobre todo, los historiadores que han explorado los dos campos. Por un lado, la idea de que lo político se desarrolla en ámbitos sociales y en prácticas que no son esencialmente distintas de otros ámbitos y prácticas; Maurice Agulhon o Raffaele Romanelli me parecen referencias claves. Por otro, las dimensiones discursiva y simbólica de la política, que me llevan a François Furet o George L. Mosse”.

J.C.M.P: “ La dispersión temática, y la variedad temática, que son dos modos distintos de designar algo parecido, no han dejado de afirmar la vigencia de una forma de hacer la historia política cultivada no con el mismo estilo y propósitos, y con instrumentos de referencia y análisis por cierto más sofisticados, pero en los que cabe reconocer un perceptible aire de familia con las formas de hacerlo en el pasado.

Uno de los renglones donde más fuertemente debe matizarse este punto de vista, es aquel que focaliza la historia política en el análisis de las funciones partidarias, pero aún así, y más claramente en el caso de trabajos muy representativos como los de Virginia Persello sobre el radicalismo, para no hablar de

los dinámicos abordajes sobre un historiográficamente redivivo partido peronista, descansan sobre fundamentos empíricos y aún analíticos no tan divorciados de la historia política tradicional como los anuncios de hace más de una década permitían suponer.

Para no inducir a equívocos, recurriré al ejemplo de mi propio trabajo sobre el peronismo después del peronismo, que entiendo representativo de esta forma de trabajar.

La pregunta orientadora consistía aquí en saber si lo ocurrido en esos años implicó efectivamente el tránsito a “otro peronismo”, lo que para los historiadores representa la búsqueda de la medida, de los contrastes y aun de las paradojas del cambio. La presunción original fue que este peronismo era probablemente más complejo y con seguridad más contradictorio (es decir, no sólo más difícil de aprehender y definir) que aquél en que contaban el manejo del Estado, las estructuras sindicales y la presencia de Perón. Por lo antedicho es que entre las primeras tareas se impuso explorar la necesariamente nada simple relación entre quienes se dedicaron al activismo y al ejercicio de la violencia, el desarrollo de los intereses específicamente sindicales y la existencia de una esfera propiamente “política” en la que surgen nuevos actores que cuestionan el liderazgo distante de Perón. Por lo que se explica en el primer y último de estos apartados, se impuso luego establecer en qué medida las respuestas formuladas por los interesados en términos de autoimagen y las versiones semiconsagradas del pasado se distancian o se corresponden con los resultados de la investigación.

Un punto digno de consideración es, creo, que resultó inevitable que el relato se aferre en alguna medida a la figura de un actor político individual –Perón– como vértice reconocible de una estructura de funcionamiento

difuso. El lugar de este último en esta historia, sin embargo, tiene poco que ver con la figura del líder fuerte cuya personalidad determina en alguna medida el curso de los acontecimientos al modo en que presentaban las formas más cuestionadas de historia política en el pasado”.

D) Cuarto eje analítico: *Vayamos ahora a una discusión que, como muy serenamente señaló Oscar Cornblit en su momento, reactualizó los debates clásicos sobre la historia a partir de la irrupción de la narrativa, me refiero al problema de la subjetividad y del juicio en la elaboración de nuestras explicaciones.*

M.G.: “Considero que la función del historiador es la de comprender y no la de juzgar; de todos modos las predisposiciones subjetivas a seleccionar determinados objetos para la indagación están siempre presentes. Pero no creo que éstas graviten más en el pasado reciente que en otros más lejanos; considero que la aproximación histórica puede realizarse indistintamente e independientemente de la distancia temporal transcurrida”.

L.A.R.: “ La cuestión de la subjetividad y los condicionamientos del historiador me parece una sola. En un cierto sentido, toda historia es contemporánea y toda interpretación es subjetiva, aún si se trata de Amenofis IV. Esto es inevitable y, más aún, es bueno: no somos Dios, para mirar las cosas desde lo absoluto. Pero tampoco somos meramente sujetos de designios políticos. Los historiadores tenemos un ideal de llegar a la verdad; parcial, transitoria, relativa, pero verdad al fin. En última instancia, subjetividad y verdad no son conjugables, como muchas otras cosas en nuestra vida. Pero hay muchos recursos para llevar a ambas relativamente de acuerdo. Una de ellas es la honestidad respecto de

quienes nos leen: más vale declarar nuestros *parti pris*, o lo que sepamos de ellos. Otra forma se encuentra en el mismo oficio: a todos nos enseñaron a desconfiar de esos *parti pris*, de los sentidos comunes, y a hacer en nuestro trabajo de abogados del diablo de nosotros mismos. No alcanza, pero es algo.

Lo más importante, sin embargo, es el control colectivo, el juicio de los pares, a través de toda la parafernalia de la institución académica –debates, arbitrajes y todo eso–, llena de problemas y de limitaciones, pero indispensable e insustituible. Finalmente, lo que diferencia a un historiador de un militante que hace historia –y también de un investigador periodístico o un ensayista– no son tanto sus cualidades personales sino los mecanismos por los que su trabajo, subjetivo y condicionado, es evaluado, controlado y mejorado por el trabajo de la comunidad académica”.

J.C.M.P.: “Tema menos ponderado en tiempos de normalización democrática, el juicio del historiador parece tan afinado en la búsqueda de alguna forma de verdad y, frecuentemente, de alguna forma de novedad historiográfica que todo esto ha relegado la otrora omnipresente función cívica o “de compromiso” con el sentido político de su trabajo. Como contrapartida, la expresión desenfadada de subjetividad y la enunciación de juicios “cívicos” abundan en la historia política que ha conquistado un público amplio y que algunos han denominado nuevo revisionismo. La historia aún no contada de los años 70, particularmente, no cuenta aún con un cultivo sistemático y desarrollado desde el punto de vista académico cuando despuntan problemas de interpretación relacionados con la “responsabilidad” de los actores. Las preguntas de la sociedad, o de la escuela, cuando hay preguntas, suelen ser sentidas como

conminativas (valga la exageración) por parte de los profesionales dedicados a una historia política que, por la vía de señalar la complejidad de lo real, elude necesariamente los juicios apodícticos.”

E) Quinto y último eje analítico: *Los condicionamientos. Si bien es cierto que el presente y los principios o adhesiones a determinadas fórmulas políticas pueden ser considerados elementos constitutivos de la subjetividad, como señalaba Luis Alberto Romero, Mónica Gordillo y Julio César Melon Pirro tuvieron en cuenta otras razones.*

M.G. “Siempre están, tanto si trabajamos sobre el pasado inmediato como en el más remoto. Nuestra formación teórica y nuestra trayectoria obviamente inciden en la selección de los objetos de estudio, pero todavía sigo creyendo en el trabajo profesional que permite establecer la distancia necesaria para comprender el despliegue de dimensiones contenidas en una trama. Posiblemente no sea conveniente tomar como objeto de estudio una causa en la que se milita, tal vez en ese caso pueden ser mucho más fructíferos los aportes de los que la analizan más fríamente.

J.C.M.P.: “ El hecho de que toda historia sea contemporánea y que esta lo sea por partida doble, modifica en mucho las versiones del pasado, y si durante los años 80 y 90 esta contemporaneidad tendía a señalar un efecto de liberación del pasado -al menos desde la presunción de la falta - la continuidad democrática en el nuevo siglo no parece tan segura de ella y al menos desde las formas públicas se anima de recurrencia de los ciclos. Un importante debate sobre el sentido Histórico del que hoy el Estado participa como un contendor privilegiado aguarda a los ciudadanos y, seguramente, a los historiadores de los años venideros.

Consideraciones finales

Las intervenciones de nuestros tres historiadores nos permiten establecer algunos trazos gruesos por los que se informa la historiografía académica en nuestro país en estos tiempos, al menos en este terreno particular que es el de los temas, problemas y fenómenos que se acercan a los tiempos más próximos a nuestro presente, o que todavía inciden de manera importante en él, como advirtiera hace más de un siglo Leopold von Ranke.

En mi lectura de las respuestas a los dos primeros ejes analíticos surge como patrón común la adscripción a la tradición de la Historia Social de perfil interdisciplinario como lugar de pertenencia intelectual y el contacto ineludible con las ciencias políticas.

En segundo lugar, aparece una concepción amplia del campo de lo político que incluye la dimensión del poder y del conflicto, pero también la dimensión ideológica y los sujetos sociales.

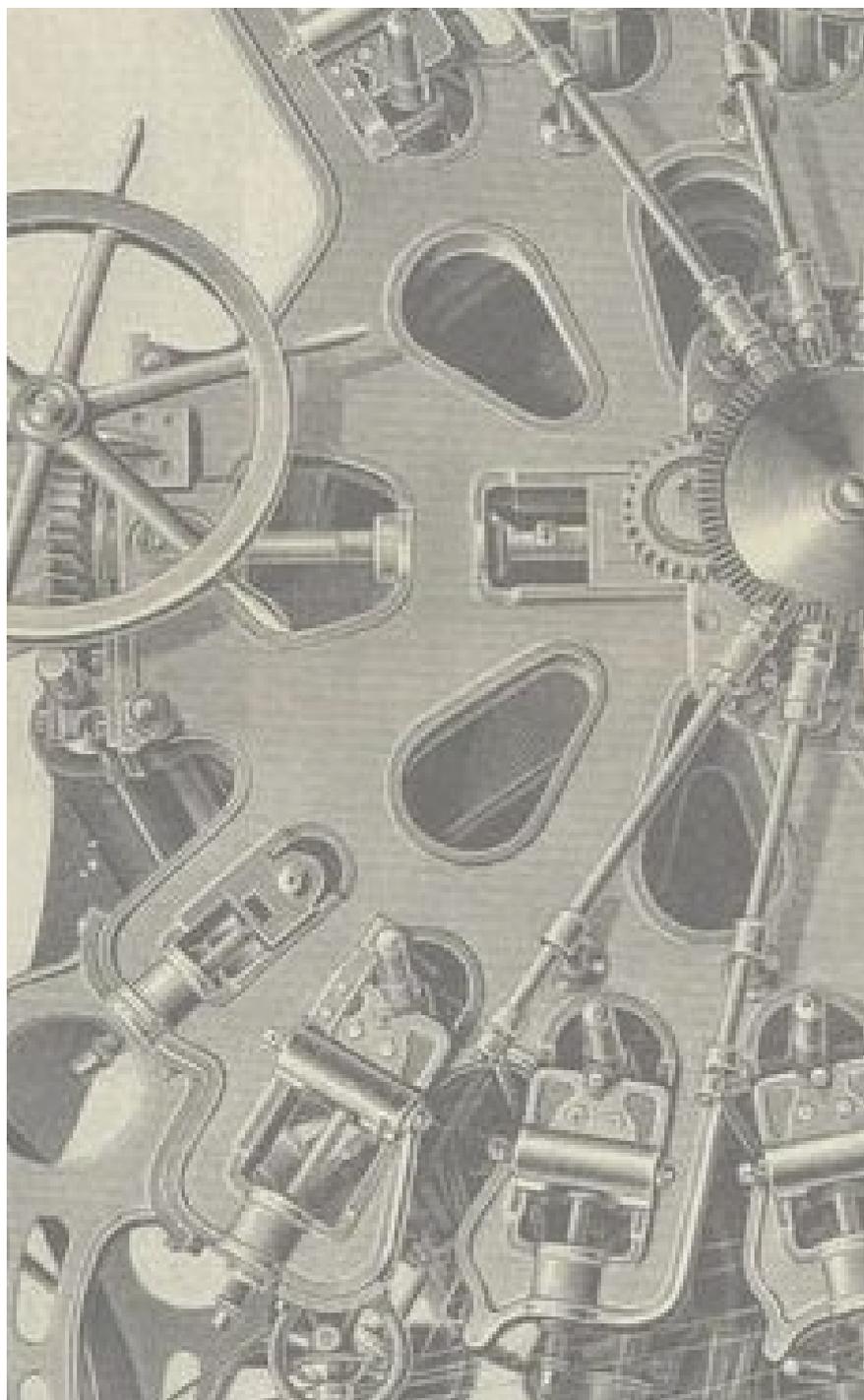
Las respuestas a los dos últimos ejes analíticos, a pesar de los matices y las consideraciones revelan una clara conciencia de la subjetividad, como así también de una búsqueda permanente de reaseguros para manejarla o limitarla.

Las lecturas sobre esta fuente historiográfica que presentamos serán múltiples y seguramente, como es esperable, darán lugar a debates y nuevas reflexiones entre quienes cultivamos el pensar histórico.

Tandil, julio de 2009.



Boletín Bibliográfico Electrónico



Cómo citar

[Autor]. [“título del artículo”], *Boletín Bibliográfico Electrónico*, número 4, septiembre de 2009, ISSN 1851-7099.

Año 1. Número 4, septiembre de 2009